AMAUTA
29
AMAUTA

EDICIONES EUROPA-AMERICA

DOCTRINAS SOCIALES

LENIN. — PAGINAS ESCOGIDAS. — 4 VOLUMENES

.. I—LA CAMPAÑA POR EL PROGRAMA, LA TACTICA Y LA .. ORGANIZACION DEL PARTIDO

En este volúmen, Lenin hace la crítica de los populistas, de los economistas y de los mencheviques. Con el martillo implacable de su lógica irrebatible, reduce a polvo las doctrinas de sus adversarios. — 200 páginas. — S/. 1.20.

II. — EL PARTIDO BOLCHEVIQUE EN ACCION

Estas páginas de un valor histórico formidable, maravillosas por su claridad y por su concepción, son el prólogo anunciador de los acontecimientos de 1917. A través de ellas se vé como Lenin, el estratega genial, va forjando con persistencia y audacia el partido y la doctrina bolchevistas que más tarde habían de encender la gran hoguera de la revolución mundial. — 320 páginas. — Soles 1.80.

JOHN REED —DIEZ DIAS QUE ESTREMECIERON AL MUNDO

....Un volúmen de más de 300 páginas, con una introducción del gran escritor alemán Egon Erwin Kirsch y la fotografía de John Reed. Este libro editado en todos los idiomas y agotadas rápidamente sus ediciones ha batido el récord del éxito. Las jornadas del noviembre rojo aparecen en las páginas de J. Reed repletas de vida, de emoción, de entusiasmo desbordante.—Más de 300 páginas. — Soles 2.00.

LITERATURA SOCIAL

A. FADEIEV. — LA DERROTA

La novela de Fadeiev se sale de las influencias románticas y naturalistas. Un realismo profundo y una admirable pintura de los caracteres dominan todo el relato que el lector sigue con emoción y ansiedad hasta el final. Los dos capítulos últimos son de una fuerza tan extraordinaria que hacen recordar **La Guerra y la Paz** de Tolstoy, de quien Fadeiev es un brillante continuador. Lunatcharsky dijo que la novela de Fadeiev era indiscutiblemente la obra maestra de la literatura proletaria. — Más de 300 páginas. — Soles 2.00.

BIBLIOTECA MARXISTA

La Biblioteca Marxista es el primer intento serio que se lleva a cabo para dar a conocer en lengua española las obras fundamentales del marxismo. Publicará seis volúmenes anuales de 150 a 300 páginas, esmeradamente impresos, traducidos directamente y acompañados de notas explicativas para facilitar el estudio.

Aparecerán inmediatamente:

PLEJANOV: **ANARQUISMO Y SOCIALISMO.**
LENIN: **EL ESTADO Y LA REVOLUCION.** (Edición del Instituto Lenin)
PLEJANOV: **EL SOCIALISMO Y EL MOVIMIENTO POLITICO.**
LENIN: **EL IMPERIALISMO, ULTIMA ETAPA DEL CAPITALISMO.**
LAPIDUS Y OSTROVITIANOV: **TRATADO DE ECONOMIA POLITICA.**
RIAZANOV: **MARX Y ENGELS.**
ENGELS: **LA GUERRA DE LOS CAMPESINOS.**
STALIN: **PROBLEMAS DEL LENINISMO.**

OFICINA DEL LIBRO. — Washington Izquierda, 544-970. — Ap. 2107

Radiofonola
Eléctrica

COLUMBIA

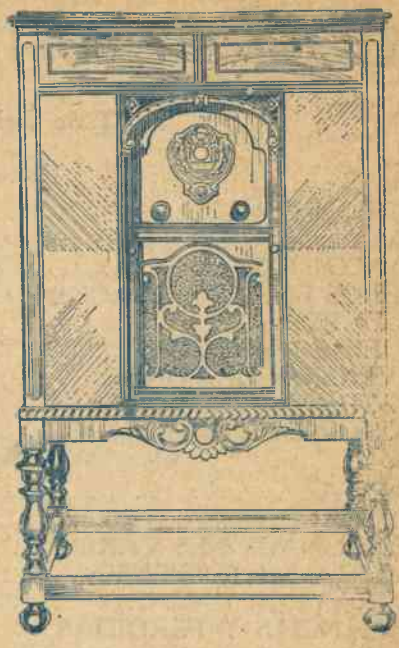
"Viva - Tonal"

Modelo No. 940

Un precioso mueble

que enriquece su salón y
significa tener en casa

Una Compañía de Opera
Las mejores orquestas del mundo
El estudio de Radio "O. A. X."
de Lima
Y las mejores Jazz-Bands de los
Estados Unidos



Un magnífico fonógrafo eléctrico combinado con un poderoso receptor de radio por el precio de

Lp. 130.-

Venga Ud. en el día a escuchar las demostraciones que hacemos en nuestro local

CASA COLUMBIA

Mercaderes 439 - Teléfono 40-33

E. JARAMILLO AVILES

Distribuidor exclusivo
Casilla 103

BALANCE GENERAL DE LA SOCIEDAD EDITORA "AMAUTA"

al 31 de diciembre de 1929

ACTIVO

ACCIONISTAS	Lp.	291.500		
CAJA		—.129		
BANCO ITALIANO		11.894		
LIBROS EN CONSIGNACION . .		48.750		
AGENTES		507.—		
MUEBLES Y UTILES		39.060		
INVERSION DE FONDOS		2.600		
EXISTENCIA "AMAUTA"		130.020		
EXISTENCIA Libro mensual . .		161.220		

PASIVO

CAPITAL			Lp.	750.—
EDITORIAL MINERVA				136.939
CONSIGNACIONES VARIAS . .				141.888
CUENTA EN SUSPENSO				89.210
LETRAS POR PAGAR				70.—
GANANCIAS Y PERDIDAS . .				4.136
	Lp.	1192.173	Lp.	1192.173

GANANCIAS Y PERDIDAS

FOTOGRABADOS	Lp.	41.830		
GASTOS GENERALES		312.964		
GASTOS DE PROPAGANDA . .		21.890		
IMPRESION AMAUTA		440.—		
IMPRESION LIBRO MENSUAL		95.—		
IMPRESION LABOR		33.—		
INTERESES		9.486		
MALAS DEUDAS		231.338		
MUEBLES Y UTILES				
Castigo de 10%		4.340		
REVISTA AMAUTA			Lp.	663.531
LIBRO MENSUAL				146.853
LABOR				41.254
LIBROS EN CONSIGNACION . .				95.873
AVISOS				33.697
QUINCENA PRO AMAUTA . .				77.280
SALDO DISPONIBLE UTILIDAD DEL AÑO 1928 . .				135.496
GANANCIAS Y PERDIDAS				
Utilidad del año anterior	Lp. 135.4.96			
Pérdida de este año . . ,,	131.3.60	4.136		
	Lp.	1193.984	Lp.	1193.984

LA QUINCENA PRO- "AMAUTA"

El llamamiento dirigido en el número anterior de "AMAUTA", ha merecido el decidido apoyo de nuestros amigos, lectores y simpatizantes. Nos comunican de provincias que se organizan colectas y preparan actuaciones a favor de "AMAUTA". En Sicuani, a iniciativa del Director de "LA VERDAD", nuestro apreciado amigo Durant, se ha realizado ya una velada de Arte. A las numerosas personas que con su participación han comprometido nuestra gratitud y amistad, les expresamos nuestro vivo reconocimiento.

Empezaremos a publicar, desde la próxima vez, los detalles de las colectas y la nómina de nuestros amigos y favorecedores.

COMPAÑIAS UNIDAS DE SEGUROS

OFICINA CENTRAL: FILIPINAS 569
— LIMA —

CAPITAL PAGADO **Lp. 125.000.0.00**

Asegurá contra incendio,
riesgos máritimos,
Accidentes individuales,
encomiendas postales.

Lea Ud.

"MONDE"

LA REVISTA DE HENRI BARBUSSE

De venta en la Libreria "MINERVA" (Sagástegui 669) a 20 centavos ejemplar

Suscríbase en la Administración de "AMAUTA"

INSCRIBASE COMO "AMIGO DE MONDE"

OFICINA DEL LIBRO

SERVICIO DE REVISTAS

Las siguientes se encuentran a disposición de nuestros lectores: "Monde" cada ejem. 25 cts., "Urss" 50 cts., "Correspondencia Sudamericana" 20 cts., "Trabajador Latino Americano" 20 cts., "Repertorio Americano" 20 cts., "Revista de Avance" 40 cts., "Boletín de la I. T. E." 20 cts., "Vida Literaria" 15 cts., "La Obrera" 10 cts.

De venta en la LIBRERIA MINERVA—Pedidos a Ap. 2107

A M A U T A

REVISTA MENSUAL DE DOCTRINA, LITERATURA, ARTE, POLEMICA

DIRECTOR: JOSE CARLOS MARIATEGUI

GERENTE: RICARDO MARTINEZ DE LA TORRE

Nº 29 FEBRERO Y MARZO 1930

SUMARIO

LA REALIDAD SOCIAL DE AMERICA LATINA, por Eudocio Rabines. — UBICACION HISTORICA DEL PROLETARIADO PERUANO, por Ricardo Martínez de la Torre. — ASPECTOS BASICOS DEL PLAN QUINQUENAL EN LA U. R. S. S. — UNA NOCHE DE LUNA EN LLANGANUCO, por Ernesto Reyna. — MOTIVOS ESTETICOS, por José M. Eguren — SI ERES VIDA ¿POR QUE ME DAS LA MUERTE?, por Luis Alberto Sánchez. — LA CUESTION DEL QUECHUA, por Abelardo Solís. — ESCUELA Y RELIGION, por Ernest Hierl. — LA TRANSFORMACION DE LA AGRICULTURA SOVIETICA. — LA CANCION DEL REGRESO, por José M. Eguren. — EL PINTOR ABELA, por Adolfo Zamora. — LOS QUE TENIAMOS DOCE AÑOS, por Ernesto Glaeser. — La VIDA HEROICA DE ROSA LUXEMBURGO, por Nydia Lamarque.

ARTE AMERICANO: MADERAS DE CAMILO BLAS, DIBUJOS DE LAURA RODRIG Y EDUARDO ABELA.

PANORAMA MOVIL: DOCUMENTOS: Proyecto de Resolución sobre la cuestión de la raza negra. Resolución sobre la Cuestión China, por la Liga contra el Imperialismo y por la Independencia Nacional. — MANIFIESTOS: Contra la Reacción, el Terror y la Traición en México, por la Liga contra el Imperialismo y por la Independencia Nacional. — Manifiesto del Socorro Rojo Internacional, por El Secretariado del Caribe. — PROCESOS: La contrarrevolución Mexicana, por Tina Modotti. — MEMORANDUM: Sobre un tópico superado. — DISCOS: Novedades Ortofónicas, por María Wiesse. — MOVIMIENTO SINDICAL: La Fiesta de la Planta en Vitarte. — JOSE CARLOS MARIATE, GRAVE.

LIBROS Y REVISTAS: Notas críticas por F. B. María Wiesse y Nicanor A. de la Fuente.

A LOS AGENTES

Llamamos la atención de nuestros agentes sobre el balance del año último de nuestra SOCIEDAD EDITORA, a la vez que les participamos que la EDITORIAL MINERVA ha tomado, como garantía de la cantidad que por la impresión de "AMAUTA" le adeudamos, la cobranza de las cuentas de nuestros agentes, de acuerdo con las liquidaciones que les pasaremos tras la remisión del presente número, hasta el 15 de abril.

Los agentes que tuvieran existencias atrasadas, deberán proceder a devolverlas a la brevedad posible para ahorrarse de los inconvenientes de ser ejecutados por cantidades sujetas a devolución. No hay lugar a devoluciones, como es natural, para las existencias dejadas A FIRME.

AMAUTA

29

LIMA FEBRERO - MARZO 1930

LA REALIDAD SOCIAL DE AMERICA LATINA, por Eudocio Rabines.

"Las antiguas industrias nacionales ceden el campo a las industrias nuevas—cuya adopción es cuestión de vida o muerte para todos los países civilizados—a industrias que elaboran no solamente las materias primas indígenas sino las que se acarrean de las regiones más apartadas y que fabrican no ya tan solo para el consumo indígena sino para el mundo entero. Las necesidades de otro tiempo, a las que bastaban los productos nacionales, ceden el campo a necesidades nuevas, cuya satisfacción requiere los productos de los climas y de las regiones más lejanas. Las antiguas barreras tras las que se abrigaba la paz beata y solitaria de las existencias locales y nacionales se derrumban ante la infinita complejidad del intercambio que crea entre las naciones una solidaridad estrecha y múltiple. Producción material, producción intelectual, todo es uno. Las obras del espíritu que produce cada nación se convierten en el bien común de todas".

Marx y Engels.

EL panorama que nos ofrece la realidad de América Latina presenta características específicas que lo diferencian del panorama europeo, asiático o africano. Fenómenos similares, al producirse en uno u otro sector, alcanzan valoraciones diferentes. Formas de producción, relaciones sociales, antogonismos de clase, predominan de maneras que no son las mismas. Estructuras, categorías y etapas definitivamente liquidadas en Europa y América del Norte, condicionan aún y determinan múltiples aspectos del devenir social latinoamericano. Factores y modalidades vigentes en la vida de las colectividades asiáticas o africanas, o se hallan a veces ausentes o alcanzan grados distintos de preponderancia e intensidad.

La esclavitud, el feudalismo y la servidumbre son relaciones sociales canceladas en Yanquilandia y en el Viejo Mundo. La produc-

ción artesanal, la manufactura, no juegan un rol de importancia en su mercado interno. Sus ciudades, monstruosamente pobladas, se hallan en constante y rápida intercomunicación. Las clases sociales, los antagonismos de clase y sus múltiples expresiones, marcan definidamente sus fronteras. Y sus gigantescas usinas urbanas continúan arrancando una parte cada vez más importante de la población a la estupidez de la vida rural, forjando un proletariado cuya cifra se cuenta por millones.

En América Latina, el feudalismo y la servidumbre son todavía, en gran parte, viva y operante realidad. Apenas si algunos Estados tratan de afianzar una Nación. Sus ciudades y centros productivos, situados a grandes distancias unos de otros, se hallan en muchos casos separados entre sí por obstáculos que el hombre no ha llegado aún a franquear con la velocidad moderna. La vida social y política de los diversos países es rudamente conmovida por los profundos antagonismos intestinos engendrados por la coexistencia de sociedades incompatibles: feudalismo y burguesía, comunidad primitiva y oligarquía financiera, proletariado y servidumbre. Su centro de gravedad oscila trastornando las abigarradas capas sociales de las épocas pasadas, conmoviendo las clases y cambiando sus mútuas relaciones. Las formas y la calidad de su producción—fundamentalmente agrícola y minera—impiden la rápida ruptura de la estagnación de la vida rural y engendran un proletariado sobre cuya gran mayoría pesa la contradicción capitalista del antagonismo entre la ciudad y el campo, la interpolación del capitalismo por el feudalismo.

Aquí el campesino trabaja y produce en calidad de siervo, la manufactura y el artesanado luchan contra la coerción del feudo, contra la absorción del comerciante. Los comuneros se defienden encarnizadamente contra la centralización de la tierra e insurgen contra la opresión del latifundista. En las inmediaciones del latifundio feudal se extienden la plantación, la mina, el ingenio capitalistas. Y en las ciudades casi aldeanas imperan la usina racionalizada, el Banco y el Konzern contemporáneos. El capitalismo predomina y dirige la marcha, pero la etapa pre-capitalista subsiste aún en la economía y en las relaciones sociales.

Europa y América del Norte han atravesado estadios que podemos discernir definidos y marcados: a la etapa feudal sucede una etapa mercantil y a ésta una etapa capitalista. Después de la Glorious y la Great Revolutions en Inglaterra, después de la Revolución Francesa, después de la Guerra de Secesión en los Estados Unidos, el feudalismo fué vencido y destruído por la burguesía revolucionaria que conquistó por la fuerza el derecho a dirigir la sociedad capitalista.

América Latina ha pasado por un gran movimiento revolucionario: la Independencia, que no significó, de ninguna manera, una revolución demo-liberal ejecutada por la burguesía. Ha atravesado una serie de luchas feudales y feudalo-mercantiles, que no han significado la abolición del feudalismo y la hegemonía de la clase burguesa. El capitalismo sorprende a Latino-América en la etapa en que el feudalismo engendraba su negación, pero no surge levantado por una burguesía nativa—como en Europa o América del Norte—sino que llega importado, en plena madurez, en plena etapa final, convertido en imperialismo y en capital financiero.

América Latina está viviendo aceleradamente y en conjunto, las

etapas que el mundo occidental ha tramontado y la que aún está tramontando.

Al enfocar el panorama continental constatamos además que está lejos de ofrecernos un conjunto unánime y uniforme. El panorama boliviano difiere distintamente del que discernimos a las orillas del Plata: aquí el capitalismo, el maquinismo, han aniquilado formas, contradicciones, relaciones, que aún predominan en el altiplano. Las condiciones y la situación de las Antillas no son cabalmente idénticas a las que se desarrollan en el Brasil o en Chile. En la realidad peruana descubrimos factores y modalidades que no existen, o cuya acción es diversa, en la vida del Uruguay. Y hasta en las diversas regiones de un mismo país se comprueba, de manera objetiva, esta diferencia de ritmo, este telescopamiento de estadios antitéticos. No precisa demasiada prespicacia para alcanzar a distinguir las discrepancias que existen entre el panorama social de Jujuy y el de Buenos Aires, entre el de Sao Paulo y el de las riberas amazónicas o entre el de la costa y la sierra del Perú.

Algunos de los aspectos de estas diferencias—bien que con una tendencia filosófica genuinamente idealista—han sido constatados por los más calificados corifeos del pensamiento liberal burgués: "Nosotros brasileros civilizados de la costa—dice Euclides da Cunha—hemos importado de Europa las mejores leyes de las civilizaciones más avanzadas y hemos pretendido aplicarlas a todo nuestro país, sin pensar que si entre los europeos y nosotros no hay sino la profundidad del océano, entre nosotros y las gentes del interior hay tres siglos de distancia". Y Francisco García Calderón, considerando la democracia burguesa como la Idea total, sólida y armoniosa, y el sistema capitalista como la meta suprema de la Historia, disculpa el rezago de Latinoamérica respecto a Europa, mediante razonamientos fabricados con un simplismo piadoso y patriarcal: "como la densidad social es débil, como el alma nacional no está formada, como las instituciones son fórmulas más que realidades, se puede decir que la instabilidad domina, que las ideas y las cosas no forman aún un todo sólido y armonioso. Son pueblos en estado de crecimiento, jóvenes, inquietos progresivos. Es preciso juzgarlos en su marcha, en su elan". (1)

La invasión del Occidente en América se realizó en la misma época y un poco más tardíamente en realidad, en la América del Norte. América es un continente que, para Europa, tiene la misma edad: nació el mismo día. Sin embargo, los Estados Unidos llegan a formar "ese todo sólido y armonioso" y los países latinoamericanos se quedan "en estado de crecimiento, jóvenes, inquietos, progresivos".

Pretendiendo resolver esta oposición, el sociólogo peruano se engolfa en los círculos viciosos de su idealismo pacato, disfrazado tras un fraseario vacío: "El idealismo, la vida interior, la exaltación imaginativa, crean en Inglaterra puritanos y en España místicos e inquisidores. Pero, en la conquista del medio hostil el sajón adquiere un sentido realista y el ibero, bajo el sol amoroso, se transforma, en España como en América, en cazador de quimeras" (1). El medio fué tan hostil al hidalgo, en Venezuela, Chile, Brasil y el Río de la Plata, como en América del Norte al pilgrim father. La energía, el valor que aquellos des-

(1)—F. García Calderón: "Les Démocraties Latines de l'Amérique" pág. 17.

plegaron fué igual o superior al de éstos. Y las riquezas que los españoles cazaron en México y en el Perú, la explotación de los indígenas en las minas, las encomiendas, las reparticiones, las empresas que prosperaron en las otras colonias, nada tuvieron de quiméricas ni de ilusorias: fueron realidades prácticas, utilitarias y tangibles.

Los factores determinantes no residen en la edad de los pueblos, ni en el sol amoroso, ni en la raza, ni menos aún en la vida interior o en la exaltación inmaginativa: todos ellos están reciamente determinados por factores materiales, de índole y procedencia económica; mientras el hidalgo procede de una matriz feudal y aporta con él el contingente de una sociedad que decae, el pilgrim father sale de una entraña burguesa y aporta los elementos de una técnica que lleva en sí los gérmenes y los moldes del capitalismo, de la edad que surgía entonces, destruyendo y aniquilando la realidad que lo engendrara.

Lo que para estas exégesis burguesas, explícitamente teleológicas, es cuestión de siglos, de edades, de mesianismos en generaciones nuevas y viejas, para la interpretación del materialismo histórico no constituye sino el conjunto de expresiones de una realidad económica, las complejas manifestaciones de un problema de atraso técnico, de supervivencia de economías rezagadas que agonizan aún, vencidas por el capitalismo, pero que no han sido todavía totalmente aniquiladas.

Todas las interpretaciones burguesas y pequeño-burguesas—inclusive las que ensayan formular los sedicentes sectores revolucionarios—deteniéndose en la constatación de las diferencias antes enunciadas, tratan de reducir la amplitud del problema a cuestiones de jurisprudencia, de clima, de raza, de biología, de sicoanálisis, o pretenden presentar la América Latina como un mundo nuevo, distinto, con su sociedad peculiar, cuyo devenir escapa a las leyes sociológicas que rigen la vida de otros pueblos. Unas y otras permanecen como el hombre de Vico, encadenadas a la superficie de las cosas. Todas ellas, a pesar del barniz científico con que tratan de encubrir sus razonamientos, llevan impreso el sello de un idealismo pacato, el tatuaje de un estrecho criterio antropomórfico y animista de la sociedad, o el de un empírico simplismo de turista.

Sería inventar la realidad y nó descubrirla, pretender una interpretación sociológica sin tomar en cuenta las diferencias específicas que caracterizan las diferentes regiones, estadios y capas sociales. Pero, es crasamente absurdo, incompleto y falso, querer detenerse solamente—como pretenden los teorizantes pequeño-burgueses—en la constatación de las discrepancias que existen entre los panoramas de Europa o América del Norte y el de América Latina. Al analizar científicamente una realidad social cualquiera precisa justipreciar severamente las diferencias panorámicas que la distinguen, sin menospreciar, ni subestimar, por ésto, los factores, las condiciones, las analogías, que consubstancian su devenir. Se constata, por ejemplo, que el panorama social de Rumanía es distinto del de Francia, que la Europa Central difiere de Inglaterra, que el Oeste o el Sur de los Estados Unidos no son idénticos al Norte, que la Auvernia es distinta de la región parisién, o la Calabria de Milán. No obstante, obtenemos la conclusión científica de que Europa y los Estados Unidos atraviesan una etapa francamente capitalista. Es decir que al llevar a cabo la interpretación científica de la realidad latinoamericana es imprescindible tomar en consideración sus ras-

gos peculiares y distintivos, sin desestimar las analogías objetivas que consubstancian el devenir de todos y cada uno de los pueblos de Indoamérica con el de no importa cuál otro país o continente.

América Latina no forma un mundo aparte, extraño a las conmociones mundiales, dominado tan solo por sus propias contradicciones interiores. Al contrario, los factores que predominan en su sociedad, en el desenvolvimiento de su economía y de su historia, son los mismos que rigen el resto del mundo capitalista: la lucha de clases, la plusvalía, el monopolio, el capital financiero, el crédito, la finanza y el intercambio mundiales.

La historia de América Latina, en efecto,—como la de Europa, Asia, Africa o Yanquilandia—es la historia de sus luchas de clase: los tlascaltecas contra los aztecas, los quitos y los caxamalcas contra los quichuas. Tupac Amaru, los comuneros de Socorro, los negros de Coro, las llaneros de Boves y de Páez y los gauchos de Güemes, contra los encomenderos, los repartidores y los azogueros. Los agricultores, ganaderos, mercaderes y contrabandistas de la colonia, contra los monopolistas privilegiados y contra la dominación española. Más tarde, las encarnizadas luchas motivadas por las contradicciones feudales o por la insurgencia de las capas burguesas contra la dominación hegemónica de los gamonales. Y, contemporáneamente, los comuneros contra el latifundio, los artesanos y comerciantes contra el feudo, el proletariado contra el capitalismo y contra el feudalismo, las clases oprimidas contra la dominación de las oligarquías financieras e imperialistas.

La sociedad latino-americana descansa, como la europea o la yanqui, sobre el régimen de la propiedad privada, sobre "la dolorosa, la espantable expropiación del pueblo trabajador", sobre la expoliación del trabajo humano, sobre el lucro y el valor venal elevado a su tercera potencia. La base y los fundamentos de su economía no corresponden precisamente a una economía natural sino a una economía capitalista. Los productos que alimentan y sostienen el desenvolvimiento de esta economía, en el mercado externo y en una gran parte del mercado interno, no son los del feudo, ni los de la comunidad primitiva aún vigente. Son los de las plantaciones, de las minas, de las estancias y los ingenios capitalistas: petróleo y carnes, minerales y azúcar, cereales y cueros, café, salitre y algodón... Actualmente, el maquinismo se impone en forma cada vez más intensa, más compulsiva, más acelerada. Las antiguas formas son aniquiladas y su ruina se prosigue implacablemente. Sus clases sociales sufren una de las más violentas conmociones de todos los tiempos. La expropiación de los productores, la proletarización del antiguo siervo, del comunero de ayer, el acaparamiento de los instrumentos de producción se realiza aquí con mayor violencia, con mayor cinismo que en los países más avanzados. La plusvalía es la savia de la economía latinomericana, la producción y el comercio de mercaderías su motor, la explotación del trabajo humano su medio, la centralización y el monopolio su derrotero. La marcha es, en efecto, confusa y accidentada, pero el camino es seguramente capitalista.

La concepción, muy en boga entre las gentes de la pequeña burguesía, de una América Latina aislada entre el Bravo y el Magallanes, realizando sóla sus propios destinos sociales, es una puerilidad absurda. En esta época de economía, finanzas y relaciones internacionales,

en que todos los problemas se tornan cosmopolitas, en que el capitalismo se expande incoerciblemente, conquistando y modelando mercados concordes con sus necesidades y con su sistema, en que la velocidad intensifica el comercio mundial y acerca los intereses y las aspiraciones de las clases, es inconceptible, es utópicamente reaccionario, sostener este nuevo monroísmo.—Presentemente, es imposible explicar la vida europea, olvidando o subestimando a los Estados Unidos: del mismo modo es imposible pretender una explicación científica de los acontecimientos posteriores al descubrimiento, acaecidos en el Nuevo Mundo, sin tomar constantemente en cuenta la realidad y el dinamismo europeos. Ninguna exégesis podrá ser rigurosamente exacta, si pretende desligar la historia de Europa de nuestra propia historia.

En la hora actual tiene mayor importancia para América Latina el resultado de las disputas entre Mr. Bedford y Sir Henry Deterding, que las peleas entre dos caudillos criollos—Ortíz Rubio y Vasconcelos, Irigoyen y Lencinas o Valencia, Vásquez Cobo y Olaya Herrera.—El número de tazas de café que tomen los europeos y norteamericanos produce consecuencias más hondas en la vida social y política del Brasil, Colombia, Centro-América, que todas sus crisis ministeriales. Y la ficha del cobre en el tablero bursátil de Nueva York encierra mayores consecuencias que los decretos que en Chile o en el Perú convoquen a elecciones para renovar las Cámaras. Por otra parte, sería de una estolidez paradisiaca desconocer que la conmoción que atraviesan ahora nuestros países ha sido sustantivamente determinada por la guerra del 14, en la que algunos Estados latinoamericanos no tuvieron sino una lírica participación bélica: hay pues un dinamismo ecuménico —más vigoroso que todas las veleidades subjetivas de los prosélitos de Robinson Crusoe—que vincula los destinos de América Latina a los destinos mundiales.

Los factores que consubstancian la realidad latinoamericana con la de Europa, Asia, Yanquilandia... están determinados por un mismo sistema de producción, por el antagonismo histórico de la lucha de clases, por un dinamismo que se mueve bajo el signo ecuménico del capital financiero. Dentro de las contingencias del capitalismo está la abolición de múltiples factores episódicos y precarios: el atraso técnico, la supervivencia de algunas formas pre-capitalistas, las modalidades rezagadas de la economía, pero, en América Latina como en el resto del mundo, le es imposible cancelar su propio sistema de producción basado en la plusvalía, impedir el monopolio y la centralización de la riqueza en manos de una oligarquía o suprimir la lucha de clases. Al contrario, el desarrollo del capitalismo contribuye a agudizar y a definir mejor todas estas profundas contradicciones.

Los rasgos fundamentales que caracterizan y diferencian el panorama contemporáneo de América Latina, no son ni los tres siglos de distancia que puedan separar las gentes de la costa de las gentes del interior, ni la juventud inquieta de nuestros pueblos, ni ese complejo colectivo de inferioridad, tan jubilosamente pregonado por la mediocre plana intelectual de la pequeña burguesía. El rasgo característico que se destaca en primer plano es la situación semi-colonial de América Latina: la independencia de estos países—a pesar de que todos ellos, aún el más pequeño, poseen un pabellón, un himno y un ejército nacionales, un parlamento, una Constitución y un presidente de república—es sim-

plemente formal. El crédito, el sistema bancario, las finanzas, se hallan bajo el control directo del imperialismo. La industria extractiva y agrícola, el comercio de exportación, los transportes, los servicios públicos, están en manos del capitalismo imperialista o se hallan poderosamente controlados por él. El capital comercial y usurario, determinado por estos factores antecedentes, se mueve forzosamente dentro de la órbita del imperialismo. Y la Deuda Pública, las pesadas hipotecas sobre todas las fuentes presupuestales, el control de los organismos técnicos de la administración pública, completan el cuadro de la dominación económica del imperialismo, en razón directa de la cuál se establece y desarrolla la dominación política. En tales condiciones, la independencia nacional queda reducida a un concepto rutinario y vacío, a una fórmula sin validez efectiva alguna. Todo país que atraviesa una situación semejante es una semicolonia y ésta es precisamente la situación—más o menos agravada—de todas y cada una de las repúblicas latinoamericanas.

Otra de las características fundamentales que distinguen nuestro panorama social, es la supervivencia, dentro de la economía y de las relaciones sociales, del feudalismo y de las formas precapitalistas, y la compleja vinculación de éstas con algunas formas del capitalismo agrícola y mercantil y con las más avanzadas del imperialismo. El sistema y las modalidades capitalistas se han desarrollado y han alcanzado a predominar bajo la invasión imperialista, pero lejos de aniquilar violentamente las anteriores, tratan de utilizarlas y conservarlas en lo posible a fin de obtener la realización de una de las finalidades del capital financiero: impedir el desarrollo de una industria nativa en los países conquistados, de economía rezagada, pues este desarrollo industrial entraña una peligrosa concurrencia para la industria y el comercio de la metrópoli.

Todas las demás diferencias que puedan constatarse, de cualquier género que fueren, no forman sino la superstructura de las enunciadas, reposan sobre ellas y constituyen manifestaciones y fenómenos estrictamente determinados por la existencia de estas dos características fundamentales.

El estado semi-colonial de América Latina, la supervivencia del feudalismo, y la vinculación de éste con el imperialismo, dan a todos los problemas latino-americanos un carácter nítidamente internacional. Ninguna interpretación histórica, ninguna teoría social, ninguna política pragmática, son posibles sin abordar primordialmente estos fenómenos básicos y esenciales. Y ellos y las relaciones, formas y factores que determinan son precisamente los que más estrechamente vinculan la realidad de Latinoamérica con la realidad mundial.

El imperialismo no es un fenómeno local, regional o nacional: es una realidad objetiva que envuelve el planeta, que se mueve en un escenario universal y cosmopolita; la característica sustantiva del capital financiero es su rol, su dinamismo mundial. Y el hecho predominante en América Latina es irrefragablemente la supremacía del imperialismo y la dominación del capital financiero. Por otro lado, solo un ignorante calificado puede sostener que América Latina permanecerá aislada en sus luchas o que vá a quedarse sola en la solución de sus propios problemas: todas las insurrecciones burguesas, todas las reacciones y contrarevoluciones feudales, todos los candidatos y caudillos filo-imperialis-

tas, todos los golpes de Estado, han encontrado y seguirán encontrando siempre prestos el apoyo, la instigación, la ayuda material y moral de los imperialismos rivales; del mismo modo que el proletariado y los campesinos, en la lucha por su emancipación, encontrarán en todo instante el concurso del proletariado de todos los países. Ni los destinos del feudalismo y de la burguesía, ni los del proletariado en América Latina son extraños a los destinos y a los intereses de los demás pueblos.

En todo caso, todas las discrepancias constatables no nos impiden aplicar a la interpretación de esta realidad social el método científico aplicado a la realidad europea, asiática o yanqui. Precisamente la complejidad de los fenómenos, la conmixtión confusa de hechos, antagonismos y relaciones sociales, no podrán ser nítidamente esclarecidas sino a la luz de un análisis científico, a la luz del materialismo histórico: la lógica no varía al atravesar el océano o al escalar una cordillera; varían las condiciones, las circunstancias, las multitudes, el paisaje, pero como todo éso se mueve, como todo éso es un perenne dinamismo de tésis, antitésis y síntesis, la lógica dialéctica los sigue a través de todos sus avatares, a través de su incesante devenir.

Entre América Latina y Europa o América del Norte hay una diferencia de panorama pero hay sobre todo una identidad consubstancial de devenir. A uno y otro lado impera el régimen capitalista, predomina —bien que en grados diversos— su técnica, su teoría y su sistema y el capital financiero se abre paso, derrumbando los métodos ancestrales. Una interpretación justa de la realidad latino-americana, un enfocamiento pragmático de sus problemas exige abarcarla integralmente, sin superestimar sus diferencias secundarias, sin subestimar su identidad con el resto del mundo contemporáneo. Si todo se mueve y todo lo que se mueve cambia, lo que interesa en esencia es el devenir.

UBICACION HISTORICA DEL PROLETARIADO PERUANO, por Ricardo Martínez de la Torre.

LA clase proletaria en el Perú es sumamente joven. Su aparición data de fines de siglo. Aunque su desarrollo ha sido sumamente lento, se precipita en estos últimos años. Todo hace suponer que día a día, por el desenvolvimiento de nuestras fuerzas de producción, será más poderosa. En la actualidad, su número la capacita para jugar un rol importante en la vida política del país.

Su nacimiento es condicionado por la reorganización de nuestra estructura después de la guerra del 79, por la formación de capitales nacionales y la importación de capitales extranjeros, por la influencia decisiva ejercida primeramente por el imperialismo inglés, y en nuestros días por la presencia del yankee, por la constitución de empresas poderosas de explotación indústrial y comercial.

Hasta entonces, la economía nacional es esencialmente feudal y artesana. En el régimen agrario tenemos la gran propiedad territorial y el ayllu. La lucha de clases se desarrolla en el campo con todas sus

características, con la expropiación forzosa de las comunidades indígenas. En las ciudades, escasamente desarrolladas, con un mezquino movimiento comercial, predomina la economía mercantil pre-capitalista. La vida es pobre. Las necesidades sociales, limitadas.

La reorganización de nuestra economía pública, la formación al lado del feudalismo de una economía semi-capitalista, la aparición de capitales independientes del usufructo de la tierra, con posibilidades de desarrollo, se prepara a raíz de lo que se llama en nuestra historia financiera "la cuestión del guano y el salitre". A este respecto, dice Mariátegui: "Las utilidades del guano y del salitre crearon en el Perú, donde la propiedad había conservado hasta entonces un caracter aristocrático y feudal, los primeros elementos sólidos del capital comercial y bancario. Los profiteurs directos e indirectos de las riquezas del litoral empezaron a constituír una clase capitalista. Se formó en el Perú una burguesía confundida y enlazada en su origen y su estructura con la aristocracia, formada principalmente por los sucesores de los encomenderos y terratenientes de la Colonia pero obligada por su función a adoptar los principios fundamentales de la economía y de la política liberales" (José Carlos Mariátegui: 7 ENSAYOS DE INTERPRETACION DE LA REALIDAD PERUANA, pág. 14).

Si bien es cierto que la guerra con Chile interrumpe esta prosperidad, la pérdida del salitre arruina principalmente al erario público, no asi a todos los que se habían enriquecido con el saqueo y las turbias combinaciones de la especulación. Después del derroche, el país entra en un período de economías. Se crean impuestos destinados a reemplazar las entradas del guano y del salitre. La consolidación de la deuda externa, puesta en vigencia por la resolución suprema del 11 de enero de 1890, pone en manos de la Peruvian Corporation Limited, los bonos de la deuda, canjeados posteriormente por sus propias acciones.

Es pues a partir de 1890, que con todas estas medidas se estabiliza el régimen económico y político del país asegurándose un paulatino desarrollo industrial y comercial. Surjen los bancos. Aparecen las compañías de seguros. Se fundan las primeras fábricas.

Los bancos, en número de cuatro, que en 1897 tienen un encaje de Lp. 502,389 lo elevan en 1928, con 12 instituciones, a Lp. 2,626,372, habiendo llegado en su punto culminante, en 1921, con 10 instituciones, a Lp. 4,025,614. Lo que para el capital bancario representa una utilidad final en 1897 de Lp. 26,395, es en 1928 Lp. 460,829.

Por otro lado, las compañías de seguros contra incendio y riesgos marítimos, que en 1895, con una institución, recaudan por concepto de primas Lp. 1,968, en 1928 suben, con 7 instituciones, a Lp. 491, 658, habiendo sido el año récord de primas 1925, en que alcanzan a Lp. 638,134. Las compañías de seguros de vida, que en 1899 con una institución recaudan primas por valor de Lp. 2,435, en 1928, con 6 instituciones, reciben Lp. 542,727, siendo el mejor año para sus negocios.

La producción minera en 1903 es de Lp. 1,382.080; en 1928 asciende a Lp. 30,241,710. El número de kilómetros de líneas férreas de 1,734,444 en 1895 sube en 1928 a 4,462,225. El valor de las importaciones y exportaciones que en 1895 es de Lp. 2,446,749, alcanza en 1928 a Lp. 49,145,420.

El desenvolvimiento de la agricultura se intensifica igualmente. Las estadísticas suministran datos solo a partir de 1912. Vemos así, que la producción de azúcar en este año es de 187,641 toneladas, alcanzando en 1928 a 361,736 toneladas. La producción de alcoholes es en 1912

de 6,336,175 litros y en 1928 6,519,021 litros. El algodón, que en 1915-16 es de 24,603 toneladas, sube a 49,741 en 1928-29. El trigo, que da en 1918 56,115,583 kilos, alcanza en 1928 a 83,696,622 kilos. Los ingresos fiscales en 1899 fueron de Lp. 1,351,399, ascendiendo en 1928 a Lp. 23,391,529 fuera de los empréstitos contratados en estos últimos años.

Tenemos aquí una línea termométrica precisa. Vemos como la columnita de mercurio va subiendo a partir de 1890, marcando los grados del desenvolvimiento económico del país. Quiere decir, pues, que nuestro desarrollo comercial e industrial tiene escasamente cuarenta años.

Las primeras manifestaciones del desarrollo industrial nos la da la aparición de la primera fábrica textil. La minera existía desde la conquista, y de acuerdo al desenvolvimiento que hemos visto, se introduce en ella la técnica y el maquinismo moderno.

La industria textil, de larga tradición nacional, evoluciona de la manufactura individual y doméstica, al "obraje" de la colonia, que no es sino una modesta y empírica agrupación de los telares indígenas. En estos "se tejían bayetas, jergas, sargas, y otras telas de lana, pero después se dedicaron también a las de algodón principalmente en Cajamarca" leemos en una de las páginas quincenales que publica la Sociedad Nacional de Industria en "El Comercio".

"El señor don José Ignacio de Leyenda, seguimos transcribiendo, contador de la Real Aduana de Lima, en su interesante descripción de las provincias del norte del Perú publicada en "Mercurio Peruano", dice así: "El algodón se produce en aquel territorio (Lambayeque) como la maleza en los campos; venden mucho en rama para Loja, Cuenca y otros lugares en las partes de Quito. Después de separarse las pepitas (en cuyo estado vale doce reales la arroba) que es operación tarda y trabajosa, hilan también el algodón para hacer sus mantas, camisas, anacos, especie de túnicas que usan las indias en sus trajes; lonas para velamen, que vale un real o poco más la vara; para costales y otros usos". Al hablar de la provincia de Cajamarca refiere que la cosecha de algodón en rama llegaba a 15,000 arrobas que se vendían sin despepitar a cuatro reales y limpio a doce reales por la molesta de su separación a mano."

"Los primeros telares modernos para algodón se introdujeron al Perú en 1847 y se instalaron en la Quinta de la Perricholi, a la entrada de los Descalzos, hoy cervecería, habiendo sido presentada al gobierno la primera muestra de tocuyo el 30 de octubre de 1848. Cuatro años después se cerró la fábrica, después de producir 1,246,814 yardas de género, habiendo empleado en promedio 160 obreros que ganaban desdes 30 hasta 120 centavos, moneda de 48 peniques. Años después, don Carlos López Aldaña reabría la fábrica, y con posterioridad la trasladó a Vitarte vendiéndola en 1890 a una compañía inglesa".

He aquí, pues, la primera fábrica de tejidos: Vitarte. En 1894 se funda la de San Jacinto. En 1899 La Victoria y Santa Catalina. Siguen La Unión, El Pacífico, etc. En el Cuzco, en 1861 la de Lucre, Maranganí, en 1895, que ha sido reorganizada últimamente. Es decir, que desde la fundación de la primera fábrica de tejidos, contamos hoy diez. En la actualidad se ha constituído una nueva empresa, la "Sociedad Industrial Los Andes", que edifica su planta en Huancayo para la manufactura de tejidos de lana peinados.

Esto, en cuanto a la industria textil. Viene después la de la Harina. Siguen las fábricas de fideos, caramelos, confites, aceite, aguas ga-

seosas, cerveza, velas, jabón, sombreros, cueros, calzado, cemento, mosaicos, litografía sobre metales, fundiciones, mecánica, electricidad, transportes, construcción, etc.

La industria azucarera dispone de los grandes ingenios de Casa Grande, Cayaltí, Pomalca, Roma, Loredo, Cartavio, Paramonga, San Nicolás, Huaura, etc. Está en un gran pie técnico y capitalista bajo la administración de importantes empresas extranjeras. El número de braceros que en 1912 es de 19,945 sube en 1928 a 30,151, no obstante la crisis mundial porque atravieza el azúcar. El desenvolvimiento de la producción algodonera ha tenido también su influjo en el aumento del proletariado agrícola. Así, las haciendas ocupaban en 1915-16 a 20,514 braceros, llegando en 1922-23 a 40,557. No hay datos posteriores. La producción nos está demostrando que este número cuando menos, se ha duplicado. El desarrollo del proletariado se presenta igualmente en la industria minera, que en 1905 es de 9,651 llegando en 1927 a 28,431.

La línea del crecimiento de la industria y del capital mercantil y financiero, corresponde exactamente a la del proletariado, como estamos viendo. Al lado de la aristocracia feudal y terrateniente se desenvulve una burguesía local, que engendra a su vez su propia negación, en el proletariado urbano y agrícola. La característica de ser el Perú un país semi-colonial, sometido al dominio del capital extranjero, es un freno poderoso para la limitación de este desenvolvimiento de la pequeña burguesía en gran burguesía. En cambio, el desarrollo del proletariado tiene que hacerse en forma rápida y precipitada, por convenir así a los intereses del imperialismo, garantizándole cada vez más la posibilidad de ocupar el primer plano en la correlación de fuerzas, y por consiguiente, condicionándole para ser la clase histórica llamada a tomar el poder en sus manos, expulsando la dominación extranjera y dando al país un gobierno obrero-campesino, en marcha al socialismo.

¿Cuáles son las clases que han suministrado estos obreros a la industria? Dijimos que la economía nacional a fines del siglo pasado, era una economía artesanal. Es pues, de este artesanado, de donde salen principalmente los obreros que van formando nuestro proletariado. Otros vienen del campo, o son esclavos redimidos.

No hay todavía una tradición familiar de jornalero. El obrero tiene una mentalidad gremial, una concepción pequeño-burguesa de la realidad social, traídas de su anterior etpa. No ha podido limpiarse la herencia del pasado. Adolece de las mismas taras que González Alberdi señala en el proletariado argentino. Esta mentalidad artesanal, disgustada con su nueva posición que considera inferior, es la clave que explica en nuestro movimiento obrero la ausencia del espíritu de clase del proletariado europeo y norteamericano.

La diferencia entre artesanos y obreros no estaba bien delineada. No podía estarlo. La industria era reciente y nuestros obreros solo habían cambiado de "posición" en la escala de producción. De artesanos, de campesinos, de esclavos, de comuneros, pasaron al trabajo asalariado. Su nueva situación crea en ellos una crisis. Esta crisis la podemos considerar en estos términos: su etapa de obreros es una negación, una antítesis de su etapa anterior. Debía venir lógicamente la síntesis. Esta se presenta recién ahora: es el obrero joven. El obrero joven de hoy llega ya de una generación asalariada. De una generación que estuvo en la frontera de dos clases: la artesanal, campesina, doméstica, etc., y la del asalariado. Por ser un producto de transición no ha-

bía propiamente espíritu, sentimiento, conciencia de clase. El pasado pesaba lo bastante como para que la balanza oscilase continuamente.

Con la aparición del obrero joven, esta situación se define en un marcado sentido de clase. Tenemos ahora un proletariado. Lo que podemos llamar con toda exactitud **proletariado.** Son individuos que no han conocido otra etapa que la del trabajo asalariado. La etapa artesanal, campesina o doméstica no tiene ninguna influencia sobre él. Su mentalidad es una mentalidad de obrero, de trabajador a jornal, de proletario. Se sabe ligado a su clase: el proletariado. Se sabe explotado por una clase: el capitalismo. Y en el terreno de clase, él llega directamente a la concepción marxista de la lucha de clases, a travez de su propia, de su personal, de su cotidiana experiencia.

Recién hoy comienza a ingresar en la fábrica una generación verdaderamente proletaria. Aparece con ella una tradición. Su posición en terreno más neto, más definido, crea actualmente dentro del movimiento sindical dos corrientes: los anarco-sindicales, representantes de esta herencia antesanal y anti-proletaria, en pugna con los obreros jóvenes, que traen a la acción sindical un pensamiento fresco, una renovación saludable.

Los obreros jóvenes de hoy constituyen para nosotros la primera generación verdaderamente proletaria de que disponemos. Es por eso, que en estos obreros jóvenes, el anarco-sindicalismo, el individualismo pequeño burgués, las concepciones libertarias de los esclavos redimidos, encuentran un franco y valiente rechazo. Surje un rudimentario sentimiento de clase, que no percibimos en la generación anterior, y que debemos orientar. Nustra presencia como teóricos marxistas del movimiento obrero en el Perú, es una demostración palpable de la madurez de la nueva generación para trazar rumbos al movimiento sindical, de acuerdo con los grandes intereses históricos y la noble y alta misión de justicia revolucionaria que está llamada a desempeñar. Es la primera verdaderamente clasista que irrumpe en la actualidad, libre de la influencia de las clases enemigas, segura de sus propias reservas ideológicas, lista a conquistar su propio gobierno y su propia felicidad.

Al impulso de estos jóvenes pionners de la lucha de clases, se derrumban los oxidados campeones del anarquismo, del gremialismo, de la confusión pequeño-burguesa artesanal, de todos aquellos vicios señalados. Los jóvenes proletarios de hoy han crecido al lado de hombres abrumados por el trabajo asalariado, que sostuvieron luchas importantes contra el capital, que conquistaron una jornada de trabajo menos larga, que hicieron esfuerzos por mejorar su condición y que no pudieron llegar a resultados más profundos por incapacidad, no obstante la sinceridad y abnegación de sus actos.

Frente a esta primera generación proletaria que se presenta en el terreno de la lucha de clases, los antiguos líderes, seniles y reaccionarios, se derrumban estrepitosamente para siempre en el pasado. Han luchado. Han hecho lo que han podido. Rindamos justicia a sus méritos, a sus sacrificios, pero neguémosles todo derecho a sofocar los ideales y la energía combativa de los jóvenes obreros, que harán nuestra historia y nuetra revolución.

ASPECTOS BASICOS DEL PLAN QUINQUENAL DE LA U. R. S. S.

PERSIGUE el llamado plan quinquenal, de acuerdo al cual debe desarrollarse la economía soviética en el período comprendido entre el 1º. de octubre de 1928 y el 30 de setiembre de 1933, el propósito fundamental de intensificar enormemente el proceso que está transformando a la U. R. S. S. en un país perdominantemente industrial, de agrícola que era antes de la revolución y hasta hace pocos años. Ello se logrará, en primer término, aplicando en gran escala la técnica moderna, y, en segundo lugar, extendiendo y fortaleciendo los principios y los métodos de la economía nacional "planeada". El eje del plan en vigencia es el programa de desarrollo económico general.

La cantidad y distribución de los capitales a invertirse, los cambios resultantes en la estructura del capital básico nacional, las modificaciones que se introducirán en la importancia comparativa de la industria y la agricultura como consecuencia de la política de inversiones, así como los cambios que todo ello traerá en la posición relativa de la ciudad y el campo y de la economía privada y socializada, y, por último, los métodos técnicos que habrán de aplicarse en el proceso constructivo; he ahí los principales aspectos que deben ser tomados en cuenta al hablar del plan quinquenal en términos generales.

En la actualidad es perfectamente posible presentar a los lectores de esta revista, con un grado suficiente de precisión, los lineamientos generales del programa económico que involucra los problemas señalados más arriba.

El formidable alcance del programa que habrá de cumplirse durante los cinco años cubiertos por el plan, así como las grandes dificultades que tendrán que ser vencidas, se indican en el siguiente cuadro comparativo del período quinquenal anterior, con el período quinquenal en que nos ecntramos:

INVERSIONES DE CAPITAL EN DOS PERIODOS QUINQUENALES CONSECUTIVOS

(En billones de rublos a los precios corrientes en los respectivos años)

	1923-24 a 1927-28	1928-29 a 1932-33
Total de inversiones	26,5	64,6
Incluyendo:		
a) Industria (comprendida la construcción de edificios industriales)	4,4	16,4
b) Electrificación (no comprendidas las usinas eléctricas de las fábricas)	0,8	3,1
c) Transportes (comprendidas las reparaciones capitales cubiertas por el presupuesto corriente)	2,7	10,0
d) Agricultura	15,0	23,2

e)	Construcción de viviendas en las ciudades (no comprendidos los edificios industriales)	3,6	3,9
f)	Otros		8,0

En el período quinquenal que acaba de terminar, los problemas a que hubo que hacer frente fueron, ante todo, los que planteaba el retorno al antiguo nivel. Tan sólo un débil comienzo se realizó en el sentido de un nuevo desarrollo económico nacional. Y no obstante los recursos limitados con que se contaba, los problemas propios de este período fueron comparativamente sencillos sobre todo en lo concerniente a nuevas construcciones industriales.

El presente período quinquenal señalará la fase inicial, —que es la más difícil— de la construcción propiamente dicha. El período entero llevará impreso el sello del nuevo programa de desarrollo, concebido en gran escala, y de las formidables tareas que implica la reconstrucción de viejos establecimientos, que en muchos casos significa prácticamente reedificarlos y equipararlos totalmente de nuevo. Al final del período, se calcula que el 35 %, aproximadamente, de toda la producción industrial, provendrá de nuevas empresas, no incluyendo en tal denominación los viejos establecimientos reconstruídos durante el período.

La experiencia de los últimos dos años ha demostrado que no se habían calculado en toda su importancia las posibilidades de expansión durante el período reconstructivo. La misma experiencia, empero, ha revelado la existencia de dificultades relacionadas con la organización y la técnica, que no se habían apreciado en su verdadero valor anteriormente, y que actualmente deben ser tomadas en cuenta al llevar a término el plan quinquenal de inversiones de capital.

A medida que se cumple el programa, él tendrá por fuerza que determinar un cierto número de modificaciones en el movimiento y la estructura del capital básico nacional. Dichos cambios reflejarán ampliamente el crecimiento de las fuerzas productoras, planeado en concordancia con la política de industrialización y colectivización.

Las modificaciones que se introducirán en la distribución del capital básico entre las principales ramas de la economía soviética, pueden ser ilustradas por medio de los siguientes guarismos:

EL CAPITAL BASICO AL COMIENZO Y AL FINAL DEL PERIODO QUINQUENAL

(en billones de rublos a los precios de 1925-26)

	Oct. 1, 1928	Oct. 1, 1933	Porcentaje de aumento en 5 años
Capital básico total	70,15	127,28	82
Incluyendo:			
Industria (no comprendidos los edificios)	9,81	29,12	197
Electrificación (no comprendidas las usinas eléctricas de las fábricas)	1,01	5,31	425

Transportes	11,65	22,01	89
Agricultura	28.74	38,89	35
Edificación urbana	11,97	15,25	27
Otros	6,97	17,20	147

Este cuadro muestra con toda claridad, que el aumento del capital invertido en la industria y en la electrificación sobrepasará en mucho al ritmo de la inversión de capitales en cualquiera otra importante rama de la economía.

Como consecuencia de ello, la importancia relativa del capital industrial en la distribución del capital total, aumentará de un modo considerable, como lo muestran las cifras que siguen:

DISTRIBUCION DEL CAPITAL POR RAMAS ECONOMICAS PRINCIPALES

	Oct., 1°. 1928	Oct. 1°. 1933
	Porcentajes	
Industria (sin los edificios)	14,0	22,9
Electrificación	1,4	4,3
Transportes	16,6	17,2
Agricultura	41,0	30,4
Edificación	17,2	11,9
Otros	9,8	13,3
Total	100,0	100,0

Esta tendencia de las nuevas inversiones acarreará asimismo un cambio en la distribución del capital básico entre las funciones económicas fundamentales, al aumentar la importancia relativa del capital invertido en la producción. Ello puede comprobarse por medio del cuadro siguiente.

DISTRIBUCION DEL CAPITAL NACIONAL ENTRE LAS FUNCIONES ECONOMICAS FUNDAMENTALES

	Oct., 1°. 1928	Oct. 1°. 1933
	Porcentajes	
Producción	39,3	44,5
Circulación	18,0	20,5
Consumo	42,7	35,0
Total	100,0	100,0

El plan de desarrollo económico y el movimiento del capital, finalmente, conducirán a un considerable fortalecimiento de la posición que ocupa el sector socialista en la economía nacional. Las transformaciones que se producirán en la importancia relativa del capital básico invertido en la economía socializada y en el sector privado, serán como sigue:

DISTRIBUCION DEL CAPITAL NACIONAL ENTRE LOS SECTORES PRIVADO Y SOCIALISTA

	Oct., 1º. 1928	Oct., 1º. 1933
	(Porcentajes	
Empresas del Estado	51,0	63,6
Empresas cooperativas	1,7	5,3
Empresas privadas	47,3	31,1
Total	100,0	100,0

Entre las cifras que indican de un modo general las características del programa de desarrollo económico durante el presente período quinquenal, deben también ser mecionadas las que ilustran los cambios a realizarse en el nivel técnico de la economía soviética. En el momento presente no puede decirse que esta fase del plan haya sido delineada todavía en forma concreta, pero es posible ello no obstante, señalar con suficiente precisión cuáles son los factores de significado decisivo en la determinación del nivel técnico, es decir, **qué cambios se efectuarán durante el período quinquenal en la situación de la fuerza motriz: la clase de energía producida, su consumo en distintos campos y la relación entre la energía mecánica y el trabajo humano.** Estos índices son dignos de especial atención, ya que es precisamente en esta esfera, más que en cualquiera otra, que la Unión Soviética ha ido a la zaga de los países industriales avanzados, y es en este particular que se requerirán los más formidables esfuerzos para alcanzar y sobrepasar el nivel a que han llegado dichos países.

El cambio fundamental en la situación de la fuerza motriz, que involucrará el plan quinquenal, consistirá en un aumento substancial de la importancia de la energía mecánica en relación al consumo total de todas clases de energía, y en un incremento aun más notable de la energía eléctrica en relación al total de la energía mecánica.

Un rasgo característico y extremadamente importante del plan quinquenal, en lo que atañe a su aspecto técnico, será la transición hacia el sistema de **grandes empresas que combinarán la producción de energía,** y que encarnarán a un tiempo las más avanzadas conquistas de la técnica y todas las ventajas de una economía organizada y sujeta a plan. Establecimientos tales como la usina hidroeléctrica del Dniéper, la usina mixta de coke, mineral y productos químicos de la cuenca del Donetz, una empresa similar en los Urales, la combinación electroquímica de Bobrikov, y muchos otros, son tan sólo unos cuantos jalones en la nueva ruta de progreso técnico que ha comenzado a recorrer la economía de la U. R. S. S.

Los datos consignados en este artículo involucran un análisis muy general y somero del plan quinquenal, considerado en conjunto. Su adaptación a la línea general de la política soviética es evidente, como lo es el gran objetivo del desarrollo económico a que conducirá su cumplimiento. En ulteriores números de este boletín (1) daremos mayores datos que ilustrarán al lector acerca de esta formidable empresa de Estado, superior, en su alcance y magnitud, a todo esfuerzo colectivo de que haya mención en la historia humana.

(1)—"U. R. S. S.".—Uruguay.

ARTE PERUANO

PLAZA DE SAN SEBASTIAN, (Cusco). Dibujo de Camilo Blas.

UNA NOCHE DE LUNA EN LLANGANUCO.

ARRIEROS. Bufandas coloradas y ponchos de vicuña. La tarde malva. La nieve rosa. El Huaskán. ¡Huascarán! Venían del lado de Conchucos. Blancos caminitos de cabras. Los agarró la noche en el paso de Llanganuko. Rocas y kishuaris; un bosque en otro de rocas. Reses bravas, pequeños osos negros y pumas de ojos fosforescentes.

En medio del bosque, a la entrada de la gruta acogedora, humea la fogata arriera. En cuclillas rumían la merienda frugal: el blando "pushpe" (habas hervidas) se hace liga en la boca y la cancha revienta entre los dientes. Largo trago de chacta abrasa la garganta. Coca en las "pikchas" (bolsones) de piel de vizcacha. "Cal en los "phurus" (pequeños calabazos) grabados a fuego. Sagrada catipa de la dulce coca de Monzón.. Cal ardiente, sal y ají de las "chacchas". "Por los cuatro caminos del Tahuantinsuyo, por los Apus de la Cordillera Blanca, por la Madre Tierra y la Madre Mar ofrendaron lo mejor de las hojas...

"ENDOMINGADA", dibujo de Camilo Blas.

"Viejo Tata Huaskán, mi coca está amarga. ¡Ay! quién sabe, qué desgracia me aguarda". En la hoguera una llama azul roja. Se iluminan los rostros bronces. Sombras. Sombras. Aullan los perros. No tarda en salir la luna.

Una cholita melocotón, se apartó del campamento. En la cueva pequeña, donde los celos asesinaron a una linda engañadora, deberían los viajeros, prender una vela, escupir la coca o arrojar una moneda. "Alma en penà, dame un buen viaje".

Llanganuko de los encantamientos. Una cuchillada profunda en un flanco del Padre Huaskarán. Las peñasquerías con su geometría caprichosa, desdibujaban animales y cosas extravagantes. Para los ojos de unos, eran buhos, para otros ojos, campanas: A la media noche, misteriosas, daban doce campanadas. Supay ¡Supay! El Diablo era grotesco y peludo como un oso negro. Juraba una desmuelada y verde boca, haberle visto tres veces. Espeso bosque de retorcidos kishuaris:

"LA PAREJA", dibujo de Camilo Blas.

en los viejos troncos lacras de musgo y flotantes enredaderas. En los matorrales negros, parpadear de luciérnagas. . .

Surge fantasmal en el linde del bosque una clara laguna: La Luna encantada en el fondo del agua plateada. Llanganuko. ¡Llanganuko!.

Al borde del lago, la indiecita melocotón, pensativa suspira. Sus ojos tiernos se ván húmedos por los blancos caminitos de su tierra. Chola. ¡Cholita! ¡Corazón de paloma! Sollozó despacito, muy despacito, como lloran las madres sobre la cuna del hijo dormido. Pobres recuerdos turbios y amargos como lágrimas. ¡Añoranzas y saudades de la agreste comarca nativa!. "Chola, Cholita, salistes de tu Pomabamba, quizás nunca más volverás. Quién sabe en qué tierra extraña te encuentras sin un lloro. ¡Ay! qué triste! qué tirste! Mejor será morir".

La Luna flotando lirio sobre el lago. "Morir, morir mejor será". Y acariciando la idea del suicidio, decidida metió un pié en el agua. . . "ALALAU" ¡Qué frío! ¡Qué frío! Pensó en el calorcito agradable de la gruta. Regresó quedito, tiritando, sin hacerse notar. Los tizones humeaban. Sobre aparejos, envueltos en sus ponchos, los arrieros, agrio

"LA PATRONA", dibujo de Camilo Blas.

olor a queso, "dormían con un solo ojo". El sitio era "pesado". Carabina en mano, esperaban a los ladrones o a los fantasmas. Gangosas charlas de viejas desveladas. "Los chilenos no hacían nada, se contentaron con tumbar a las mujeres" "Puis los gringos qui trabajaban en minas de Conchucos, por tumbar un mujer a su gusto, regalaban sombrero lleno de plata... todas mujeres parieron para ellos"... "Buena jente estos gringos de m'rda..."

El capataz de la recua, amoroso le golpeó la nalga, "Chola, cholita antes que te vayas a Lima, déjame el último recuerdo".

"Puis, tú más bien me lo dejarás..." Llanganuko. Llanganuko. Verdes lagunas. Ñustas encantadas en el bosque de kishuaris.

Yungay.

Ernesto REYNA.

"LA CHICHA", dibujo de Camilo Blas.

MOTIVOS ESTETICOS, por José M. Eguren.

LA belleza es indefinible. Podría ser la santidad objetiva de los ojos, el éxtasis del movimiento. Una pluralidad armónica como el gusto, daría tantas bellezas como gustos diferentes. Los nórdicos adoran sus vírgenes de nieve y los africanos sus ángeles negros. Como atrayente de amor, con sus líneas gráciles y sus colores activos, la belleza sería principio de vida, la verdad de la vida y lo que se apartara de ella, negación y muerte. La belleza podría demostrarse por sí misma, por el sentimiento en comprensión universal y tácita. El arte es el instrumento para exteriorizarla. El genio la crea en el arte, y la primera causa, Dios, en la Naturaleza. Descorrido apenas el velo misterioso del tiempo, la belleza se nos revela en la música que viene del infinito; porque siempre es lejana y de luz antigua. La sentimos cuando ha pasado; es el arte que más sugiere, indeterminado y trémulo. Siempre mañanera, en actitud de nacer, la música es el lloro y la risa, expresión directa de la sensibilidad; más que creación parece expansión; es como el sueño: consonancia velada de la vida. La belleza es de recuerdo. Tiene en su gama la ternura y el espanto, las pasiones de la Naturaleza: las tempestades y las obscuras calmas. La música moderna tiende a lo universal; es un timbre de timbres, una orquesta de orquestas. Falla sube sus campanas a una altura de alturas; Debussy colorea los colores. Varias canciones forman al unísono una canción suprema. Sincronismo de semejanzas y sugerencias. Oí una noche en una velada amiga una discusión de amor. Varias voces decían a un tiempo diferentes motivos, las frases de la emoción iban al vuelo como los finales de una sinfonía adorable. Era la música del pensamiento. De parecido modo vibran en la noche las melodías glorietales y el canto del ensueño. La noche responde la pregunta silenciosa; cada ser revela parte de su secreto melodial. La música es anunciadora; será siempre el preludio de un arcano hermoso. La belleza inmanente es inasequible, pertenece a un plano innatural. La belleza pura excede a nuestros sentidos, de presentarse a ellos los apagaría. Una finura intensa de color y de líneas sería venenosa; un amor absoluto quemaría el espíritu de la tierra. El principio de la belleza es de simpatía, mora a la vez en el objeto y el sujeto sensible; dos movimientos integrales y un solo amor. La mayor belleza sería un movimiento de infinitos espacios, un todo armónico de desarmonías. La explicación de la belleza viene del sentimiento y el buen gusto que carecen de normas. Una faz que en los siglos ha parecido hermosa, sufrirá diferentes apreciaciones pero solo por excepción se le acusará de fealdad. El buen gusto no se puede precisar; pero sentimos que gravita una fuerza selectiva, que tiene probablemente sus leyes y que se impone en el tiempo. Como sabemos la belleza se expresa por el arte que es su figuración o reflejo. El hombre no llega a crear, sólo compone e inventa. El arte es solamente una metáfora, y al artista se le llama creador por semejanza. El conjunto creciente de todas las artes, en una gran metáfora sería el espejo mágico del espíritu. La música es un presentimiento, la poesía una determinación; las manifestaciones de esta parecen explicativas pero de haber compara-

ción entre las artes, sería la primera; pues una pintura o melopeya sin poesía es un signo muerto. El niño desde la cuna sonríe a la bondad y a la gracia; notas de belleza. Después escucha el canto, corre a su primer paisaje; vienen los años y su belleza es amor. Siempre recordará su canto, su paisaje y sus rojos claveles; vuela el tiempo, se va apagando la lámpara y los ojos se velan. De tarde en tarde vuelve la lejana aurora que creíamos muerta: un sueño infantil de átona dulzura o un rostro tenue nos encantan. He visto en una sala marina, bajo el mismo pórtico, con igual sombra azul, la cara en blanco y cielo que soñé antaño. Toda belleza tiene un raro poder, causaría temor como todo lo que parece superar las leyes naturales; más el temor pertenece al campo de lo sublime. La belleza debe ser suave, pues es un movimiento inicial de simpatía. Es difícil distinguir lo bello de lo sublime; el bambú susurrante de la serpiente armoniosa. La belleza es lo bueno como principio puro; es la harmonía del misterio; sin éste se borra en un compás monótono, en la nada. Las bellezas naturales son arcanas; huyen de los sentidos, laten en un contínuo despertar; principio de la vida tienen algo de infantil y femenino. La hermosura del hombre tiende a lo sublime, a la fuerza elemental; la de la mujer a la sensualidad, al ideal; por su finura se remonta al punto más alto como la libélula. La clasificación de la belleza sería interminable; existen características generales, afinidades entre la mujer y ciertas plantas y gemas: esquemas raros que se tocan. Las especies espirituales son imperceptibles e innúmeras. Como hay familias y generaciones atávicas de una pasión dominante, así hay especies de belleza que corren una misma línea: un mismo amor las modela y precisa y se plasman en símbolos vivientes. La belleza es una síntesis; ya sea la canción simétrica de los melodistas o las vagancias mañaneras de Debussy: "La fille au Cheveux de Lin" o el Scherzo de Prokopieff. Lo bueno requiere un juicio; es par y consonante: lo bello es una harmonía ascendente, abierta a disonancias. La pintura es la más objetiva de las artes. Picasso, Chirico, varios surrealistas, la afirman arte propio del hombre, que no imita el objetivo circundante, campo de la fotografía. La naturaleza es bella en cuanto es dinámica. Volidora e inmanente crea estados de alma y múltiples sugerencias. En el sueño de la mañana el canto del ave gris parece que abriera una puerta mágica. La belleza de amor es el gran mito, el primer color, la primera luz, el acento que ha dictado el poema del universo inefable. Despierta en la mañana de las rosas y aletea en los ojos de la rubia que enciende las lámparas de la tarde. La pasión en los ojos; hay un tremor azul en todas las distancias; un idioma no inventado y presentido que cantará ternura en vez de otras canciones. El conocimiento de la belleza es la sabiduría, la máxima penetración, el elán de un nuevo plano sensorial, la isla del poder y de la bondad creadora. El enigma; los insectos de la noche coloridos e invisibles para el hombre indican un mundo ignorado y sensible. Hay rostros de mujeres que parecen surgidos de esta tiniebla mística. Desde Boticelli hasta Ernst vibra la gloria de los ojos infantiles de la sombra. No es la penumbra espiritada que oculta el mito de las cien facciones, es la belleza fémina que triunfa en la noche, el apocalipsis de las flores y de las vírgenes. El amor elige a la mujer, la corona de ensueños magos, le pinta la frente y las pupilas de esperanza. La belleza natural y la artística corren paralelas. La Naturaleza supera al arte en extensión, luz y perfume. Nunca se logrará pintar el mar per-

fecto; pero el arte es el alma misma del hombre. El ocultismo de la Naturaleza se adivina con lentitud prolija. Debussy en la música, Proust y los novelistas de vanguardia plasman la sucesión de los momentos vitales. Es un avance; Soupault mezcla las almas con los colores nocturnos como en una pintura; Breton crea su adorable Nadja, flor de la calle y de la locura; Valery Larbaud, su Fermina deliciosa. De un lado el arte viejo, la actividad de genios que levantaron la casa del pasado y estilizaron el pensamiento y la sombra. Los imaginarios, los góticos de Boticelli, los renacentistas; Rafael con sus beldades italianas, Moreau de verdes orientales. De otro lado, arte de juventud que va con sus aviones a la ciudad nocturna de los fanales. Son bellas las horas de la libélula que gira en un triunfo de jardines y colores; vive y muere en el viento con hilos de Eros y la ronda breve de la pavonia que se quema en su ideal ardiente. Son bellos como sentimiento la ternura caritativa y el heroismo oculto. Es interminable la belleza con las etapas de su camino siempre ignotas. La emoción que de ella viene es una viva sorpresa, un relámpago verde como una nueva aurora; después un recuerdo musical, gentil soplo de ensueño. Desde la curva del camino se escalonan los mirajes rosados, las colinas canoras, las lotananzas florecidas. Cae la noche, se encienden luces de ágata y vuelan sombras bosquecinas; a lo lejos tiemblan las lagunas a donde bajan los luceros; duerme la quinta de terciopelo, rumorosa cincila la mansión de las magas y en la ribera mece el mar sus fantasmas espumosos. La belleza es de origen divino; los griegos la adoraron: Ruskin hizo de ella su religión. El amor es la cumbre de la belleza y la primera virtud. Es espontáneo; ni la inteligencia, ni la voluntad lo adquieren, suele ponerse en fuga con la suavidad que ha traído, nos rinde como el sueño. El principio del amor es una nota de dulzura, algo imperceptible por su tenuidad; nace en lo íntimo del ser, en el corazón y vibra en toda la Naturaleza. Lo hallamos en las falenas de la tarde y en las barcarolas liliputienses de las ribas, en las barandas alegres como avenidas donde juegan los insectos, en las falacias de luciérnagas titilantes y en las sonatas de los cuentos de niños. Está en el corazón y sube la escala de la verdad como un perfume. La belleza es la berceuse de la vida, la emanación de un plano superior, de un cielo; es el principio novador de la existencia, una afirmación y una esperanza. Por la carrera de los años se descubren tonos pristinos en las rosas de los sueños y en las umbelas melodioas, en los kioskos celestes y en las miniaturas de la noche. Hay bellezas que parecen hostiles, inadaptables en este mundo dual de fuerzas encontradas; en este dos terrible de amor y muerte. En la espantable ronda de las almas negras y de las horas vulgares, en el pórtico neblinoso de la retirada, vibra un canto de gracias por la primavera de las flores y la balada del recuerdo, por la belleza del amor, única razón de la vida.

SI ERES VIDA ¿POR QUE ME DAS LA MUERTE?, por Luís Alberto Sànchez.

L abandonar San Carlos, trasponiendo los umbrales de la vida, el joven abogado trunco se encontró en un ambiente propicio. La época se amoldaba a sus gustos, y no experimentó, por consiguiente, ningún remordimiento, al arrojar a un rincón de su estancia aquellos voluminosos códigos en los que volcara inteligencia y vida, su padre, el doctor don Francisco. Manuel quiso observar la vida misma, antes de intervenir como beligerante.

Pasaban junto a él los escritores famosos de entonces. Todos con corbatones de lazo, como mariposas negras, anudadas en derredor del cuello no siempre blanco, pero siempre rígido; o con aquellas otras corbatas presuntuosas de plastrón, solemnes y ostentosas, que daban a los hombres un aspecto de evadidos de un grabado en acero. Barbas cortas y pulcras a lo Espronceda; perillas esbeltas y lacias como las de cualquier capitancito del futuro Napoleón el Chico; melenas ensortijadas, a fuer del abuelo etíope, o lacias, por proclamar el abolengo indígena; bigotazos mosqueteros en menor número que los bigotazos copiosos, pero derrengados sobre las comisuras de los labios; gestos rebeldes o sitibundos, Manfredo o Chatterton; y, sobre el corazón, aunque no sobre la solapa, la condecoración más alta: incomprendidos por la imperecedera Ella.

Prada, con su apostura enhiesta y serena, no se resignaba a ser como esos vivientes grabados románticos, pero, en secreto, deseaba parecérseles. . . . Quedaban dos sobrevivientes de la vieja guardia: el comandante retirado don Manuel Ascensio Segura, y el aristocrático exministro don Felipe Pardo y Aliaga. Aquel arrastraba su vejez cansina, desengañada, entre las tertulias de "El Comercio", las largas pláticas en casa de don Juan Antonio Ribeyro y el merodear por los Portales de la Plaza de Armas, charlando con "indefinidos" famélicos sobre montoneras inminentes: a veces interrumpía la perorata politiquera y se le encendía el único ojo—cíclope cesante y anticuchero—al pasar a su lado alguna mozuela de saya y manto, contoneando provocativamente las caderas, al taconeo impertinente del menudo pié. En cambio, Felipe Pardo, apoltronada su vejez patricia y relumbrante en su sillón de paralítico, miraba, larga y amorosamente, a su hija Paca, afanada en copiar los celebrados versos, versos alegres a menudo, pero enronquecida la alegría por una inocultable amargura de desadaptado. Los dedos afilados del paralítico separaban de cuando en cuando una página: "no, esto no lo copies, Paca, es demasiado alusivo"; y quedaba olvidado el epígrama picante. Así vivían los dos antiguos ídolos literarios. Todo el que manejaba la copla populachera y escarbaba la costumbre nacional, iba a rendir pleitesía a don Ascensio. Todo el que sentía la literatura como patrimonio de escogidos, ejercicio dilecto, cultista, imitaba al señor Pardo. Don Ramón Castilla, el antiguo adversario de don Francisco González de Prada, se identificaba un tanto con Segura, que, también, había libertado a los cafres, pero a los cafres litera-

a, ae,

rios. Pardo, fiel a Vivanco—enemigo de Castilla, y admirado antaño por don Francisco González de Prada—lanzaba proclamas versificadas y teóricas, en las que repercutía el eco del académico que incidió en la mortonera, aquel buenmozo y bien vestido señor don Manuel Ignacio de Vivanco. Carlos Augusto Salaverry, militar y poeta, derretía terrones de azúcar a los pies de "ellas". Pero, Ricardo Palma, un escritor maduro, cuyos treinta años triunfaban sonoramente, conciliaba a Pardo con Segura en sus artículos, pues, al elogiar a éste y editar sus obras no vacilaba en calificar a aquel como el mayor ingenio de las letras peruanas; y aun cuando celebraba el clasicismo de don Felipe cultivaba en su manera la deshilachada musa de don Ascensio.

Manuel González de Prada miraba, con cierto dejo de melancolía algún ribete de burla, aquel afanoso discurrir de ingenios mayores y mayoritarios. Ya había dicho Musset, el fiero consejo de minoritarismo: "Mi vaso es pequeño, pero yo bebo en mi vaso". Manuel guardaba, también, para sí, su "petit verre", su pequeño vaso; un drama que no quiso llevar a la escena. Entre clase y clase de San Carlos, había compuesto, al gusto de la época, una pieza teatral de título elocuente: "Amor y Pobreza". No pudo librarse totalmente del embate romántico que lo avasallaba todo, pero tuvo la pulcritud del inédito. Una tarde tremenda, de azoramiento y espectativa, en que su adolescencia sintió la alucinación de la gloria literaria—ya que no había podido obtener la codiciada gloria industrial—se dedicó a trazar la primera frase de su obra, pero, antes, escribió con su fina y perfilada letra inglesa la fecha de la iniciación: 25 de octubre de 1864. Durante cuatro días no descansó. Abandonó otras ocupaciones y se dedicó a terminar el primer acto. Se desanimó, luego. Durante dos meses durmieron los originales, mas, nuevamente tornó a escribir vorazmente, dos días íntegros, para rematar el segundo acto. Pensó después cómo terminar el conflicto y se decidió a acabar. No soltó la pluma hasta que, ilusionado y temeroso, firmó y fechó: 20 de febrero de 1865. Añadió algunas acotaciones y guardó el manuscrito en una gaveta, pensando entregarlo más tarde a alguna compañía de cómicos. En realidad, lo entregó definitivamente al olvido.

Estaba descontento de sí mismo. Para entretenerse, tradujo algunas poesías del alemán e inglés. Vertió íntegramente al castellano "Der Niebelungen", y, terminado su trabajo, despedazó los originales. En cuadernos pulcros, su pulcra letra inglesa—manes de Mister Blum—trazó imitaciones y traducciones de Goethe, Schiller, Heine, Chamisso, Koerner, Rückert, von Blaten... El adolescente vertía así una estrofa de Goethe:

Resbalan noches sin días,
Días sin noches resbalan;
Pero, en las alas del tiempo,
Nuestros amor vuela sin alas.

¿Le mordía—a él también;—el romanticismo? Perplejo y dubitativo, espectaba la vida. Los románticos peruanos no podían libertarse aún de la influencia del gaditano José Joaquín de Mora, que enfundó en levita y calzó guantes al gusto de la época. Frente a él, se desmelenaba otro español, Fernando Velarde, versificando imprecaciones.

Las ideas danzaban sin ritmo preciso. En el Colegio de Guadalupe primaba la tendencia liberal, impresa por otro español y masón, don Sebastián Lorente; mientras que en el Convictorio Carolino perduraba aún la huella conservadora de don Bartolomé Herrera, atemperada por el eco de la reacción liberal de sus discípulos. Tiempos de proclamas, folletos, discursos, versos, discursos, declaraciones, discursos, discursos... Manuel simpatizaba con los liberales, pero no quería mortificar más a su madre, la pobre doña Josefa, tan severa y ultramontana como incomprensiva y exigente. La tradición familiar alejaba a Manuel de los liberales, adversarios de su padre. En cambio, su educación literaria debía acercarle a los conservadores. En el Colegio Inglés de Valparaíso aprendió a respetar a los clásicos, aunque no al clericalismo. Leyó, pues, no solamente a hiperbólicos románticos, sino escritores del siglo de oro. Además, su idiosincracia, le alejaba de la "bohemia" en el sentido trashumante y pintoresco de ella. Como conocía directamente a Byron, Hugo, Lamartine, Schiller, Heine, Vigny, estaba a salvo de imitaciones de segunda o tercera mano. En silencio escribía, pues, sus versos. Algunos amigos que lo sospechaban a través de sus disquisiciones literarias, le instaban para que publicase. Obin sobretodo se empeñaba en ello; pero, Manuel, con dulce firmeza, se negó obstinadamente:

—No publicaré nada. Yo debí ser ingeniero y mi afición me lleva al campo, a las matemáticas o a la química. Los versos son puro entretenimiento. Además....

Y mentía. Se mentía a sí mismo, por modestia, por pudor, más que por timidez. Silenciosamente terminaba una nueva obra teatral, porque su corazón se estremecía con la urgencia del estreno, con esa oscura ansiedad, palpitante y aguda, que en las mujeres es como el baedecker del himeneo. Los dieciocho años, vigorosos y gallardos, experimentan la necesidad de proteger a alguien, mezclada al vaho anhelo de sentirse doblegado ante un ser más débil, por puro deseo de estar así. Manuel, a fuerza de haberse acorazado contra presiones familiares y contra su propio destino, sentía la urgencia de avasallarse, de arrojar en un rincón, lejos de todos, la coraza impalpable e invulnerable. Escribía, pues, versos, con más vehemencia que nunca. Escribía y, luego, rasgaba los originales para evitar la tentación de la imprenta. Mas, como la aparición de todo literato solía producirse, entonces, en un teatro—cual lo habían hecho los románticos,— Manuel no pudo librarse de la debilidad de escribir una comedia: "La tía y la sobrina", pieza cómica terminada en once días. Animado por los elogios de sus íntimos, se decidió a representarla. El censor municipal era, en esos días, don Antonio Arenas, abogado, muy amigo del padre del novel autor. Leyó el doctor Arenas la comedia atentamente. Leyó varias veces el nombre de quien lo había enviado. Repantigado en el sillón comunal, calados los espejuelos, leyó... Pero, su imaginación volaba en pós de aquel doctor de don Francisco a quien tanto había querido. Don Antonio Arenas tenía un espíritu comprensivo y sólida cultura jurídica, pero escaso gusto literario. Pasó, pues, rápidamente las páginas y, al finalizar, estampó, con una firma el ritual "Puede representarse"; y, enseguida, previa fugaz consulta al calendario, fechó, "16 de febrero de 1867", y, luego, trazó una complicada rúbrica, capaz de confundirse, por lo arabesca, con un fragmento de las suras del Koran.

El pase no sirvió de nada. Manuel había decidido ya no representar su obra. Estaba descontento de ella.

Durante algunos meses vivió atento al reclamo insistente de la Patria. La guerra contra España y la campaña contra Pezet conmovían los ánimos. Se exaltaron los románticos. Uno de ellos, glosaba un viejo romance castellano, burlándose de la derrota de la escuadra española en el Callao:

Buena la hubisteis, don Mendo,
En esa del Dos de Mayo. . . .

Pero ahí "en esa del Dos de Mayo", murió Gálvez, el antiguo adversario de don Francisco González de Prada, y ahí, también, experimentó Manuel, cerca de las baterías, la violenta emoción del peligro, ese olor acre de sangre y pólvora, tan diferente a las catástrofes pintadas por los poetas patrioteros de las efemérides.

Aquello pasó. Los grandes funerales de don Felipe Pardo le sacaron momentáneamente de su retraimiento. Pensó, sin duda, al ver pasar las mulillas enlutadas y emplumeradas, y tras ellas, un compungido cortejo de eminencias locales, pensó que el literato debe mezclarse a la política para que la fama dore sus prestigios; y pensó, también, en el reilón Segura, extinguiéndose, a la sombra de los suyos, en su modesta condición de retirado, no obstante de haber sido columna del teatro nacional y haber determinado la vocación criollista del triunfador de entonces, don Ricardo Palma. Los literatos, comprendiendo instintivamente eso, se agrupaban en asociaciones mitad social políticas, mitad literarias, como la de "Los amigos de las letras", que contó con la protección del presidente Pardo, de don Francisco García Calderón, de don Simeon Tejeda, y en la cual se agruparon Félix Cipriano Coronel Zegarra, el orador y jurista Cesáreo Chacaltana, el poeta Luis B. Cisneros, don Ricardo Heredia, Enrique Ramos, el militar Eléspuru y otros. De ahí nació, en seguida, el **"Club Literario"**.

Manuel se ensayaba publicando ya, aunque con seudónimo, artículos de dura crítica y evidente radicalismo, evocadores de Hugo y de Vigil, en el diario "El Nacional". Ahí escribía también Abelardo Gamarra, joven huamachuquino, admirador de don Manuel Pardo y más tarde devoto fiel de don Manuel. . Nadie sospechaba, en casa de los González de Prada, que Manuel era el redactor de algunos virulentos comentarios sobre la realidad peruana. Y doña Josefa, en la sobremesa, fenecido el "ofertorio de los choclos", dictó sentencias contra el osado escritorzuelo, impío y descreído, para quien serían débiles todos los castigos del infierno. Manuel escuchaba en silencio, sin levantar los ojos del blanco mantel persignado por los cubiertos de plata maciza. Ay, si hubiera sabido doña Josefa que era él, un Gonzalez de Prada y Ulloa, el impío, descreído, osado, simiente de escándalos. Tan solo sospechaba la buena señora que su hijo andaba componiendo versos un poco raros, pues algunos literatos venían a buscarle, a pesar de que él se apartaba sistemáticamente de los corrillos. Los amigos íntimos repetían muchas de sus observaciones y recitaban sus poemas. Le solicitaban colaboración las revistas literarias. Un día, el excondiscípulo Piérola, que redactaba **"El Tiempo"** y figuraba ya como político de porvenir, le detuvo en la calle. Piérola era entonces profesor adjunto de Historia y Religión en la Facultad de Letras, cuyo decanato acababa de recibir Sebastián Lorente de manos del Dean Valdivia, y en la cual ya Juan de Arona dictaba el curso de Literatura Latina. Manuel caminaba erguido, pensando en un soneto que deseaba escribir.

Un verso la inquietaba como invitándole a evadirse. Su desazón se acentuaba cada vez más. Los bohemios, en semejante trance, hubieran prorrumpido en ensordecedores clamoreos. Habrían escrito, "Amor ven que te espero". O, tal vez, "Amor, eres la vida". O "Mi corazón es una pira de amor". O, "En el abismo de mis amarguras, eres un faro, amor", O, en fin, cualquier otro giro por el estilo. Quizá Manuel, en la penumbra de una cita fugaz, al pie de la clásica ventana de los encandilamientos, habría podido balbucear el romántico "Vida mía". Pero, ahora, cavilaba, sediento de esclarecer su propia inquietud; pensaba: "amor, si eres la vida, ¿por qué nos angustias tanto?"... No, así, no—protestaba el oído métrico: "Si eres vida, ¿por qué me das la muerte"? Y se perfeccionaba el ritmo: "Si eres muerte, por..."—Adiós, amigo González de Prada—le interrumpió una vocecilla gangosa que no escuchaba hacía tiempo.

Manuel se detuvo. El exseminarista Piérola le tendía la mano pulcra. Los ojos del poeta recorrieron rápidamente la brevísima figura. Descendieron, luego, calmosamente, hasta los ojos del aprendiz de político que hablaba ya con cierto énfasis natural:

—¿Cómo están la señora doña Josefa, su hermana Cristina, la señorita Isabel? Ayer tuve el gusto de conversar un rato con su hermano, don Francisco. . . .

Manuel respondía cortesmente, perdida la imaginación en la persecusión del verso trunco. Piérola le brindó su apoyo, insinuándole vagamente que debía seguir las huellas de su padre y su hermano. Manuel se turbó profundamente y perdió el hilo de la estrofa:

—No, señor de Piérola, no es mi camino la política, por ahora al menos. . . .

—Ya es sabido que las letras tienen en el señor González de Prada un eximio cultor . . . .

La charla duró poco: Manuel se alejó por un lado; Piérola, por el otro.

Ocurrió por esos días un terremoto en Arequipa, la tierra nativa de doña Josefa. Al saberlo, se conmovió profundamente la familia de Manuel, y él mismo deseó ir a la ciudad atribulada. En persecusión del verso interrumpido, pidió que le permitieran embarcar en el buque de guerra portador de socorros, y así conoció la tierra de los Ulloa, donde sus padres tejieran el remoto epitalamio. Anudó antiguas amistades, cultivó recuerdos, se mezcló con el pueblo, sintió la belleza profunda de Yanahuara, la vibración plebeya de la chicha y el tambo. Regresó a Lima. . . . "Si eres vida, ¿por qué me das la muerte?" . . . Le atrajeron los viajes por el país. Por conocer Cerro de Pasco, sus centros metalúrgicos y la explotación de los hombres, no vaciló en realizar un largo viaje a caballo, a través de la región andina. Vió mucho, vió, sobretodo, al indio. Anduvo cuanto le fue posible. En una de aquellas andanzas, tropezó, cierta vez, con un indígena, que, tirado en el suelo, sufría la tortura del soroche. Manuel se apeó y, al destapar su frasco de éter para auxiliar al caído, explotó el frasco, y el salvador quedó ciego, gimiente. Hubieron de conducirle en angarillas hasta La Oroya. Y durante varias semanas, se creyó que Manuel no recuperaría la vista.

Regresó a Lima, siempre a caballo. Al llegar, volvió a inquietarle aquel verso trunco. ¡Quién sabe si paseó alguna noche frente a una ventana cerrada! Tal vez no volvieron a sonreirle ciertos labios. Porque esa noche, a la vacilante luz del velón de su alcoba, comenzó a es-

cribir, línea a línea, sin tachas casi, versos, hasta alinearlos en un soneto:

Al amor

Amors est-il mals? est-il biens?

Si eres, amor, un bien del alto cielo,
¿Por qué las dudas, el gemido, el llanto,
La desconfianza, el torcedor quebranto,
Las turbias noches de febril desvelo?

Si eres un mal en el mezquino suelo,
¿Por qué las risas, el arrobo santo,
Las horas de placer, el dulce canto,
Las visiones de paz y de consuelo?

Si eres nieve, ¿por qué tus vivas llamas?
Si eres llama, ¿por qué tu hielo inerte?
Si eres vida, ¿por qué me das la muerte?

¿Por qué la sombra, si eres luz querida?
Si eres vida, ¿por qué me das la muerte?
Si eres muerte, ¿por qué me das la vida?
1869.

Otros versos nacían, como trasuntos de alguna súbita congoja. Ensayaba el rondel, caro a Banville, el triolet, la balata y el pantum. Decía en alguna estrofa; quejándose románticamente:

Los sueños del pasado, halagadores,
A mi alma tornan con vistoso vuelo . . . .

En cierto soneto, titulado "Tedio", acentuaba esta nota:

el mal oculto que mi ser devora
no es el recuerdo del amor perdido . . . . .
. . . Es un mal sin alivio, ni remedio
Como la muerte abrumador, y helado
El mal del siglo, el incurable tedio!

Se perfilaba su escepticismo en un triolet:

Nada ya del hombre espero

Jugueteaba con la rima, al modo galo:

Son, Niña
Amor
Y tienes
un sueño
veloz.

Pero, predominaba, siempre, la nota escéptica del incrédulo beligerante, es decir del futuro radical: al leer la Biblia, "tremante el corazón y el alma inquieta", no hallaba "la luz de la verdad divina, y sí la duda y el error nefando", por lo que, rasgando las páginas exclamaba desencantado: "Oh, verdad, tú no existes en el mundo".

La vida se presentaba descarnada y adusta a los ojos del poeta. Había llegado la mayoridad. Le buscaban los escritores. Pero, la áspera fe de doña Josefa detenía el libre vuelo de Manuel. No deseaba ocasionar dolor a su madre, y prefería imponerse la disciplina del silencio. Sin embargo, ya la familia enrumbaba hacia distintos climas. Francisco se dedicaba a los negocios, la vida social, un algo a la política, y, a la sazón, viajaba cómodamente por Francia y, luego, por España, en pos de los rancios parientes gallegos. Cristina había casado con Don Domingo Mendoza y Boza, limeño de alta alcurnia; Isabel, la menor, al cumplir los veinte años, compraría una vasta propiedad vecina al Convento de los Descalzos y establecería ahí, como deseara doña Josefa, una especie de cenobio, mistura de escuela y convento, en donde viviría entregada a la penitencia y la oración. Manuel se decidió a partir, él también, a sepultar en la soledad su rebeldía. Años más tarde su hijo Alfredo, al conocer aquella curiosa situación familiar, le preguntaría a Prada:

—Y ¿por qué no entró tía Isabel en un convento?

Y Manuel, convertido ya en don Manuel, le respondería:

—Porque no podía empezar como abadesa . . . .

Y así fué, en verdad. El ánimo misionero de los González de Prada requería una condición severa, tal como los había habituado doña Josefa. El mismo Manuel manifestaba ya su personalidad, aunque siempre inclinado a guardar la paz de su hogar y la alegría de su madre. Por respeto a ello, decidió confinarse en una hacienda del valle de Mala, en Cañete, donde pensaba laborar la tierra y practicar la bienamada química. Pero, antes de partir,—su fama de poeta se extendía—recibió una carta: el escritor José Domingo Cortez, atraído por el prestigio de Manuel y por unos versos suyos que había conocido, le solicitaba algunas composiciones poéticas y sus datos biográficos para una antología peruana que pensaba publicar. Manuel metió en un sobre varios poemas y, en una hoja, escribió su autobiografía: "Nací en Lima. son mis padres don Francisco González Prada y doña Josefa Ulloa de Prada". Nada más. Había suprimido la nobiliaria partícula "de". Y para confirmar aquel renunciamiento a sus heráldicos cuarteles, firmó concisamente, tal como firmaría en adelante cuanto escribiese, en un acto de ruptura absoluta con el pasado suntuoso de su apellido: "Manuel G. Prada".

En adelante se hablaría de Prada.

LA CUESTION DEL QUECHUA,

por Abelardo Solís.

ORRESPONDE al afán retórico de la vuelta al Incario, de la vana pretensión de rehabilitar la cultura tahuantinsuyana, de buscar y hallar la personalidad y originalidad de una nueva cultura hispanoamericana y especialmente peruana—en ese proceso torpe de involución que nos haga parecidos siquiera, a lo que fueron los "indios" del Imperio incaico—la creencia de que el quechua es o debe ser un idioma nacional, o por lo menos, la mejor lengua nacional, el idioma que debemos aprender.

No he leído en el pensamiento de nuestros más destacados indigenistas, nada que exprese ambiciosamente formulada esa tesis sobre el valor y el porvenir del quechua. Pero cuando les contemplo preocupados en disquisiciones gramaticales quechuas y cuando les veo como discuten en serio sobre si quechua se debe escribir con q o con k y huanca con h o con g o con w, y capac de éstas maneras: capacc, kapak, capakg, etc., llegó a convencerme de que en el fondo de esas preocupaciones linguísticas sobre el quechua, hay la ambición, la creencia ingenua, la pedantaría indigenista de señalar al idioma quechua, un rol, un gran destino en el desarrollo de nuestra cultura nacional. Y más: un porvenir al de otros idiomas como el castellaano o el inglés. Algo pues, en este equivocado camino, quiere significar ese deseo de que se traduzcan al quechua, libros de enseñanza y obras importantes. ¿Tiene fundamentos esa creencia? ¿Será posible todo ésto? ¿Para qué sirve el quechua? ¿Cuál es su porvenir?

Para contestarnos debemos reflexionar seriamente sobre el valor del quechua, sobre su presente y su porvenir.

El quechua pertenece a ese tipo de idiomas que en las viejas clasificaciones linguísticas, se llama idiomas aglutinantes. Acaso atendiendo a esa misma clásica distinción de los idiomas, el quechua sea más bien una lengua intermediaria entre las monosilábicas y las aglutinantes. Tiene semejanzas estructurales con el chino y con el árabe. Por algo nuestros quechuólogos se entretienen en comparar vocablos quechuas con vocablos chinos y japoneses. El quechua, pues, no es un idioma de flexión. No llegó a ese estado de madurez y de vigor a que han llegado otros idiomas.

Si consideramos al quechua en relación con nuestra cultura nacional, si le consideramos aún más, dentro del cuadro panorámico que marca la extensión, la diversidad de otras lenguas en la misma América, no podremos negar el carácter regional y retardado del quechua, con el significativo e invencible predominio de idiomas como el castellano y el inglés. Mientras una vasta agrupación de pueblos y razas, en las dos Américas, hablan inglés o castellano, solo los más reducidos y atrasados núcleos indígenas del Perú propiamente en Cuzco, Puno y Apurímac son los que hablan quechua.

El lenguaje, todos lo sabemos, es el modo de expresión del pensamiento. Cada vocablo no tiene más valor y significación que el de la idea o ideas que contiene. El número de voces de un idioma revela por eso, además de su progreso, el capital de ideas del pueblo que lo habla. Y ésto no es suficiente para suponer que tal idioma sea un idio-

ma de cultura, por que su verdadera riqueza no consiste solamente en ala abundancia de vocablos, sino en su aptitud expresiva, en su propiedad de combinar fecundamente sus palabras llenas de ideas, en el fino engarce sintáxico que le permita expresar los pensamientos más hondos y los más delicados matices del sentimiento, así como todo lo que ha ganado la cultura contemporánea.

El lenguaje y el pensamiento—escribía Unamuno—van indisolublemente unidos, puesto que son en el fondo una sola y misma cosa. "No cabe pensar sino con palabra y toda palabra supone pensamiento. El pensamiento y el lenguaje se hacen mutuamente, y así, decir que para cada pueblo el mejor idioma es aquel en que encarna su pensamiento, equivale a decir que para cada pueblo el mejor pensamiento es el suyo propio. Mas ¿hemos de decir que el pensamiento del pueblo bosquimano sea superior al del pueblo inglés y que no progrese en pensamiento, respecto a su padre un bosquimano si se le enseña a pensar en inglés desde niño?" (Unamuno.—ENSAYOS).

Por otra parte, conviene recordar que los idiomas son como los organismos vivos: tienen una infancia, una edad madura, y mueren. Y el quechua, al que ha faltado madurez, permaneció hasta hoy, agonizando, en su edad infantil. Su número de vocablos es deficiente. Su capital de ideas propias no ha aumentado dentro de sí mismo. En quechua no hay, no pudo haber, palabra para significar el automóvil, el radio, el racionalismo castesiano la teoría de Einstein, la sicoanálisis de Freud, el marxismo, ni la literatura de vanguardia. Y que conste que no le da importancia y valor a un idioma para que éste tenga vida exuberante, "la copiosidad en vocablos hechos y provistos ya del marchamo literario", como dice Unamuno, sino que "habrá de valerle el rendir un buen rédito de ellos cuando hagan falta".

Como el quechua fué el idioma de un pueblo cuya cultura desapareció o mejor dicho, se trasformó radicalmente con la conquista española, la desaparición o transformación de esa cultura ha determinado a su vez la muerte del quechua. Y no porque aún se hable quechua en algunas comarcas atrasadas del Perú, se ha de afirmar que el quechua no pertenece al grupo de las lenguas muertas. En el Perú no se piensa actualmente, no se pensará felizmente, en quechua. Los mismos fanáticos indigenistas, no escriben en quechua, ni piensan en quechua. No se vive, ni se ha de vivir en el ambiente histórico de las viejas culturas indígenas, por mucho que esas culturas admirables, constituyan el orgullo de un pueblo que, mediante la memoria de su pasado, adquiere personalidad histórica y plena fe en su porvenir, conciencia y confianza en su destino. Y si se anhela que el Perú se modernice, si se ha de peruanizar el Perú, tal proceso implica la occidentalización, la europeización del Perú, de su actual estado social. Esto puede alarmar y suscitar las protestas de algunos espíritus regionalistas y de algunos pensadores de campanario o de aldehuela, que viven encariñados con el recuerdo del Incario, creyendo que puede formarse una cultura, un espíritu nacional, oponiéndose al libre ingreso de los elementos espirituales y materiales de otras culturas y resistiéndose a aceptar la fecunda influencia de las ideas y hechos de nuestro tiempo, como quien pretendiera salir de un pozo sin necesidad de escalas, ni de cuerdas, ni de poleas, sino simplemente con sus propias fuerzas, tirándose de las orejas. Así mismo, si se ha de renovar, modernizar y civilizar a esa parte de los pobladores del Perú, que viven oprimidos y explotados, al margen de la cultura de

nuestros días, y que son los campesinos y obreros de las sierras y de la costa, hay que pensar, entre otras cosas, en la necesidad pedagógica y espiritual del cambio del idioma. Que hablen nuestros indios, castellano o inglés; que piensen en castellano; que aprendan éste idioma de la América Latina; y que si quieren, que conserven como reliquia histórica el idioma de sus mayores, el quechua. Y si la conservación de esa reliquia puede serles perjudicial, ellos mismos ya verán si es conveniente incinerar esa reliquia. Sostener lo contrario, y alentar conservadoramente la moribunda existencia del quechua, prefiriendo éste al castellano, franca o disimuladamente, al travez de los programas y planes de educación y de política educacional, con efectistas frases de "amor a la raza", de "redención indígena", de "amor y admiración al pasado", es como preferir ir a una guerra en éstos tiempos, con hondas y macanas indígenas, con mosquetes y catapultas medioevales, antes que con fusiles Mauser, con ametralladoras, cañones y aeroplanos.

En rigor, en el quechua no se puede vaciar el pensamiento filosófico de un Kant, ni cabe en su pobre léxico anquilosado, toda la terminología científica contemporánea. Tal incapacidad está determinada no solamente por la misma estructura del idioma semibárbaro de los quechuas, sino también porque no es concebible la aparición de un Kant o de un Heine, ni una ciencia moderna, en el seno de una sociedad donde coexistían un comunismo agrario primitivo y una monarquía absoluta y teocrática, con centenas de años antes de la existencia de las sociedades modernas en que se formularon pensamientos diversos y superiores a los de entonces. Repitamos, pues que el pensamiento y el lenguaje van indisolublemente unidos. Se piensa en palabra, como se habla pensando, por más que ésto sea aparentemente objetable.

Hay que desengañarse, señores tahuantinsuyólogos con ribetes de revolucionarios y de reformistas, con más alardes de grafómanos que de izquierdistas, el quechua no puede pervivir; es arcaico, semibárbaro, insuficiente para expresar el pensamiento contemporáneo. No puede ser vehículo de nuevas ideas, ni expresión de la ciencia y del arte de éstos tiempos. Cada tiempo, cada pueblo, tiene su alma; y el alma de nuestros tiempos, de nuestros pueblos, no es quechua, ni puede ser, ni se expresa, ni piensa en quechua. Las mismas lenguas aborígenes, las lenguas indígenas del Perú, no son el quechua, que se habla solamente en Cuzco, en Puno, en Apurímac, y que en otros lugares si no han degenerado en jerga, son otras lenguas. Y de ésta verdad tomen nota, señores tahuantisuyólogos, ya que parecéis empeñados en difundir el quechua, con textos de enseñanza.

El quechua se muere sin remedio y en buena hora que así sea. Y si no acaba de morir, que vayan los maestros y todos a apresurar su muerte, para que así aparezca nueva vida en el alma indígena. ¡Que vayan los maestros y todos, como "despenadores", a practicar la eutanasia, el piadoso crimen con el quechua, enseñando el castellano al que no sabe, y que de tal suerte, los indios, los que no lo hablan y son objeto de nuestras preocupaciones pedagógicas, políticas y económicas, lleguen a ser iguales por lo menos a nosotros los blancos y metizos, con la seguridad y la certidumbre de que mañana serán mejores.

Frente al quechua, cabe pensar del mismo modo que Unamuno frente al eúskaro. Decía Unamuno: "El vascuense se extingue sin que haya fuerza humana que pueda impedir su extinción; muere por ley de

vida. No nos apasadumbre que perezca su cuerpo; pues es para que mejor sobreviva su alma". Luego indica el maestro Unamuno, que la principal causa de tal extinción del vascuense "se basa en la ineptitud del eusquera, para convertirse en lengua de cultura". El vasquense, como el quechua, tienen, pues, análoga ineptitud para ser "lengua de cultura". Carece el quechua, como el vascuense, de "condiciones intrínsecas para servir de medio de expresión a un pueblo que entre de lleno en la vida espiritual moderna"; y constituyen ambas lenguas un grave obstáculo "para la difusión de la cultura europea". (En España como en el Perú).

Esta comparación no es antojadiza. No en vano el mismo Unamuno, ocupándose del vascuense, también trata del quechua al decir que las lenguas llamadas polisintéticas y aglutinantes, que son en general las de las tribus más atrasadas, son en efecto, más complicadas que las lenguas analíticas de casi todos los pueblos europeos. "Con el criterio de esos panegiristas del verbo vascongado—dice Unamuno—el aimara o el quichua, son lenguas más perfectas que el inglés". Para afirmar aún más, mi opinión sobre el porvenir y el valor del quechua, reproduzco estas frases de Unamuno, cuando se ocupaba de la opinión favorable al vascuense de un español vascófilo, como cualquiera de nuestros más ilustres tahuantinsuyólogos.

"No pueden competir—decía Unamuno—con el vascuense, según Astarloa, ni el inglés, ni el alemán, ni el holandés, ni el sueco, ni el ruso, ni las lenguas neo-latinas, y solo se le acercan el quichua—lengua que dice Astarloa le admiró—el aimara, el guaraní, el tibetano, el araucano, el calmuco, el tártaro, el lapón, el ostiano, y, en general, los idiomas de los pueblos bárbaros y semi-salvajes de Asia y América". Del mismo modo, el quechua como el vascuense, "se ha ido acercando cada vez más a los flexivos (idiomas de flexión) simplificado sus formas (en el quechua, españolizando algunos de sus verbos y sustantivos) a medida que se complicaba la vida de los que lo hablan; natural proceso en que algún filósofo vería algo así como una astucia del idioma mismo para irse defendiendo". "Porque al vascuense—agrega Unamuno—lo que le mata es lo que en él han admirado muchos, su embarazosa complejidad, lo que algunos han llamado su sintetismo, lo que le aproxima a los idiomas de las tribus semi-salvajes americanas y africanas—idiomas que excitaban la admiración de Astarloa—y lo que le aleja de los modernos idiomas analíticos, sobre todo el inglés, que mediante las combinaciones de unos cuantos elementos obtiene los mismos resultados que otros idiomas con una multitud de formas compuestas". Y esto mismo podemos decir del quechua.

¿Para qué sirve el quechua? ¿Cómo hay que utilizar el quechua?

Si en quechua no ha habido una literatura floreciente, un DON QUIJOTE, una DIVINA COMEDIA, un FAUSTO; si tales producciones —que representan el signo más rico y elevado de la expresión humana— no pueden nacer del quechua, su necesidad y utilidad están circunscritas a una subalterna finalidad pedagógica, a un plan educativo.

El quechua ha de servir a quienes lo hablan, para aprender el castellano. Por medio del quechua hay que llegar a extinguir al quechua. Será el vehículo deficiente para la mejor comprensión de las ideas y del espíritu todo, que hay en castellano. Será un instrumento, un medio de salvamento, como una escala arrojada al mar y de la que podrán asirse

los náufragos de nuestra cultura. Tal necesidad, sin embargo no es absoluta e imperativa. Con el quechua o sin él, habrá salvamento de náufragos; con el quechua o sin él, y a pesar de él, nuestra cultura continuará formando su ciclo de extensión y crecimiento. Con el quechua, como con una droga tóxica usada con inteligencia y por dósis tolerables, quien lo use, comprensivamente, elevadamente, podrá descender hasta la tenebrosidad del alma indígena, conmoviéndola é inyectándola moderna vitalidad. A travez del quechua y de éste modo, destrozándole su deficiente capacidad expresiva, sus entrañas mismas, se llegará a formar otra conciencia, otra expresión, otro mundo de ideas en la mentalidad retardada de los que hablan solamente ese lenguaje.

La necesidad del quechua es, pues, relativa y está condicionada por la imperiosa necesidad de aprender el castellano. Y el aprendizaje del quechua con tal fin, supone no ese simple esfuerzo gramaticalista que revela el empeño de que la enseñanza de ese idioma se haga con textos traducidos, diccionarios y manuales de lingüística quechua, sino la convivencia, el intercambio de ideas, el oleaje de expresiones y necesidades que hagan trascender y raccionar la vida espiritual de los unos contra los otros.

No se preocupen tanto de la suerte del quechua, señores tahuantinsuyólogos; porque así como un indígena analfabeto aprende el castellano más fácilmente cuando en éste idioma se le habla repetidas veces, habitualmente, y cuando a fuerza de necesidad vive entre gentes que hablan castellano, antes que llevándole textos de enseñanza primaria traducidos al quechua, así sucederá con quienes tengan algo que ver con el aprendizaje del quechua; aprendizaje que ha tenido entre los mismos tahuantinsuyólogos, ese mismo proceso.

Y que conste una vez más, que no todos los indígenas del Perú hablan quechua, menos aún, el quechua cuzqueño.

Y como se ha dicho, la asimilación del quechua por el castellano ó la incursión necesaria de éste en el campo de aquel, depende más de una interacción de vida —lo cual es más pedagógico que publicar libros en quechua— que del empeño gramaticalista de los quechuólogos y tahuantinsuyólogos reformistas. Porque si el que habla en quechua solamente, no sabe leer en castellano y es un verdadero analfabeto, mucho menos podrá leer en ese quechua escrito con nuestro alfabeto, a menos que haya que confinarle a escuchar pasivamente su propio idioma y creer que de tal suerte llegue a aprender castellano; lo cual demuestra uno de los muchos absurdos pedagógicos de los tahuantinsuyólogos. Se advierte pues, que si así no se puede enseñar quechua, ni aprender castellano, menos se puede sostener la conveniencia de conservar el quechua, porque el quechua se muere sin remedio.

Utilícese hasta donde sea posible el quechua, con sentido de adaptación, adecuadamente, que ya esto es pedagogía, para que se ilumine con el uso y conocimiento del castellano, la turbia conciencia de los analfabetos que no lo hablan. Pero entiéndase bien: con el quechua y del quechua, no se ha de extraer sino la tosca y fecunda materia prima de nuestra alma hispanoamericana que hablará y pensará siempre mejor en el idioma de Cervantes.

Los tahuantinsuyólogos, en consecuencia, deben continuar estudiando el pasado, sin pretender trasladar al horizonte de nuestros tiempos el espejismo nefasto de la historia como si fuera una ideología o una aspiración. Para ellos, útil, demasiado útil será zambullirse y hacer ablu-

ciones en quechua. Les atenderemos con devoción cuando, regresando de sus viajes a la historia incaica, nos relaten como en cuentos de las mil y una noches, lo que fueron los indios de ayer.

ESCUELA Y RELIGION, por Ernest Hierl.

LA IDEOLOGIA RELIGIOSA Y FEUDAL DE LA BURGUESIA

EL origen de la religión no es difícil de describir. Todos estamos de acuerdo en decir que el pensamiento es la cualidad característica del hombre. Contra esa proposición no puede decirse nada esencial. En los escritos juveniles de Marx y Engels, leemos: "el pensamiento consciente es la cualidad distintiva del hombre: el carnero no tiene más que instinto".

¿Pero en qué medida era religioso el pensamiento primitivo del hombre? Dirigiendo nuestras miradas al pasado, podemos suponer la conexión siguiente: el pensamiento primitivamente no tenía la potencialidad necesaria para dominar el mundo real y tangible, como puede hacerlo hoy, por ejemplo, frente a la naturaleza, la máquina creada por el hombre. Entonces, el pensamiento no llegaba a eso. El hombre aún no se apoyaba más que convulsivamente en esa arma. El resultado era una especie de pensamiento que se caracteriza por el símbolo: el signo.

El salvaje se talla su dios; haciéndolo, ya vence con su cuchillo una resistencia material, pero no vence por eso la existencia del resto del mundo, tan poderoso, que amenaza su bienestar de múltiples maneras. A decir verdad, él se tranquiliza pensando que su dios de palo tiene el deber de dominar el resto del mundo. Entre el fetiche del salvaje y la grandiosa catedral de Strasburgo, que todavía puede producir un entretenimiento religioso a los niños de nuestro tiempo, no hay, en el fondo, diferencia alguna. Tal es la concepción primitiva.

Apenas si se puede hablar de escuela en aquellos tiempos. El hombre se veía aislado del mundo, y eran tantos los peligros que le separaban de él, que sólo se interesaba en un círculo de experiencias muy reducido, en donde la educación se desarrolla sin instituciones especiales.

Más tarde, en la época feudal, la confesión católica es característica como género de educación, el cual se impone todavía con una poderosa fuerza en nuestra época. Según el formulismo católico de la confesión, el cura se sienta "en lugar de Dios", y el fiel, "el pecador", que se ha salido de los preceptos religiosos, confiesa al cura los pecados cometidos. El sacerdote vuelve a colocar al fiel en el buen camino. Hay que notar aquí: 1°.) se trata más de una información que de formación, y 2°.) falta el documento colectivo. El sacerdote ordena, ejerce autoridad.

El elemento autoritario de la religión vuelve a repetirse. La Sociedad de clase lo utiliza.

La Sociedad burguesa también lo utiliza desde que el hombre se organiza "en este bajo mundo", sobre este planeta. El comienza a organizarse.

Verdaderamente, en su origen, la burguesía desempeñaba un papel revolucionario respecto a la religión. Es agradable recordar esos tiempos. Quiero consignar aquí una historieta de Voltaire, que demuestra cómo, hasta en el espíritu de un librepensador, persiste el concepto religioso —superficialmente, concepto de la religión cristiana— según el cual la tierra es un Valle de Lágrimas. Voltaire, refiere esto en un lenguaje burlón: Había una vez una recepción en casa del Señor; los hombres estaban también invitados; pero comieron demasiado dulces celestes y se sintieron obligados a salir un poco de prisa. Se informaron del ángel de servicio, el cual les dijo: "Allí abajo... en aquella estrella, que brilla débilmente, aquéllos son los retretes del universo. Id, pero no tardéis mucho". Fueron allá, pero la fiesta celeste se fué alejando por la revolución del cielo, y nosotros, los hombres, nos quedamos donde estamos ahora.

Sin embargo, el planeta podía llegar a ser teatro de la alegría, del trabajo, una mansión dichosa.

La sociedad burguesa ha producido grandiosos resultados: toda la civilización técnica y el comercio mundial. ¿Cómo se manifiesta esa obra en la escuela burguesa? La Sociedad burguesa necesita hombres que, en la marcha de la producción, dispongan de ciertas aptitudes elementales, lectura, escritura, cálculo y algún conocimiento de la naturaleza. La Burguesía no puede tener necesidad de hombres que hagan el signo de la cruz en lugar de accionar una palanca útil. Si alguna cosa se intercepta en la máquina, hace falta que sepan arreglarla. Las necesidades de este grado de desarrollo económico son las que se encarga de satisfacer la escuela; y llegó un momento en que la escuela tuvo que hacerse autónoma y relativamente independiente de la Iglesia. Por primera vez, dejó de ser un apéndice.

¿Pero cómo se consigue que la escuela actual no se preocupe todavía de librarse del dominio de la Iglesia? ¿Cómo se logra que ese dominio, hoy precisamente, oprima a Alemania con un peso tan difícil de mover y con tinieblas tan profundas?

Esa situación se explica históricamente: **la sociedad burguesa y la escuela burguesa desarrollan únicamente una nueva forma de tratar la naturaleza; pero no desarrollan una nueva forma de tratar al hombre.** La burguesía misma no desarrolla verdaderamente ningún nuevo estudio de la humanidad, las demás obras que ha debido realizar no le han dejado tiempo para ello.

La moral burguesa —visto el estado objetivo de competencia, visto el mercado— consiste en estimular la competencia personal. El ideal es la personalidad, es decir, una forma absoluta y separada de toda relación general. Tal es el espejuelo que todavía ciega a muchas gentes: "la mayor fortuna de los hijos de la tierra es la personalidad, y la personalidad destacada" (Goethe).

Tomad solamente la obra más conocida del poeta más grande de ese tiempo, tomad el "Fausto". Después que el héroe aprendió a conocer todas las alegrías y todos los dolores, todas las escenas del mundo, acabó en gran patrono: "Para que la gran obra se realice, basta un espíritu para mil manos", o más aún: "Guerra, comercio y piratería, una trinidad idisoluble".

He ahí ya el imperialismo, solo que era todavía inocente. Querría comparar con esos textos la última escena del Fausto. En esa escena, Fausto es acogido en el cielo renovado de la Iglesia católica y allí vuel-

ve a encontrarse con Margarita. Comparad esas dos escenas del "Fausto" y tendréis toda la moral a la cual se circunscribía la sociedad burguesa: moral, mitad cínica (en la penúltima escena) y mitad enternecedora.

Así son también las condiciones de la escuela. Ya hemos dicho que la escuela burguesa desarrolla hasta cierto grado la técnica que necesita para aplicar a la naturaleza los nuevos procedimientos industriales. En cambio, como la Sociedad burguesa no desarrolla ningún nuevo concepto del hombre, la escuela sigue siendo en lo demás históricamente dependiente de la fuerza pasada.

La escuela continúa dependiendo de la tradición moral, es decir, religiosa, de la época pasada.

Había el recurso de indignarse, de oponerse a ello valientemente y los maestros alemanes han tomado parte en ese combate, pero en el fondo de las cosas, históricamente, no había que esperar grandes cambios.

Sin embargo, de generación en generación, la historia prosigue su curso. La sociedad burguesa, según nosotros, ha cumplido ya su misión. Cada vez se siente más la necesidad de sustituírla por otra cosa. No quiero desarrollar ampliamente esta idea, porque todos y cada uno lo han sentido en sí mismos. Cualquiera que estudie las relaciones de las cosas puede fácilmente encontrar la explicación.

La Sociedad burguesa se dá cuenta de ello; por eso observamos, en la época de transición y de liquidación en que vivimos, una transformación particularmente interesante y notable de la Sociedad burguesa.

Apenas si se magnifica todavía la antigua competencia burguesa, el libre juego de las fuerzas; aun en América, hay indecisión en este punto; por el contrario, la sociedad burguesa quiere estabilizar la situación presente. En realidad, no puede otra cosa. El mecanismo de la producción, como tal, ha llegado a un alto grado de perfección. Pero, a pesar de ello, comprobamos este fenómeno: las gentes que crean los productos no pueden comprarlos. Los zapateros hacen "demasiados" zapatos y ellos van durante las crisis del mercado y en los períodos de paso, con el calzado roto. Y así sucesivamente. Eso indica que el capitalismo no puede dominar su propia organización técnica. Hace falta forzosamente cambiar las relaciones de los hombres entre sí y en el seno de esa organización. ¡Es preciso cambiar el sistema de disponer de los instrumentos de trabajo, suprimir la propiedad privada! El capitalismo puede ensayar un nuevo reparto de la tierra. ¡Otra guerrita mundial! Así podría repartir de nuevo los bienes y despertar nuevas ilusiones en una parte de la tierra. Pero no podrá hacer otra cosa que complicar y agravar su propia crisis.

Por consiguiente, la burguesía trata de estabilizar también el régimen burgués desde el punto de vista pedagógico, pero sin verdadera pedagogía, porque, en el fondo, ese régimen vivía de la moral y de la pedagogía religiosa. Un "moderno" concepto del hombre no puede separarse tampoco de la cuestión primordial: ¿Cómo me alimento? ¿Cómo me aposento? etc.

La nueva pedagogía está ligada a la transformación del salario del hombre, de las relaciones del trabajo en el seno de la producción, y a la socialización de los instrumentos de producción. Todo lo demás es un llamamiento a la buena voluntad de los maestros de la sociedad bur-

guesa. Esta buena voluntad se engaña a sí misma y engaña a los demás.

El acuerdo amistoso no puede suprimir la lucha, mejor dicho, no puede conducir a que renuncien las clases poderosas a la dominación económica y, por mucho tiempo, la historia de la humanidad continuará desarrollándose en medio de una lucha brutal para garantirse contra las necesidades económicas.

El hombre honrado querrá suprimir las causas y, precisamente, contar con el elemento de lucha del cual quiere librarse.

La burguesía no puede librarse de eso, no puede salir del sangriento lodazal que ha sido la historia hasta aquí. Y, por tanto, es necesario que mantenga una ilusión de ese género, puesto que ella misma es quien ha introducido esa ilusión, quien ha propagado la idea de que la evolución es, precisamente, la ley de la historia. Y, en suma, cuando no puede avanzar, tiene que hacer creer que puede avanzar.

Desde el punto de vista que nos ocupa, esto significa que, en materia moral y pedagógica, la burguesía **vuelve a la ideología religiosa y feudal.** Tal es la situación histórica actual. Y nosotros, que estamos empeñados en las luchas escolares, debemos ver bien esa situación, el campo de batallas sobre el cual debemos combatir.

De lo que yo sostengo, se encuentran, por ejemplo, indicios en "la libre América". ¡En los Angeles los jesuitas forman una nueva Universidad, y Rokefeller construye una iglesia en New York!

En Europa, interroguemos un poco a nuestro colega Mussolini. Ya sabéis que Mussolini, antes de emprender una carrera llena de promesas, fué maestro diez meses. Pues Mussolini dice: "Los contrastes entre la religión y la ciencia pertenecen a una época concluida. Nosotros, hombres de hoy, hemos pasado ya eso".

Sí; cuando se considera la historia humana desde el punto de vista de las dos o tres décadas durante las cuales "uno" hace su carrera, se tiene el derecho de decir: "Nosotros hemos pasado ya eso". La significación profunda de esa idea aparece en las palabras que siguen: "¿Qué necesidad tengo yo de una filosofía que no me enseña a sufrir?".

Yo no sé en qué medida quería el mismo Mussolini sufrir, pero sé bien lo que piensa. La religión consuela al hombre. Al sumergirnos en pensamientos mágicos, la vida interior religiosa, tan alabada, desempeña aquí su papel; la mayoría de los hombres deben aprender a renunciar a la felicidad material, al manantial de placeres que constituye el señorío del mundo exterior. Hay ahí una supervivencia del tiempo en que el pensamiento del hombre tenía todavía la forma "visionaria". Aún se explota hoy esa vida interior bajo la palabra "idealismo". Y las piadosas declaraciones de un Mussolini revelan toda la significación de semejante tendencia.

A todo eso responde la situación de la escuela.

El Arzobispo de Colonia inaugura el Instituto Católico de Pedagogía y, a fin de huir de los prejuicios, como saben huir de ellos los arzobispos, no se refiere para nada a la religión católica, sino a la antigua leyenda germánica, la leyenda del Lobo Fenris, que hubo de ser encadenado porque era un monstruo. Los Ases forjaron gruesas cadenas, pero no pudieron sujetarle. Entonces vinieron los enanos que tejieron una trama tan sutil y tan ténue, que parecía hecha de seda finísima, y de este modo amarraron al Lobo Fenris. El Arzobispo añade: "Eres tú,

maestro educador de mañana, quien, por tu acción en el medio de los niños, rodearás el alma infantil, sencilla y blanda como la arcilla, de la sutil trama que no se podrá romper ni deshacer, como la del Lobo Fenris".

Se plagia la historia del siglo XVI y se legitima ese plagio afirmando que es una exigencia del sentido histórico.

Para nosotros el sentido histórico es el conocimiento de la historia humana, del margen que separaba las condiciones reales de la existencia y las posibilidades de bienestar de nuestra raza en el planeta; es también la capacidad de influir en ese desarrollo objetivo de las cosas para favorecer el bienestar del hombre. Marx decía: "¡Transforma el mundo!".

Para nosotros el sentido histórico no es la incapacidad de hacer la historia. No se da pruebas de sentido histórico orientándose hacia la confusión y en el espíritu del siglo XVI.

Ese sentido histórico es simplemente el sentido de la docilidad, el sentido de la sumisión a la reacción.

Hoy un país en donde las cosas van por diferentes camínos. En ese país, los intelectuales, los educadores, no se inclinan ante las potencias de ese género. Al decir esto no trato de adular a los colegas rusos. Se me dirá que allá también hay un poder público y que los colegas rusos, en el fondo, se conducen con arreglo a las obligaciones que se les impone. Es verdad, se amoldan a esas obligaciones, pero la diferencia está en que pueden hacerlo con gusto, porque adaptándose a esas obligaciones, es a la vida y al interés del porvenir a lo que se adaptan.

Si nosotros tuvieramos un Poder público fuerte y al mismo tiempo capaz de conducirnos, también trabajaríamos con ellos, pues no somos peores. Si; todo es cuestión del Poder público, y porque la Unión Soviética tiene un Poder público progresista, es decir, hoy día orientado en el sentido del socialismo, allí se ha llegado a la separación de la Iglesia y el Estado bajo una forma pura y completa. Se me dirá, quizás, que lo mismo sucede en América; que allí tampoco se enseña ninguna religión en la escuela. Pero hay que notar que, en América, la vida toda está impregnada de religión, que cada día de vacación se enseña religión a los niños y que, de esa manera, están mucho más instruídos en religión que nuestros niños, no obstante darse en la escuela, con la ventaja de que la imposición está disfrazada.

Tenemos ya en América los comienzos del socialismo religioso en sus grandes líneas. En ese país, se quiere mantener todavía la grandeza del capitalismo con una clase de obreros y empleados elevada y, al mismo tiempo, pervertida.

Si consideramos las grandes perspectivas, hemos de reconocer que América acapara a la vez las riquezas del mundo y sus medios de combate, tanto las armas brutales como las armas demagógicas; por eso América sostiene también la devoción anglosajona. En primer lugar, se trató de incluir a la Unión Soviética en la economía mundial deseada por América, porque la clase obrera rusa, por primera vez, ha hecho la historia. Diciendo esto, no ensalzamos a esta clase más que a los trabajadores de la enseñanza. Pero tenemos ante la vista la situación histórica, y esa situación nos enseña que la clase de los obreros industriales está colocada en la economía en un lugar donde la solidaridad consciente viene a ser una necesidad cotidiana del trabajo, sin la cual los obre-

ros se convierten en puro material humano, pierden su cualidad de hombres. Rebelándose contra eso, la clase obrera ha tomado la dirección de la historia por el camino que conduce a la humanidad consciente. La historia no tiene otro contenido. Al lado de eso, no vamos a ocultar que esa clase, en el período de transición, estaba dirigida por tránsfugas (Marx, Lenin, etc.), por "ideólogos" que, como decía Marx, "por su trabajo se elevaron a la altura del desenvolvimiento histórico", al reconocimiento de que la clase obrera dirige, confundida con su propia causa, la causa de la humanidad.

MATERIALISMO HISTORICO Y PEDAGOGIA

Al hablar de materialismo, hace falta, en primer término desechar los prejuicios que lleva consigo esta palabra, que se resumen en una idea de inferioridad.

Ninguno de nosotros niega que, en el hombre, las cosas pasan por el pensamiento, por el cerebro y que esa operación supone diferencias. En uno, es la digestión la que hace un gran papel, en otro, el sentimiento sexual; pero lo que caracteriza al animal-hombre es la preponderancia del pensamiento, la idea. Lenin mismo habla del "ideal comunista" ¡del ideal!

No nos dejemos engañar por el abuso que se hace de las ideas de materialismo, de idealismo, etc.... No se deben confundir el idealismo y el sacrificio. Esta confusión reina en el público, y la sociedad burguesa tiene el mayor interés en "eternizar la confusión" (Marx). Tengámoslo muy presente en todas nuestras luchas intelectuales. Si nosotros, marxistas, nos esforzamos en pensar con precisión, es decir, pensar en materialistas, sometiéndonos siempre al control de la realidad, no tenéis derecho, los demás, a reprocharnos ese hecho, el no tener corazón, ideal.

Hasta entre gentes muy distinguidas corren esas fábulas contra nosotros.

El materialismo histórico puede presentarse bajo una forma simple; el hombre es una especie salida del reino animal, que en nuestro tiempo está todavía en lucha por la satisfacción de sus necesidades primordiales de orden económico, por garantirse contra el hambre, el frío, etc... No podemos, al considerar las cosas a grandes rasgos, desviarnos de ese punto de vista. La satisfacción de esas necesidades primarias es, por ahora, el objeto principal de la historia humana. En cuanto a las clases sociales, son las diversas agrupaciones humanas colocadas en diferentes relaciones con los tesoros de la tierra, con los instrumentos de trabajo naturales y artificiales. Porque el que los posee está, naturalmente, también en situación de imponer a los otros las condiciones de trabajo y de existencia, y de ahí también la lucha de los marxistas y de los leninistas para establecer, socializando los medios de producción, la base indispensable de un nuevo trato del hombre.

Sobre esa "materia" es donde deben actuar nuestros trabajos, y esos trabajos materiales han de resolverse en el orden en que deben estar jerarquizados según el grado de urgencia.

Esas son las explicaciones sobre el materialismo, a las cuales puedo limitarme en esta exposición.

En mis tesis he indicado más cuestiones referentes a la situación biológica y económica del individuo. En primer lugar, hay que colocar la situación de clase, porque está en relación con los obstáculos más di-

fíciles de vencer para el individuo. Yo pregunto también a ese individuo: ¿cuáles son tus perspectivas respecto a la situación de clase? Además: ¿Cuál es tu constitución biológica? ¿Qué importancia tienen en tí el sistema de instrucción, la sensualidad, el sistema nervioso, la sexualidad, etc.? Con eso trato de determinar el individuo. Así se fija la situación que un hombre dado ocupa en la lucha de clases.

Al ocuparse de la clasificación científica del individuo hay que considerar, además, dos puntos de vista como muy importantes; yo los justifico con unas frases de Marx y Lenin.

"No se juzga bien al individuo por el concepto que él tenga de sí mismo", se lee de pasada en uno de los escritos más célebres de Marx.

Por consiguiente, hay que disponer por medio de la educación al individuo para que reconozca su ser real, y ese ser real debe apreciarse según los criterios objetivos que he señalado antes. Es lo que yo denomino condiciones de vida y posibilidades de felicidad de los hombres; el margen de ellas de que dispone cada uno es examinado científicamente, y nuestra moral —si se puede amplear esa palabra— consiste simplemente en decir a ese hombre: "¡Ve ahí lo que puedes probablemente; he ahí lo que debes! ¡Tu debes lo que puedes! Tu debes, con tus condiciones de vida y tus posibilidades de felicidad, hallar tu lugar en la marcha histórica de la humanidad en su conjunto." Por otra parte, yo no daría a ese procedimiento el nombre de moral. Todo falso brillo metafísico desaparece y se tiende a una técnica de las relaciones humanas muy conveniente, muy capaz de proporcionar la dicha. ¡Modestia del individuo, grandioso desarrollo de la colectividad llamada a una vida más perfecta!

Lenin decía, en un discurso a la juventud: "En el régimen de clases, todos nos criamos, naturalmente, entre los prejuicios existentes, absorbemos, por decirlo así, "con la leche de nuestra madre", los prejuicios del régimen de clases".

Es preciso reconocer la importancia de estas palabras: "por decirlo así, con la leche de nuestra madre". Porque en ese "por decirlo así" se encuentran en germen todos los resultados de la psicología moderna (Freud, Adler, etc.) Ella ha demostrado que las impresiones de la primera infancia tienen una gran importancia y que nosotros tenemos, por consiguiente, la obligación —haciendo actuar la luz de la conciencia precisamente como yo lo decía (Conoce tus condiciones de vida, tus posibilidades de felicidad, etc.)— de libertar a los grandes grupos y a la humanidad de esos lazos que se han formado en el círculo experimental tan estrecho que conssituye el medio ambiente del niño.

Nuestra pedagogía marxista y leninista debe, pues, tener en cuenta estas dos reglas de trabajo: necesidad de hacer volver la conciencia al ser real (el hombre no es lo que se imagina) y de tomar en consideración los lazos formados en la primera infancia.

DIALECTICA Y PEDAGOGIA

La dialéctica significa que tomamos el desenvolvimiento histórico en todas sus conexiones y que seguimos igualmente el diálogo de las contradicciones porque pasa el progreso histórico.

Por ejemplo, el pacifista, si quiere ser consecuente, debe arrancar las armas de manos del capital (esa conexión de las contradicciones consiste en que, precisamente, el pacifista debe ser militarista en tal o cual medida si quiere serlo seriamente: eso es lo que se llama dialéctica histórica).

¿Qué papel desempeña, pues, la dialéctica en la pedagogía? No se trata de la pedagogía como organización escolar, sino en un sentido más estrecho: tratado de las relaciones de hombre a hombre. Naturalmente, ese tratado depende de la **organización de la educación,** y, a su vez, esa organización depende de la política.

Lenin dijo, en alguna parte, a propósito de la política: "la política seria comienza donde se cuenta por millones". Pero lo mismo se puede decir que la educación seria comienza allí donde logra penetrar hasta el individuo.

Aquí me veo obligado a incluír algunas consideraciones acerca del individuo. El individuo, como tal, el individuo biológico, es ya en sí mismo un organismo social, compuesto de átomos, de células o de los elementos que sean. Es un organismo social; las leyes físicas y químicas cooperan armónicamente en el individuo, y todavía hoy el individuo es más perfecto, más coherente en sí mismo que lo es la sociedad.

En el tiempo en que Lenin discutía con los "Investigadores de Dios", estos hacían valer que la religión podía servir para dominar al individualismo animal. Lenin hacía observar en contra de eso que el individuo estaba ya socialmente dominado desde la sociedad animal, por consecuencia, en ausencia de toda religión y en la comunidad primitiva.

Pero se objetará que de la sociedad primitiva ha nacido el régimen de clases, de suerte que se ve que el hombre es una criatura que oscila entre el egoísmo y el amor del prójimo.

Ciertamente, el régimen de clases ha nacido de la sociedad primitiva, y yo puedo, por ejemplo, satisfacerme a este respecto con las declaraciones siguientes, de Rosa Luxemburgo:

El régimen de clases "sería una etapa mínima de la grandiosa progresión de la humanidad hacia la civilización".

Los esfuerzos revolucionarios del presente tienden la mano a la sombría tradición feudal. El círculo del conocimiento se cierra armoniosamente.

Todo eso está bien, pero yo quería saber cómo hemos llegado a la "etapa mínima". Ese conocimiento proyectará luz sobre la cuestión de saber cómo salir de ella.

Con seguridad, la causa comunista, la creación de instrumentos de producción, utilizables exclusivamente en común, constribuirían a ello.

En el medio técnico que el hombre se crea, puede elaborar mejor su propia naturaleza social.

Para amplear una expresión de Marx, "Actuando sobre el mundo exterior y transformándolo es como el hombre cambia también su propia naturaleza".

El hombre ha pasado de la etapa animal a la etapa del pensamiento consciente, lo que significa una diferencia relativa, pero grande. Pero, precisamente, el instinto animal del hombre no era en la sociedad primitiva más que eso: un instinto. Luego vino la conciencia; el pensamiento consciente se desarrolló partiendo del instinto, pero también agotando el instinto. Esa sustitución no podía verificarse sin causar cierta inseguridad. Toda transición supone inseguridad. Fatalmente hubo de llegar un momento en que el individuo biológico no estuviera guiado por el instinto, como en la sociedad animal y en la comunidad primitiva; y que tampoco lo estuviera aún por la conciencia. Desde el punto de vista pedagógico, es una observación interesante.

¡Del instinto a la conciencia! Era necesario que el instinto fuera debilitado y lo ha sido. Al mismo tiempo, el elemento social se debilitó primero. Es la época que luego se manifiesta como régimen de clases. Es esa época en que el egoista juicioso, públicamente detestado, pero secretamente admirado, es el héroe de la historia. ¡Hasta que la conciencia se arraigue más! ¡Hasta que el leninismo marxista se extienda!

Y se extiende a la economía y a la política, y la pedagogía marxista completa la socialización del individuo. Así, el hombre, que llega a la etapa de la conciencia, consigue, en un extenso campo de acción a través de todo el planeta, lo que los animales no alcanzan más que en un círculo de experiencias muy limitado por el instinto.

Es de gran importancia darse perfecta cuenta del porvenir del individualismo, porque todo educador se encuentra ante este problema: ¿qué orientación hemos de dar, al mismo tiempo, al niño en cuanto a su "yo"? ¿qué grado de egoísmo vamos a desarrollar en él?

¿Una pregunta "prohibida" por el socialismo? Pero precisamente porque yo heredo la "lucha de conciencia" del espíritu religioso, de la sensibilidad religiosa potente, pero extraviada, será muy necesario que me ocupe de esta cuestión.

Afortunadamente, existen también las respuestas. La pedagogía marxista y leninista debería formularlas así:

Apreciación personal y científica del puesto que se debe ocupar, y comprobación mutua.

La dialéctica consiste en que no se le dice tampoco al individuo, cuya personalidad está siempre allí, no se le niega. "¡Tú no has de ser un individuo! ¡Tú no has de ser nada más que un buen camarada!

Eso no cuesta nada — nada al que lo dice. En realidad, el individuo debe ser tratado de tal manera que se le dé desde luego la posibilidad de definir las condiciones de vida y las posibilidades de felicidad de su "yo", dentro de las circunstancias de una agrupación dada, la que a su vez ha de hallar un puesto en el conjunto de la historia humana.

Por consiguiente, nos estudiamos el uno al otro tan objetivamente como la ciencia las cosas; pero igualmente nos tratamos el uno al otro con el mismo respecto que la ciencia siente ante los hechos.

La añeja máxima religiosa, "ama al prójimo como a tí mismo", debe considerarse, desde ese punto de vista, como cosa religiosa, es decir, irrealizable.

Por el contrario, al recomendar a los hombres que se valoren entre sí científicamente, como hechos, y se clasifiquen así, se les da una directriz realizable y de una gran importancia pedagógica.

¿COMO CURAR LOS ESPIRITUS DEL MAL RELIGIOSO?

Todavía queda, para concluir, estudiar la relación de la pedagogía marxista y leninista con los seres religiosos.

En primer término, la idea siguiente: **con las religiones no podré nunca reconciliarme.** En cambio sería pretencioso negar que en muchos hombres religiosos, en hombres tocados de esa enfermedad, puedan ocultarse, y frecuentemente se ocultan, energías mucho más preciosas que en tales o cuales amigos de luces, que vienen a buscar al enfermo para librarle de su mal. He ahí el punto decisivo: imposibilidad

absoluta de reconciliarse con las religiones como tales, elemento asido al hombre, o, lo que es peor aún, incorporado al hombre como si fuera un tumor maligno; pero, por otra parte, reconocimiento absoluto del hecho de que ciertas energías preciosas del hombre pueden darse en ese laberinto y que nosotros, los pedagogos, no podemos oponernos más que a los errores del hombre, si es verdad que reconocemos al valor hombre.

No debemos alzarnos contra el valor de tal hombre religioso. Es un hecho que se puede observar en todas partes. Aún hoy, por ejemplo, generaciones enteras de sabios incrédulos, que estudian los fenómenos hereditarios, se basan en los descubrimientos del franciscano Mendel.

¿Cómo hemos de conducirnos entonces con la joven generación?

En el niño se repite la situación del hombre primitivo. No es necesario aceptar ninguna misteriosa conexión de naturaleza biológica; pero la situación, en líneas generales, es la misma. El niño es nuevo en el mundo; no se da cuenta de las cosas que le rodean, mucho menos de los elementos lejanos. Es débil. Todos los adultos influyen sobre el niño con el peso de los datos y de las vastas formas de su experiencia. Es decir, que el niño presenta una gran receptividad a la vida interior y al pensar visionario bajo sus formas convulsivas. Esto no tiene duda.

El último de los grandes pedagogos de una burguesía dispuesta a volver a la edad feudal, la señora Montessori, ha creado para los niños una multitud de magníficos instrumentos de desenvolvimiento que permiten al niño llegar, frente al mundo material, a un sentimiento optimista de sus fuerzas reales, a un sentimiento optimista de su acrecentamiento. No sufre coacción alguna, ni se le tolera, ni se le obliga a refugiarse en la vida interior, ni a creer que vive imaginarios papeles legendarios y religiosos.

La señora Montessori va todavía más lejos: prohibe formalmente que el mundo, donde los niños están ya perplejos, que es ya para ellos un cuento de hadas, les sea presentado bajo una forma aún más legendaria con ayuda de cuentos y otros procedimientos emotivos análogos.

Sus adversarios dicen: "Precisamente porque el niño es accesible al elemento legendario es necesario darle esa nota emotiva".

Esa pedagogía, inconscientemente, sin saberlo, sigue la tendencia de los que quieren eternizar la confusión, la tendencia de la sociedad burguesa en regresión hacia el feudalismo.

Hubo una época en que esas leyendas eran todo lo que los mismos adultos sabían del mundo. Pero ¿por qué vamos hoy a contribuir a que los niños crean en unas representaciones a las que tendrán que renunciar forzosamente?

¿Qué pedagogía es esa tan necia, romántica, reaccionaria? Y, sin embargo, no es difícil hacer más y mejor. Fácilmente se observa en los niños que sienten todo cuanto el mundo real nos ofrece. La fuerza de su imaginación les impulsa a ponerse en contacto con todas las cosas, ya se trate de una máquina o de cualquier otra cosa. Los niños deben descubrir por sí mismos las maravillas de que se les habla, las posibilidades creadas, y que les son tan necesarias en el seno del mundo real. La imaginación aplicada a transformar el mundo, la imaginación aplicada a lo real, eso es lo importante. Eso es lo indispensable cuando se considera al hombre integral y la historia de la humanidad; de este modo

no se causa perjuicio a la imaginación, como facultad particular del hombre.

Por lo demás, es instructivo, dolorosamente instructivo, el ver cómo la señora Montessori se ha pasado al campo de la reacción burguesa. Ha escrito un librito sobre **El Niño en la Iglesia** ¡Lo fantástico **en religión,** según ella, no es fantástico!

En los jóvenes se comprende que la disposición a dejarse extraviar por la religión exista todavía. Quieren darse valor y fortalecer sus ánimos traspasando el mundo real y no aplicando su imaginación a los hechos de ese mundo.

Así, encuentro en la revista publicada aquí en Leipzig, por el Instituto de Enseñanza obrera **Voluntad de Cultura** un artículo en el que la religión está descrita con simpatía, como la eterna impulsión del hombre a ser llevado más allá de las realidades de este mundo, y a comprender y llegar a unirse con la causa primera de esas realidades.

"Innumerables pedagogos", que hasta se denominan socialistas, están hoy prontos a inocular a la juventud el espíritu religioso de la sociedad burguesa decadente y a enviar jóvenes, llenos de sensibilidad y de imaginación, a la cruzada religiosa cuyo fin es el descubrimiento del "misterio infinito".

Pero no es difícil erigir ante los jóvenes una imagen tal de la realidad terrestre, que, a la vista de sus embriagadoras posibilidades abandonen ese fantasma llamado infinito, lleno de necio orgullo, y declaren, orgullosos de su modestia: "Sí, somos unos "pobres" muchachos. No existen entre nosotros y ese misterio infinito las relaciones que el hombre religioso afirma sostener. La "Casa de Dios" de que se nos habla con deleite no es otra cosa que el cielo, mejor dicho, la lejanía del universo; pero hasta ahora el círculo de las experiencias terrestres de mi religión estaba determinado por el sacerdote, que trabaja en favor de toda explotación y del parasitismo, y en beneficio de la clase dominante".

En cuanto a nosotros, sacamos nuestra enseñanza de la historia de la humanidad aquí abajo: nosotros vemos surgir de cada niño proletario el hombre del porvenir, el hombre que piensa y capaz de perfección. Su imagen resplandece ante nosotros y nos alienta. Sabemos, al mismo timpo, cuáles son nuestras lagunas, sabemos que cometemos todavía faltas. Pero, aun cuando la vieja generación estuviera luchando toda su vida sin éxito, su fracaso anunciaría la victoria de la joven generación.

¡Ved de que manera, por nuestra parte, el fracaso se transforma en éxito! Las cosas no sucederán en Alemania como en Rusia; las cosas pasarán de otro modo. Pero la historia humana, la revolución social, no echarán a un lado a Alemania ni a la Europa Central. Lo único que falta saber es si queremos ser simples víctimas o si queremos participar en la dirección. La hora está siempre al llegar, siempre al venir la ocasión.

Algún día os veréis forzados a construír de nuevo las bases de la educación y de la vida personal, y será mucho mejor que se encuentren camaradas capaces de preveerlo y de tomar las medidas preparatorias.

TESIS

1.—Las religiones constituyen la expresión más concentrada de la prehistoria de la humanidad. El género humano no tiene todavía re-

suelta la labor rudimentaria que le imponen el medio que le rodea y su naturaleza: la supresión del hambre, la miseria económica, las enfermedades que subsisten a consecuencia de esa miseria y, en una palabra, la supresión de la sociedad dividida en clases.

La humanidad sacaba tranquilamente quimeras religiosas y subproductos filosóficos del proceso de descomposición y de decadencia de las religiones, buenos para desviar de la tarea principal, a saber: el combate contra la sociedad dividida en clases (actitud idealista de replegarse sobre sí mismo, fascinación por las bellas artes, sectas primitivas y sectas evolucionadas del género del socialismo religioso).

2.—Por consecuencia de este estado de cosas, los beneficiarios de la división en clases sostienen todas las tendencias religiosas o emparentadas con la religión como apoyo de la sociedad dividida en clases.

3.—La escuela se desenvuelve contrastando y compitiendo con la religión, o más exactamente, con la forma organizada de la religión, a saber, las iglesias y las sectas. La sociedad capitalista y su Estado tenían absoluta necesidad de una organización escolar capaz de suministrar ciertos conocimientos, ciertas aptitudes para dirigir la naturaleza exterior al hombre.

Por el contrario, la dirección del hombre perecía, antes y luego, un "privilegio de la voluntad divina" en la sociedad dividida en clases; sometiendo la educación del niño a una triple jerarquía: el padre de familia, el padre del Estado y el padre espiritual.

4.—El desenvolvimiento de las cosas bajo el capitalismo ha conducido a la formación de una organización de lucha consciente para dar una dirección nueva a las relaciones humanas, es decir, en favor de la socialización de los medios de producción. Desde que el capitalismo se ve así amenazado por el marxismo y el leninismo, la clase dominante renuncia de una manera cada vez más visible a la actitud científica de los burgueses revolucionarios de antes.

5.—La escuela, como organización de la influencia ejercida por la sociedad sobre las jóvenes generaciones, depende desde el punto de vista económico y político, de la sociedad que se vuelve revolucionaria; la escuela, como organismo, no puede llegar a ser progresista más que después del cambio de las relaciones de propiedad y de las relaciones sociales mediante la revolución proletaria. Entonces la escuela llegará a ser el campo donde se podrá imprimir, en el sentido del marxismo revolucionario, una nueva dirección a las relaciones entre los hombres, en lugar de la voluntad "de eternizar la confusión" que hoy constituye la herencia pedagógica de la concepción religiosa de la existencia; concepción decadente y corrompida.

6.—La escuela de la Unión Soviética ha realizado la transición de la escuela feudal y burguesa a la escuela orientada en el sentido proletario. Si nosotros queremos sacar de esta experiencia la lección que encierra y evitar que se consolide la escuela de los demás países al servicio de la sociedad burguesa, en vías de desaparición, los avanzados de la pedagogía deben, en todas partes, guardando estrecho contacto con la lucha consciente de las masas proletarias contra la sociedad dividida en clases y sacando partido de su cualidad de especialistas pedagógicos, desarrollar una pedagogía capaz de combatir, con una virtualidad pedagógica efectiva, los efectos del opio religioso y de la pedagogía adormecedora del pasado, pariente próxima de la religión: me refiero, naturalmente, a la pedagogía del marxismo revolucionario.

7.—Propagando la pedagogía del marxismo revolucionario, al mis-

mo tiempo nos proveemos de la mejor arma de lucha pedagógica contra los estupefacientes de la religión y de las concepciones emparentadas con la religión; procedemos de la siguiente manera:

a) Nosotros tenemos conciencia de "la marcha objetiva" del desarrollo histórico de la humanidad.

b) Comprobamos, dentro del cuadro de la marcha objetiva de la historia, el margen que separa las condiciones de vida y las posibilidades de felicidad de los hombres, que son el objeto propio del trabajo pedagógico.

c) Planteamos, sobre ello, las cuestiones siguientes: ¿Cuál es tu situación de clase? (Cuestión que examinamos de un modo permanente, teniendo en cuenta los cambios de clase eventuales) ¿Cuál es tu constitución biológica? ¿La salud, las enfermedades, la edad, el sexo? ¿Qué influencia tienen en la totalidad de tu vida el sistema de alimentación, la vida sexual, el sistema nervioso? ¿Cuál es la ley de acción mutua de esos elementos unos sobre otros? ¿Cómo se han asociado hasta aquí en tu vida la situación de clase y las disposiciones personales? Recordemos las condiciones de lugar y de tiempo en las cuales te has desarrollado.

El país natal y la época imprimen un carácter especial a la situación de clase. ¿Cómo se ha ido ensanchando y rectificando, a la luz de tu conciencia, el círculo limitado de experiencias que se ha formado inconscientemente desde tu tierna infancia? ¿Dónde encontrar las relaciones de la historia personal con la historia general del mundo exterior? ¿Dónde están los puntos de ruptura? ¿Cómo ha resultado de todo eso tu posición en la lucha de clases?

d) Una vez que tenemos así claramente determinado el margen de las condiciones de vida y de las posibilidades de felicidad de los hombres con las cuales hemos de realizar nuestro trabajo pedagógico, que son igualmente las nuestras, nos fijamos a nosotros mismos y a cada uno la exigencia pedagógica que consiste en llenar ese márgen: **Tú debes lo que puedes** en presencia de la marcha objetiva del desenvolvimiento social, según tu situación y tus disposiciones.

8.—Esa orientación general sobre la pedagogía marxista debe ser utilizada igualmente para tratar los residuos religiosos o seudo-religiosos. Según el punto de vista expresado en el Nº 7 c), contestamos a las cuestiones siguientes:

a) ¿A causa de qué asociaciones están todavía los hombres amarrados al espíritu religioso? ¿Es una necesidad de la naturaleza humana?

b) ¿A causa de qué asociaciones se revuelven contra el espíritu religioso?

c) Luego, insistimos, bajo una forma que nos aleja del espíritu religioso, acerca de esos elementos preciosos que existen en los hombres amalgamados con el espíritu religioso y que constituyen, a sus ojos, el valor.

d) Alimentemos y satisfagamos esas necesidades preciosas del hombre que la religión deja insatisfechas y que le incitan a rebelarse contra la religión.

9.—Por consecuencia de nuestro acuerdo con la marcha objetiva de la historia, la pedagogía marxista logrará también realizar la obra que la política marxista ha realizado ya en parte: la liberación de las fuerzas oprimidas y falseadas en el seno de las masas.

Gracias al método indicado, nosotros libertamos, desde la más

temprana edad, las fuerzas motrices de la historia de sus ligaduras con la religión, y, puesto que la religión y la pedagogía emparentada con ella están obligadas a arraigar en una rama inmovilizada del desarrollo de la humanidad y, por consecuencia, a entregarse a la opresión y a persecuciones de todas clases, nosotros podemos proporcionar a los niños más bienestar por medio de la educación; se ponen más fácilmente en contacto con sus propias condiciones de existencia y posibilidades de felicidad, con la marcha objetiva de la historia, con la lucha emancipadora del proletariado.

10.—Una vez que lleguen a la edad de la razón, nuestros discípulos nos aplicarán a nosotros, sus educadores, cada vez más, el método que nosotros les hemos aplicado. El método que se define con esta breve fórmula: apreciación científica del lugar que uno mismo debe ocupar y mutuo "control". O más bien, para hablar en forma de imperativo pedagógico: **"Tú debes tratar científicamente a tu prójimo y a tí mismo"**; he ahí el contraste perfecto de la moral religiosa, moral arbitraria y conforme a un estado rudimentario del conocimiento.

La labor de la escuela es superar a la moral y a la pedagogía reinantes en la sociedad dividida en clases; moral y pedagogía que, penetradas hipócrita o visiblemente por el espíritu religioso, constituyen un peligro para toda la humanidad. A este fin, es necesario aprovecharse de la dirección avanzada y científica de las relaciones entre los hombres y conjuntamente de la producción superior de felicidad a que conducen esas relaciones.

(De "Pedagogía Proletaria", versión de los Jornados Pedagógicos de Leipzig organizadas por la Internacional de los Trabajadores de la Enseñanza).

LA TRANSFORMACION DE LA AGRICULTURA SOVIETICA. (1)

UNO de los aspectos más importantes de la enérgica campaña que para la transformación de la agricultura en la U. R. S. S. ha emprendido el gobierno soviético, es la creación de los "sovjoz", es decir, grandes estancias organizadas por el Estado, algunas de las cuales cubren actualmente más de 100,000 hectáreas y se hallan equipadas con los implementos más modernos.

Estas explotaciones colectivas se forman por la reunión de muchos agricultores particulares, con objeto no solo de adquirir en común los artículos que les son necesarios y vender en conjunto sus productos, sino también de trabajar la tierra en común.

En 1926-7, 234,000 explotaciones particulares se habían reunido en grupos, con objeto de emprender el trabajo en común; la superficie total que ocupaban esas explotacoines colectivas era de 800,000 hectáreas más o menos. En 1928-9, el número de dichas explotaciones "colectivizadas", alcanzaba a un millón, la superficie ocupada pasaba de 4,2 millones de hectáreas y la población dependiente de tales actividades se elevaba a cinco millones de personas.

En los primeros años de existencia de los "sovjoz", cuando este movimieto no alcanzaba sino a un pequeño número de explotaciones

individuales, la superficie arable era de poca importancia; en 1928, por ejemplo, no alcanzaba a un promedio de 57 hectáreas. En el curso del último ejercicio, se han creado 220 explotaciones colectivas, sobre una superficie de 1.135,000 hectáreas, cubriendo cada una por lo menos, 2,000 hectáreas. La mayor y mejor organización de estas empresas es la llamada "el Gigante", en el distrito de Irbit (Ural), que comprende 135,000 hectáreas y que reune 4,502 explotaciones particulares.

El desarrollo de los 'sovjoz" ha sido tan intenso, que ha sobrepasado los cálculos hechos en el plan quinquenal de la agricultura soviética, por lo que las cifras para 1929-30 deben ser revisadas, y se puede prever que el número de explotaciones "colectivizadas" llegará a 2,6 millones, es decir, al 10 % del total general, y que la superficie de sus terrenos alcanzará a 15 millones de hectáreas, de los cuales cerca de 11 millones estarán destinados al cultivo de cereales.

Si este movimiento se mantiene en el mismo grado que actualmente, se puede calcular que, según toda probabilidad, las explotaciones colectivas darán en tres años, es decir, en 1932, más del 25 % del trigo negociable, y que para ese momento reunirán más de 19 millones de agricultores. Por otra parte, el plan de desarrollo de los "sovjoz" admite que éstos darán, en la época de referencia, el 17 % del trigo negociable, y que así, en total, el sector nacionalizado de la agricultura proveerá del 43 % del trigo. Se entiende que, contraloreando y sometiendo al plan cerca de la mitad del trigo negociable, el Estado podrá repartir racionalmente la producción entre el aprovisionamiento de las ciudades y la exportación.

Es innecesario decir que las industrias conexas con la agricultura y el mantenimiento de la población rural, desempeñan un papel importantísimo en la reconstrucción técnica de la agricultura en la U. R. S. S.

La fabricación de máquinas agrícolas se desarrolla muy rápidamente. En el curso del pasado ejercicio, ha sobrepasado dos veces el promedio de la producción de antes de la guerra. Sin embargo, la organización de los "sovjoz" reviste una amplitud inesperada, y comporta la necesidad de un aprovisionamiento cada vez más vasto de instrumentos agrícolas; motivo por el cual la producción de éstos ha sido calculada para el año en curso, en 373 millones de rublos, o sea 1,75 veces más que el año anterior. Igualmente se ha debido modificar, aumentándolo, el plan quinquenal de esta producción, y en lugar de 610 millones de rublos para el último año del período, ha sido necesario fijar la cantidad de 1,100 millones.

En el curso de estos últimos cuatro años, la agricultura será ampliamente provista de tractores, y cada uno de ellos será dotado de un juego completo de remolques que permitirá obtener todo su rendimiento. En 1932-3, la producción de tractores será de 264.000 unidades, y el total de dichas máquinas en uso en la campaña soviética alcanzará a 460,000 nominalmente, es decir, reducidas a una unidad de 10 H. P. cada una. Además de la gran fábrica de Rostov, actualmente en construcción, se calcula poner en marcha, durante el período quinquenal, empresas análogas muy importantes; la usina de Siberia podrá producir anualmente 60 millones de rublos en tractores, y la del Ural, 45 millones; la fábrica de "Combines" producirá 16,000 y, en fin, las fábricas de Stalingrado, de Tcheliabinsk y del Mediodía, producirán tractores de gran poder. La construcción de estas fábricas será enérgica-

mente impulsada, de modo que puedan ser puestas en marcha en uno o dos años.

La "colectivización" de la campaña rusa será muy favorecida por el empleo de los tractores, el cual será facilitado por el establecimiento de "estaciones de servicio", para los mismos, organizadas por el Estado por cuenta de las cooperativas y de las mismas explotaciones colectivas. Cada una de estas estaciones dispondrá de 50 a 250 tractores que pondrá a disposición de los labradores para todo los trabajos agrícolas, es decir, la roturación, siembra y recolección.

Las cooperativas cerealistas cuentan ya en su haber con 61 estaciones de tractores, las cuales poseen de 58 a 110 máquinas cada una. Estas estaciones sirven 506 aldeas, con una superficie arable de 1,407, 900 hectáreas. La mayor parte de la población de esas aldeas se halla organizada en 406 asociaciones para el trabajo de la tierra en común.

Sería inexacto considerar las estaciones de tractores como simples centros de locación de dichos vehículos. Su papel es muy importante desde el punto de vista social, pues tiende a transformar la producción individual en producción colectiva. El señor Markevitch, uno de los fundadores de la primera estación en la provincia de Odessa, declara que no basta entregar a una aldea algunos tractores, máquinas e instrumentos perfeccionados y estimar que así se ha contribuído al desarrollo de una producción agrícola en gran escala. Es necesario crear una base técnica para esa transformación. La cuestión se complica, desde el momento que no se trata solamente de la creación de una gran explotación agrícola, sino de la transformación y la reunión de millares de pequeñas siembras particulares. La estación de tractores constituye un centro alrededor del cual se reunen docenas de aldeas para transformarse en seguida en una gran explotación única. A este efecto, los límites que separan unas propiedades de otras, deben ser suprimidos, para que la tracción mecánica pueda ser utilizada en todo su rendimiento. Esta es la primera exigencia de la estación de tractores a la explotación particular. La segunda exigencia es la organización racional del trabajo, el cual debe realizarse siguiendo el sistema colectivo. Las relaciones entre la estación y los campesinos, deben ser estrictamente establecidas por contratos especiales que determinen la utilización de los tractores. La naturaleza de estos contratos ha sido fijada por un documento-tipo establecido en una reciente reunión del "Tractorocentr", órgano del Estado que une todas las estaciones de tractores.

Según ese contrato las aldeas servidas por una estación, forman una asociación de producción o forman un "koljoz", reuniendo todas sus tierras en una sola extensión anónima. Los campos individuales quedan suprimidos. Las asociaciones o "koljoz" así formados, inician el cultivo en común. Todos los trabajos del campo, inclusive el manejo de los tractores, deben estar a cargo de los mismos campesinos, sin recurrir a la mano de obra asalariada del exterior. La estación de tractores se ocupa de la instrucción técnica de los paisanos y procede, en el primer año, al canje de la semilla corrientemente empleada, por otra seleccionada.

Todos los trabajos que se efectúan, sea por los tractores o por los campesinos, se rigen por el principio colectivo. Los cereales de los "koljoz" y de las asociaciones, destinados al mercado, deben ser entrega-

dos después de la trilla, a la estación de tractores, a los precios fijados por el gobierno. Las asociaciones y "koljoz" servidos por la estación, adquieren anualmente cierto número de acciones de "Tractorocentr". Los campesinos pobres dan, con ese objeto, dos rublos por año y por hectárea, y los acomodados 3 rublos.

Actualmente se está en momentos de concluir en la campaña, contratos de esa especie para dirigir las operaciones, y se han enviado del centro 102 inspectores, 204 agrónomos y 12 empleados del "Tractorocentr".

Ya hemos dicho que la organización de las estaciones de tractores se desenvuelve con toda rapidez. El programa prevé que en 1932 su número será aproximadamente de 500 y que comprenderá una superficie de 20.000,000 de hectáreas.

Como se ve, los "sovjoz" y los "koljoz", y las estaciones de tractores, constituyen los principales órganos de comando de la reforma social y técnica de la agricultura soviética. Naturalmente, los resultados de esta vasta organización no pueden ser sino calculados "grosso modo", pero desde ahora se pueden vislumbrar los contornos de esa gran transformación.

Todos los extranjeros que han tenido ocasión de observar actualmente la campaña soviética, han notado la importancia del movimiento. A este respecto, cabe mencionar el testimonio del escritor americano Maurice Hindus. Este hombre de letras había visitado la campiña rusa hace cinco años, y quedó contristado por la miseria reinante. Este verano, en cambio, ha recorrido los mismos lugares y al respecto escribe lo siguiente:

"Hoy, dice, se puede hablar de los nuevos principios de la agricultura soviética. En estos últimos años se discutió mucho sobre la explotación rural colectiva, pero sólo ahora dicho proyecto se lleva a la práctica con el concurso de ingenieros agrónomos y especialistas, con la ayuda de semillas seleccionadas y de tractores puestos a la disposición de los campesinos en muy buenas condiciones. El deseo de colectivización está en toda la población campesina. El movimiento es particularmente fuerte en las mujeres, lo que se comprende bien, pues la creación de establos cerca de los "koljoz", las libra de un trabajo muy pesado".

Del mismo modo opina un corresponsal del "Daily Herald", enviado expresamente a la U. R. S. S.

"Los tractores han triunfado de las prevenciones y prejuicios del "mujik". El tractor, no sólo es ahora popular, sino que simboliza una esperanza nueva. Los paisanos con quienes he podido conversar, estiman imposible ya vivir en la misma miseria que sus padres o sus abuelos".

Finalmente, un corresponsal del "Berliner Tageblatt", Paul Scheffer, escribe después de un viaje de cinco semanas por la U. R. S. S.:

"La antigua aldea rusa desaparece en el pasado. Si Tolstoi y Dostoievsky revivieran, apenas reconocerían a su "mujik eterno", su campesino milagroso. El mismo no se reconocería a *sí* propio, sentado sobre el tractor, realmente milagroso".

---

(1)—**Información suministrada por el representante comercial de U. R. S. S. en el Uruguay, quien publica el boletín "U. R. S. S."**

"MINEROS", por Laura Rodrig.

La Canción del Regreso

MAÑANA violeta.
Voy por la pista alegre,
con el suave perfume
del retamal distante.
En el cielo hay una
guirnalda triste.

Lejana duerme
la ciudad encantada
con amarillo sol.

"MUJERES DE MEXICO", por Laura Rodrig.

Todavía cantan los grillos
trovadores del campo
tristes y dulces
señales de la noche pasada.
Mariposas obscuras,
muertas junto a los faroles.
En la reja amable,
una cinta celeste;
talvez caída
en el flirteo de la noche.
Las tórtolas despiertan,
tienden sus alas;
las que entonaron en la tarde
la canción del regreso.
Pasó la velada alegre
con sus danzas,
y el campo se despierta
con el candor; un nuevo día.
Los aviones errantes,
las libélulas locas
la esperanza destellan.
Por la quinta amanece
dulce rondó de anhelos.

Laura Rodrig. Retrato y Autógrafa para "AMAUTA".

Voy por la senda blanca
y como el ave entono,
por mi tarde que viene
la canción del regreso.

José M. EGUREN.

"PERCUSION", por Eduardo Abela.

EL PINTOR ABELA, por A. Zamora.

HE desligado de mí la suerte de mi espíritu para dejarle seguir las rutas de la otra modalidad. Las aristas nunca fueron buenas amigas de la comprensión—¿qué penetran?—Sí, la materia blanda y pasiva de las ineptitudes y entonces, ¿a qué criticar? No quiero que mi crítica sea el pretexto de mi vanidad y ver en ella las imágenes multiplicadas de mis maneras de ser. Suelto las amarras que atan cada ser a su propio mundo de convención

y navego a la deriva, el timón inútil en la mano, alerta, en las aguas de otro, regocijándome en los recodos de frescura, severo en los claros paisajes, patético en las luchas de la barca atormentada. Siempre puede escucharse la voz del coro que ajusta cabal, la actitud y el acto: los optimismos y las tragedias. Y, más que nunca quizás en un pintor de América, en Eduardo Abela son verdaderos esta comunidad y este afecto que reunen, carrera y corredor, ansioso de ceñirla. El ánimo de esfuerzo se sacia en la lealtad de los obstáculos.

Abela sale de la gran masa explotada de Cuba, los negros del ingenio y de la tabaquería fueron sus camarads de aprendizaje vital, con ellos vivió los más duros momentos de una existencia fácil a la novela. De esos negros aprendió la línea que curva las espaldas, el gesto que distiende los músculos adoloridos y la dicha de los reposos. ¿Cómo no cultivar la caricatura si se conoce tan bien la tristeza de sufrir? Ella le dió brusca decisión de los trazos, la intención oculta en cada línea.

Es por eso que en Abela el drama exclusivo de la pintura amortiza sus choques en la jocundia física de las actitudes. Un equilibrio oculto preside esta contradicción de la vida alegre de dinamismo, y su negación por el sufrimiento. De la vida torrencial que se desborda del racimo de plátanos a las piernas ágiles de los "hijos de quirina". Del sistema de desorden batallador que corta en brochazos tortuosos y fija bruscamente la danza comenzada. Esta contradicción, esta tragedia que es la vida misma de la pintura de Abela, no tiene, no puede tener solución, plantea, no resuelve; por lo demás, el arte, no es simplemente un reposo de Euforión? Un instante más tarde, ya no estará aquí. Un punto en la trayectoria, negando el anterior, negado por el siguiente. Toda la obra de Abela se realiza alrededor de este equilibrio. Ya lo descubren un poco, la dolorosa rigidez en que anida fácilmente lo patético: Cristo con las manos atadas a la cintura tendría el aspecto de un vulgar criminal. En los cuerpos, la danza lucha por surgir para que, como dice suavemente Pascal, la muerte (la tragedia) sin pensar en ella, les sea más fácil de soportar. Poco a poco esta inhibición de la alegría, patente aún en cuadros como "El entierro de Papa Montero", todo impregnado de aparente amplio reir, nos penetra, y, tras la botella de ron y la embriaguez, sorprendemos el viejo látigo del negrero. A medida que se acentúa esta impresión, la angustia de la duda se hace más dolorosa y no sabemos cuál polo sugerir. Pero estas, no son cosas de pintura.

Decir que Abela ha descubierto, fraternalmente y no en Livingstone filantrópico, al negro cubano, es quizás una de los mejores elogios que puedan decirse de su pintura. Qué lejos estamos de la fácil ligereza que tanto debe regocijar a los editores del señor Morand, y, qué cerca, alegrémonos, de las verdaderas modalidades afrocubanas. En estas telas he vivido largamente la vida de las formas, tangibles casi, metido en el crucero, confundido en su lucha.

LOS QUE TENIAMOS DOCE AÑOS, por Ernesto Glaeser.

Sabotaje. (Continuación)

Me paro al borde de la calle. No comprendo este júbilo.

Ahora voy a ver a Augusto. El me lo explicará.

Por delante de mí desfila, rumoroso, todo el cortejo. Pero ya no distingo ninguna cara. Sólo oigo este cántico extraño que me envuelve en sus oleadas; este cántico que parece salir de una sola boca y avanzar sobre un solo paso. Pero ¿no es Persius éste que pasa junto a mí como una exhalación? El es; no hay duda. Ha logrado escabullirse, y se mete, con su paso breve y rotundo, por una bocacalle mal alumbrada, escoltado siempre por el guardia bigotudo.

¡No sabe uno a quién llevan preso, si a Persius o a Kremmelbein!—pienso para mí, y mientras el himno obrero resuena con nueva fuerza, encañonado entre las casas de la villa, me vuelvo al caserón, corriendo sobre las puntas de los pies.

Encuentro al sargento sentado en el banco, junto a la charca. Tiene cogida con la mano izquierda una botella de aguardiente y en la derecha empuña el revólver, que le asoma por entre los dedos como un cañoncito de juguete para uso particular. Está cantando, y canta... ¡la Internacional! Y de vez en cuando eructa en la noche azul y cargada del aroma dulzón de las lilas. La escalera está solitaria. En todos los pisos están cenando. Huele a patatas y a salchichas calientes Un cucú pequeño y muy guapo, sentado en el alfeizar de la ventana, toca en una cajita de música la canción de Loreley. Al verme, me saca la lengua. Antes de decidirme a llamar a la puerta de casa de Augusto, escucho por el ojo de la llave. Dentro, oigo una voz conocida que no es de la casa. Una voz sonriente, si vale la frase. Su tonalidad es blanda y flúida. Un tono de voz que sólo he oído a dos personas: a nuestro rubio párroco y al doctor Hoffmann.

Es el doctor Hoffman, en efecto, el que habla.

Le oigo decir claramente: "Querida camarada", y es como si dijese: "Amados feligreses".

Es lo que el Comandante rojo, refiriéndose a su amigo, llama "bondad despectiva".

La ropa de trabajo del fogonero, que está puesta a secar en el pasillo, hace el aire irrespirable con su olor tenaz y viscoso a grasa y a sudor. Así olía también el padre de Augusto en las tardes de fiesta. A dondequiera que fuese, le acompañaba siempre el olor de la máquina, como al amante el perfume de su querida. Y ni en las breves horas en que podía disponer de sí le abandonaba el olor de su "deber".

La puerta de la sala está entornada. Oigo a Hoffman, que dice:

—¡Querida camarada: no desespere usted. La semana próxima interpelaré sobre el asunto, y el Gobierno se guardará muy mucho de darnos esta bandera de propaganda para las elecciones. Entiendo que todo ha sido un exceso de celo por parte de las autoridades locales... Dentro de un mes, su marido estará en libertad.

Y, aunque no le veo, juraría que al decir esto el diputado agita elegantemente su bastoncito.

—¡Ay, Dios mío! ¿Dentro de un mes?—grita Frau Kremmelbein.

—El partido se encargará, entre tanto, de velar por usted y por los chicos.

—Y la mancha que esto echa sobre nosotros, ¿quién la limpia?

Hoffmann carraspea ligeramente.

—¡Si la mancha, la vergüenza—vuelve a clamar la mujer del fogonero—. ¡Dios mío, la cárcel! ¡Yo soy una mujer honrada! ¿Por qué me hace pasar por esta vergüenza?

Y gime y se lamenta en tono lastimero.

—Camarada... —dice Hoffmann, paseándose arriba y abajo. y prepara una alocución.

—¡No me llame usted camarada! Yo pertenezco a una familia decente, y él lo sabía cuando se casó conmigo. Pero entonces era otro. Tenía ambiciones. Y a estas horas podía ser ya capataz si no hubieran sido esos malditos libros y ese partido aborrecible. Todo lo ha abandonado, su familia, su porvenir y su mujer, por la política. Nunca saldremos de esta miseria. Viviremos toda la vida metidos en este agujero. Y yo, aperreada, lavando por las casas para que el jornal alcance para comer. Todo por ese dichoso partido... ¡Y ahora, esta mancha de infamia!—Frau Kremmelbein ya no puede dominarse por más tiempo, y se levanta amenazadora, blandiendo el puño—. ¡Ustedes, ustedes le han empujado a la cárcel...! ¡Ustedes lo han arrancado a la Iglesia y hecho de él un ateo! ¡Y pensar que a estas horas podía ser capataz y vivir en una casa hermosa...!

—¡Todos tenemos que padecer por nuestros ideales, señora...! —logra articular Hoffmann, con su voz asmática.

—¡De usted no me da a mí pena!—grita la mujer—. Usted gana lo bastante para permitirse esos lujos. Pero nosotros... ¡Ah, la cárcel, qué vergüenza!

Y la oigo caer, llorando, sobre una silla.

Hoffmann sigue paseándose por la habitación.

Yo no me atrevo a salir de mí escondite.

Oigo la voz de Augusto, que dice:

—Madre, ¡mi padre es un héroe!

Al oír esto, Frau Kremmelbein prorrumpe en una carcajada tan ruidosa que tengo miedo a que me vean.

—¡Bonito héroe que no sabe las obligaciones que tiene para con su familia!

—Sí, es verdad que pudo haber obrado con un poco más de cautela—añade Hoffmann.

—Hizo bien en impedir por la fuerza que los extranjeros entrasen en la fábrica—exclama el chico, muy excitado—. ¡Eran unos esquiroles!

—¡Ya estás cerrando el pico, mocoso!—le grita, furiosa, la madre—. ¡Tu padre está en la cárcel, como un criminal, por su culpa!

—Yo me encargaré de ponerle en libertad, o poco he de valer—oigo que dice el abogado.

—¡Pero quedaremos marcados para siempre!

Frau Kremmelbein se ha levantado de la silla y recorre la habitación con sus pesados pasos de aldeana.

—Aunque me explico perfectamente su estado de excitación, no debe usted olvidar, señora, que su marido lucha por una causa noble.

Y por la puerta entreabierta veo a Hoffmann tremolar su cañita.

—¡Sí—exclama el chico—, yo estoy orgulloso de mi padre!

Frau Kremmelbein se detiene en seco. Y en medio del profundo silencio que sigue a las palabras del muchacho, estalla en el carrillo de Augusto una bofetada tan tremenda, que me hace estremecerme y perder casi el equilibrio.

Se abre la puerta y en el pasillo aparece Augusto. Tiene el carrillo izquierdo hinchado y rojo, pero en sus ojos no brilla una lágrima. Con el picaporte en la mano, dice, muy sereno, como si saliese a un recado:

—¡Me marcho de casa!

Hasta ahora, no había visto la cara deshecha de su madre. Es una cara flaca, seca, apergaminada; son los restos de una cara que lo fué. Echa el cuerpo atrás, y grita:

—¡Vete, vete de una vez a donde quieras! Tarde o temprano, has de ir a parar a donde ahora está tu padre: a la cárcel. Todo el mundo me señalará en la iglesia, en la calle, y ninguna familia decente me llamará para lavar, con un marido y un hijo como vosotros. . .

Y con un golpe seco cae a tierra desmayada. Tiene el rostro amoratado. La respiración se le detiene.. De pronto se ve que tiene algo parecido a un pecho. De la cocina acuden corriendo, con caras llorosas, las hermanitas de Augusto, dos niñas rubias de seis y ocho años.

—¿Quieren llevarse también a mamá? —dice la más pequeña, que me ha descubierto escondido entre las ropas del pasillo, a pesar de la oscuridad.

Hoffmann es el primero que se recobra del susto.

—Es un ataque al corazón —grita—. ¡A ver, traer en seguida agua de colonia!

—Agua de colonia no tenemos—contestó Augusto, corriendo a la cocina—;pero sirve el vinagre.

Hoffmann, mientras tanto, tiende a Frau Kremmelbein en el sofá y le desabrocha el vestido.

Yo, al ver aquello, me pongo colorado.

Augusto vuelve con una botella grande de vinagre. Hoffmann empapa su pañuelo y se lo pone a la madre sobre la frente. Le frotan también con vinagre las mejillas, y se lo dan a oler.

—¿Le dan con frecuencia estos ataques a tu madre?— pregunta a Augusto el abogado, cuando nota que vuelve a recobrar trabajosamente la respiración.

—Sí—dice el chico sin inmutarse—; siempre que riñen y mi padre no hace lo que ella quiere.

Hoffmann saca el reloj y toma el pulso a la enferma. Augusto pone una cara como si hubiese perdido un partido de fútbol por culpa del referee.

—¿Y suelen repetirle?—torna a preguntar el médico improvisado, poniendo la mano con precaución en el seno de la enferma.

—A veces, pero con menos fuerza.

—De todos modos, lo mejor será que avisemos a una enfermera, para que la asista esta noche.

Augusto se pone la gorra.

—¿Quiere usted que vaya a avisarla?

—Sí; pero conviene que sea una monja católica, de esas que no se preocupan de las ideas de sus enfermos.

Augusto se dirige al pasillo y se pone el abrigo azul, todo descolo-

rido, que le ha regalado la señora a la que barre todos los sábados la acera.

Le toco suavemente en el hombro. Me hace una guiñada, y salimos juntos.

Ya en la escalera, me dice:

—Ya ví que venías detrás.

En el patio le respondo:

Augusto: ¡tu padre es un héroe!

Me echa el brazo al cuello, y así unidos salimos a la calle.

El sargento sigue sentado junto a la charca, con su botella y su revólver desocupado.

—¿Oíste cómo cantaban?—me pregunta Augusto, ya en la calle.

—Sí; era muy hermoso.

Y seguimos andando sin decirnos palabra.

Al llegar delante de la residencia de las monjas católicas, me dice:

—¡Lástima que seas un chico rico! Tú no necesitas barrer la calle a nadie; pero te aseguro que tu padre no es un héroe como el mío.

—Tienes razón—le contesté—. Si mi padre fuese un héroe, mi madre no me pegaría. . .

Augusto se queda callado y me retira la mano del hombro.

Examina atentamente el rótulo de esmalte clavado en la pared pintada de gris, donde dice, en letras góticas: "Timbre de noche".

De buena gana le preguntaría por qué llevaban detenido a su padre, pero no me atrevo. Temo que haya sido por algún crimen.

Desvío, pues, la conversación, y le pregunto cuándo volvemos a jugar al fútbol.

—El viernes próximo.

—¿En la finca de Ferd?

—Sí—me contesta—. Un partido amistoso entre los dos equipos de la Guardia roja.

Y me alarga la mano.

—Augusto —le digo—: entonces, ¿no piensas marcharte de casa?

—No—me responde—; tengo que esperar a que mi padre vuelva.

Sube las escaleras de piedra roja y oprime el botón del timbre con el dedo índice de la mano derecha.

Yo me quedo abajo, y le oigo decir en voz baja:

—¡Buenas noches!

En el momento en que vuelvo la espalda para salir corriendo, me acuerdo de las galletas de Frau Silberstein, a las cuales se lo debo todo, pues sin ellas no hubiera sabido que el padre de Augusto era un héroe, ni hubiera asistido a los episodios emocionantes del caserón. Tengo que dárselas.

—Augusto—le digo—: toma. . . —Y subo a saltos las escaleras.

En este momento, se abre la puerta y aparece una monja, blanca y negra, como una golondrina grande.

—Mi madre. . .—balbucea Augusto.

En la mano extendida tengo el paquete.

—¡Dios se lo pague!—musita la hermana, cogiéndolo, y manda entrar a Augusto.

—¿Y tú?—dice, dirigiéndose a mí.

Yo meneo la cabeza, con un gesto negativo.

—¡Dios se lo pague!—vuelve a decir, y cierra la puerta, amable y rotunda.

Al llegar a casa, encuentro a mi padre la mar de contento, pues esta tarde le han comunicado su ascenso a magistrado.

En el salón arde la araña de cristal, que sólo se enciende en las grandes solemnidades, y los sillones lucen en todo su esplendor, despojados de las cubiertas de lona. Sobre el lujoso tapete se alinean las copas de cristal tallado. Mi madre, que viste un traje verde de noche sin mangas, toca al piano un minueto de Mozart. Veo sus espaldas desnudas y blancas reflejarse en el espejo veneciano.

En el pasillo me encuentro con mi padre, que sube de la bodega y trae debajo del brazo tres botellas gordas de champaña.

—Te perdono que vengas tan tarde—me dice sonriente.

Tiemblo ante tanta bondad.

—Sí, amiguito. Hoy puedes beber una copa de vino y brindar por la salud de tu papá, que ha sido ascendido a magistrado.

En el salón encuentro entre los invitados a dos compañeros de mi padre. Uno de ellos es Herr Galopp, juez de instrucción y terror de los procesados. Sufre continuamente del estómago y es, por consiguiente, implacable en sus sentencias. El otro es un asesor. Su mujer, que es muy rica, se hurga a cada paso la nariz.

Después de hacer a todos una cortés reverencia, voy estrechando la mano a cada visita. El juez me da unos toquecitos en la espalda; el asesor me dice: ¡Magnífico, muchacho...! Y después de dedicarme una leve sonrisa, vuelven todos la cara a su interrumpida conversación.

—¡Toma!—me dice mi padre, alargándome una copa rebosante de champaña.

La pongo sobre el alféizar de la ventana, y me siento junto a mi madre, que, con el cuerpo echado hacia atrás y los ojos entornados, acaricia las teclas de marfil amarillento. Le vuelvo la página, y me sonríe. Su pelo rubio, sombreado por algunas ondas suaves de color castaño, tiene un perfume misterioso. Me lleno de tristeza pensando en Ferd y en lo que me contaba de las muchachas.

Los invitados, rodeados a la mesa, se ponen de pie.

—Ha llegado la hora de los brindis—dice mi padre.

—¡A la salud de las damas!—brinda con su voz aflautada el asesor, alzando la copa, y todos se ríen, como si la cosa tuviese mucha gracia. Mi madre deja la pieza a la mitad. Su cara ha recobrado la sonrisa y la tersura habituales. Se acerca a la mesa y coge su copa. Todos desfilan por delante de ella, chocando sus copas con la suya.

—¡Señora...!—dice Herr Galopp.

—¡Señora...!—exclama el asesor, cuadrándose.

—¡Señor...!—repite, con una mueca que quiere ser de mucha malicia, mi padre, después que todos han desfilado, y la mira a los ojos, con una ternura bíblica.

De pronto me acomete un miedo inexplicable de este salón, de estas gentes, de sus cortesías y conversaciones, y cuando voy a chocar con mi madre, me tiembla la mano y derramo sobre el suelo encerado casi todo el contenido de la copa. Todos hacen como si no lo hubiesen visto, y hasta mi padre olvida, en una noche como ésta, sus sagrados debe-

res hacia el piso reluciente. Cada vez es mayor mi miedo. Coloco suavemente la copa en la ventana, y oigo al juez decir:

—Sí; no he tenido más remedio que mandarle detener. Lo siento por su mujer, la pobre, que es una bendita que no puede con él; pero no había más remedio que hacer un escarmiento. No puede tolerarse que ese canalla quiera parar las máquinas e imponerse por la fuerza a los que quieren trabajar.

—¿Han oído ustedes que los obreros han organizado una manifestación esta tarde?—dice mi madre.

—Sí, y yo hubiera dispersado a tiros a toda esa gentuza. Somos demasiado liberales—grazna el asesor.

Mi padre se queda mirando tristemente al suelo encerado.

—No sé—suspira al cabo de un rato—qué va a ser del mundo. Ya nadie hace caso de la tradición ni de la Moral. Y en todas las clases sociales ocurre lo mismo. Dios tiene que castigar a la Humanidad.

—Verdad, verdad—asiente, batiéndose en retirada, el asesor—; las leyes no bastan...

—¿Y en qué cree usted que consistirá ese castigo divino?—añade, volviéndose reverente a mi padre.

—Acaso en una guerra...—responde éste.

El asesor salta de su asiento.

—¡Sería grandioso!—exclama—. ¡Sería un fortalecimiento magnífico para nuestra nación, después de tanto tiempo de pudrirnos en la molicie de la paz...!

Y olvidando todos los respetos, levanta en alto la copa con un gesto insolente, grita un ¡viva! y la apura de un trago.

—¡Qué juventud ésta!—dice sonriendo con una sonrisa de indulgencia mi padre, y empuña también su copa. Y todos cogen la suya y la alzan, como si saludasen a un sonriente y próximo porvenir...

Diez minutos más tarde, me mandan a la cama. Beso a mi madre en la mejilla, y doy la mano a mi padre.

—Mañana es domingo; pero por un día te doy permiso para que duermas todo lo que quieras. No necesitas levantarte para ir a la iglesia.

—Gracias—le digo—. Y haciendo una profunda reverencia, me retiro de espaldas. Y mientras, ya en mi cuarto, me desnudo silenciosamente, y de pronto, poseído de un extraño miedo, rompo a llorar, llegan del salón, resonando por todos los ámbitos de la casa, las potentes estrofas de un canto guerrero. Esta noche, mi madre no viene a darme el beso de siempre. Tardo en dormirme y no me atrevo a pensar en nada.

En "Entreacto", el capítulo siguiente, aparecen, en el preludio bélico, el funcionario, leal repetidor de su Kaiser, y su mujer en evasión hacia una irrealidad literaria, ausentes de lo que se avecinaba, así como los judíos Silberstein encatados de la amistad de Ferd. Frau Kremmelbein iba todas las mañanas a la misa de alba y el fogonero cumplía el mes de prisión a que había sido condenado a despecho del abogdo Hoffmann, lo que a éste no le impedía creer que la solidaridad internacional del proletariado sabotaría la guerra, a la vez que como buen pacifista social-patriota se mostraba lis-

to a tomar las armas contra el Zar. El comandante rojo percibía el peligro desde el ángulo del pequeño burgués nostalgioso y resentido de la burguesía de Guillermo II. El protagonista en su curiosa búsqueda, penetra a esta trama y sin comprenderla se encamina a la investigación que lo obsesiona.

Hilde 1914

Mi padre tenía por costumbre salir a pasear todos los domingos después de la hora del café, si hacía bueno. Para estos paseos gustaba de elegir los estrechos senderos perdidos entre los sembrados, cuyas espigas ondulantes acariciaba haciéndolas resbalar amorosamente y con leve crujido entre sus dedos, como si tentase la cantidad de harina que encerraban. Avanzaba empuñando el bastón en la mano derecha y con la contera descabezaba las flores de diente de león que le salían al paso; el sombrero, para que no le estorbase en la mano, lo llevaba colgado de una pinza sujeta a un botón de la americana. Detrás, a paso de ganso, seguíamos mi madre y yo. Y si alguna vez yo me escabullía y salía corriendo a campo traviesa y entraba por los trigales oreados a coger una amapola roja y brillante como el barniz, que a mi madre le gustaba mucho ponerse en el cinturón de su vestido blanco, mi padre reñía y me llamaba bárbaro y me decía que no sabía respetar los más preciosos dones del Cielo. Además, me advertía que la amapola era una flor venenosa, de la que los chinos sacaban el opio fatal.

A lo más que él llegaba era arrancar una de esas florecillas azules del trigo que crecen bravamente en las lindes, y se la prendía en el ojal derecho con un alfiler que llevaba siempre espetado debajo de la solapa. Y lucía con orgullo aquella flor como un emblema, pues era la flor favorita del viejo Káiser, símbolo —nos decía— de la modestia del hombre que no busca en la vida otra recompensa que la satisfacción del deber cumplido. Y al decir esto, de sus palabras rezumaba un cierto dejo de indignación contra los tiempos que corrían, tan adversos a aquellas virtudes. Así era mi padre. Para atreverse a asomar su descontento contra la época, en términos tan moderados, tenía que dar un rodeo por los campos de la botánica, y aun esto sólo se aventuraba a hacerlo en la intimidad de la familia.

Estos paseos por los campos me hubieran parecido muy hermosos si no fuesen los interminables vetos de mi padre, que me ceñían y me acorralaban como un corro de lanzas en ristre. No podía internarme en los misteriosos sembrados, en que las parejas nocturnas de amorosos habían dejado anchos surcos, sin tener la penosa impresión de destruír "el más hermoso don del Cielo"; no podía correr a lo largo de los trigales, pegando con mi bastoncito contra los erectos tallos, como tanto me gustaba hacerlo por la calle contra las verjas de los jardines; no podía tirar terrones a los cuervos, pues los cuervos —me advertía en seguida mi padre— son animales útiles que se comen las larvas y los bichos de la tierra. Además, tenía que cuidar el traje de los domingos, no estropear los zapatos y marchar siempre, sin desviarme del sendero, detrás del cabeza de familia, cuyas anchas espaldas me ocultaban muchas veces el sol. De vez en cuando, mi padre hacía un alto, y después de respirar profundamente, exclamaba: ¡Ah, cuán bella es la Naturaleza creada por Dios! En estos casos, yo tenía que asentir y dar muestras

de contento por aquel beneficio. Y a veces, si mi padre me lo ordenaba, no tenía más remedio que exteriorizar mi alegría rompiendo a cantar. Su canción favorita era aquella de "Derribé un ciervo en la floresta amena..."

En mis andanzas y juegos por la finca de Ferd me había acostumbrado a ir siempre corriendo por el campo. No a todo correr, pero a un trote bastante ligero. Corría siempre, aunque no tuviese ninguna prisa. No acertaba a explicarme que la gente anduviese tan despacio por la calle. Me parecía que el ritmo de su marcha no se acordaba con el del movimiento que agitaba las hierbas y los arbustos y sacudía en oleaje de cambiante luz los sembrados. Odiaba a los paseantes. Odiaba los días de fiesta, en que la gente de la ciudad, endomingada, trataba al campo con la misma familiaridad que si fuese un parque urbano, con sus senderitos enarenados, y se paseaba por ellos con esos andares antipáticos en que se traslucen a la legua las prescripciones higiénicas.

Este culto cuartelero que rendíamos a la naturaleza en nuestros paseos dominicales era interrumpido alguna que otra vez por la carrera de una liebre. Nuestras pisadas solemnes y el estrépito de nuestras canciones arrancaba al animalito a su pereza soleada y, en su ciega timidez, abandonaba la segura guarida para salir al camino y metérsenos entre las piernas.

—¡Hombre!—exclamaba infaliblemente mi padre en tales ocasiones—. ¡Una liebre! ¡Mira, mira, una liebre...!

Y salíamos corriendo detrás de ella. No porque creyésemos darle caza, sino porque nos divertía correrla. Si la liebre conocía la psicología del funcionario alemán, abandonaba al punto el sendero y se acogía al campo libre. Entonces, mi padre se detenía, me sujetaba por el brazo y decía con gran seriedad:

—¡Alto, amiguito! Está prohibido meterse en los sembrados, y yo no puedo tolerar que un hijo mío delinca.

La liebre estaba salvada, y la familia reanudaba lentamente el paseo interrumpido.

Pero un día en que se repitieron la consabida escena y el final de rigor, a mi madre se le ocurrió replicarle:

—¡También delinque la liebre...!

Mi padre paró el golpe con presteza:

—Nuestra competencia no rige con los animales.

Mi madre, que no quería darse por vencida, sonrió y sacó a colación una de aquellas frases psicológicas que por entonces estaban tan en boga y se creían el colmo de la modernidad:

—¿Ni con lo que hay de animalidad en el hombre?

—Dejemos esas cosas; hoy es domingo—replicó mi padre, cortando con estas palabras toda discusión, para entregarse de nuevo a la contemplación de la naturaleza. Aquella fué la primera vez que oí con plena conciencia de su significación una palabra cuyo empleo en el idioma alemán me había de proporcionar, corriendo el tiempo, indignación y asco abundantes: la palabra "competencia". A los cuatro años justos de esto, en los grises días de noviembre del 18, la balbucearon como una excusa muchos de los que teníamos agarrados por el pescuezo. Y les valió...

Al poner el pie en el bosque, separado de las tierras por un portón alto de madera, pues sus pastos pertenecían al Gran Duque y era cazadero suyo y de sus amigos, mi padre me decía inevitablemente: ¡Res-

pira fuerte! La culpa de que yo tuviese que respirar así la tenía un macizo de pinos cuyo arbolado negro y espeso se destacaba reciamente sobre el ramaje claro del monte de hayas.

Los domingos, el bosque estaba animadísimo. Por todas partes, guitarrillos y canciones. Un chico estudiante que, por imposición paterna, había pasado dos semestres en Munich haraganeando, trajo esta costumbre campestre del guitarrillo a nuestra villa e hizo de ella una moda a la que todo el mundo se sometía encantado; todos cantaban sus himnos por el bosque dominguero, acompañándose del inevitable guitarrillo, desde los del Casino de señores hasta los de la Liga de altivos artesanos y los muchacho del Club de deporte. De vez en cuando, cruzaba corriendo, a lo lejos, una bandada gris de gamos, tan mansos que hasta el Gran Duque podía tirarles. Alguna vez se divisaba un corzo blanco, y entonces mi padre me contaba la leyenda de San Humberto, el cazador.

El bosque, los domingos, pululaba de canciones. Las preferidas eran, naturalmente, aquellas que cualquiera podía cantar sin saber una palabra de música ni sentirla.

Los chicos de familias pudientes —los que mi padre llamaba por antonomasia "los muchachos"— solían entonar cantares satíricos ridiculizando a los socialistas. A veces, asomaba por algún claro del bosque una partida de estudiantes nacionalistas, con sus chalecos de punto, y rompían a cantar, con acento terrible de desafío, un himno patriótico, en competencia con alguna liga ciclista de obreros, que, agitando sus banderitas rojas, llenaban el aire del paciente bosque con los sones de la Internacional. Pero por diferentes y hostiles que fuesen sus cánticos, llegada una cierta hora, todos los grupos de excursionistas iban a parar, indefectiblemente, al mismo sitio: a la hostería del "Cazador verde", próxima a la calzada de basalto azul y regentada por la mujer de un guardabosque. Sus especialidades eran la sidra y el queso.

Todo el mundo se congregaba allí, después de disfrutar de la naturaleza, en torno a las mesas pintadas de encarnado, comiendo y bebiendo plácidamente a los sones de una pianola automática, que tocaba echándole una moneda. Para la "gente distinguida" había un reservado en el interior, un cuarto oscuro, decorado con profusión de cornamentas de ciervo. En estampas litografiadas se veían apuestos cazadores disparando contra jabalíes o liebres dando cómicos saltos mortales. Aquí era donde mi padre solía hacer que nos sirviesen nuestros manjares: unos huevos fritos con tocino y una ensalada de lechuga. Los vasos de sidra que bebía, iba anotándolos con rayitas en un platillo de cartón en que se anunciaba en vano no sé qué cerveza muniquesa.

A mí me ponían delante una botellita de gaseosa, y las tardes en que mi padre estaba de muy buen humor me dejaba echar un trago de su sidra.

Fuera, en el patio, la juventud entonaba entre tanto sus canciones satíricas, cuyo texto iba tomando un color cada vez más obsceno, conforme aumentaba el consumo del alcohol. Y las chicas chillaban como si las pellizcasen.

La pianola se puso a emitir, de pronto, las notas mecánicas del himno naval. Un mancebo de botica, cuyo sueño dorado, que la estrechez de pecho le impidió realizar, era haber servido en la Marina, se encaramó con ligereza de mono en lo alto de una escalera, desplegó una bandrita de papel y gritó tres veces: ¡hurra!, entre los aplausos estrepitosos de la concurrencia. Algunos, borrachos ya, lloraban...

La mujer del guardabosque, arrellanada detrás del mostrador, calculaba con maternal sonrisa las ganancias del día, entre la sidra, el queso y la pianola. Con la ayuda de estos ingresos domingueros su hijo pudo costearse la carrera de Montes.

En el reservado del "Cazador verde" se reunían las familias de todos los que tenían un título académico en la localidad. A las cinco y diez, si no había algún contratiempo, entraba en el cuarto, cargado de humo y de vapores de queso, el juez del distrito. Era un hombre que en sus horas libres se distraía en inventarse enfermedades para luego curárselas a su manera. Llevaba siempre el bastón pegado a la espalda y respiraba a todo pulmón cuando paseaba por el bosque. Hacía quince años que daba todas las tardes su paseo diario hasta la hostería, lo que, según sus cálculos, hacía, con la vuelta, desde la puerta de la villa, 3.213 pasos.

A veces, le acompañaba Brosius.

En nuestra mesa había tres sillas reservadas para la familia del boticario J. Generalmente, llegaban después que nosotros, pues a Herr J. le gustaba dormir la siesta los domingos. Solía trabajar hasta tarde de la noche para ahorrarse el sueldo de un mancebo, que no podía pagar por sostener el tren de vida de su mujer. La había conocido un verano, en un hotel de las montañas de Baviera, durante el único viaje largo de su vida, y de tal modo le fascinó la belleza meridional de aquella mujer q', después de una noche galante, le habló a boca de jarro de casarse, amenazándola con que se suicidará si no satisfacía sus anhelos. Isabel —así se llamaba—, a quien la fuga de su último amante, un joven oficial austriaco, había dejado en graves apuros de dinero, y que debía de saber también, por su experiencia de la vida, el valor que tiene una renta segura y lo fácilmente dominable que es un buen marido burgués enamorado como un becerro, accedió a ser su mujer —después de reservarse coquetamente algún tiempo para pensarlo, durante el cual el pobre boticario acabó de perder la poca cabeza que le quedaba—, pero con la condición de que nadie entrase en averiguaciones sobre el pasado del otro. En realidad, lo que Isabel llamaba su pasado se componía de una huída precoz de la casa paterna, en que las tropelías de un capitán alcohólico y separado del servicio por deudas de juego —su padre— se mezclaban con los llantos de su madre, una pobre mujer judía, consumida a disgustos, y de las relaciones encubiertas con chicos solteros ricos o capitalistas aburridos del matrimonio, a los que Isabel sacaba bastante dinero, pero que la tenían tiranizada. Ultimamente, se dedicaba a alquilarse en hoteles de cierta categoría, ayudando a distraer el tiempo a los caballeros de edad que viajaban solos. La aparición del boticario enamorado vino a sacarla de esta vida, detrás de cuya fachada mundana empezaba ya a alzarse el fantasma aterrador de la calle. Comprendió que estaba todavía a tiempo, que era todavía lo bastante joven, bella y —ventaja que llevaba a las buenas burguesitas— lo bastante versada en lances de amor para ofrecerle a un hombre de posición segura y de cierta moralidad un matrimonio agradable, que para ella significaba, a la vez, la salvación de los años maduros en una burguesa apacibilidad. La apresurada decisión del farmacéutico vino a confirmar estos prudentes cálculos. El pretendiente renunció a inquirir su pasado por miedo a perder la posesión de una mujer tan hermosa y mundada como jamás pudo soñar que conquistaría, y se casó con ella sin más averiguaciones. Ella le juró eterna fidelidad y no faltó al juramento. En lo único que le engañó fué en suplantar la sangre judía de su madre por una ascendencia italiana. Pero

en la villa nadie sospechó nunca nada, y cuando el honrado boticario dijo que su mujer era hija de un alto oficial del ejército y de una dama de la buena sociedad, oriunda del Sur de Italia, todo el mundo le creyó. Italia formaba parte de la tripe alianza, era un país amigo y, además, el boticario había apartado secretamente una parte de su fortuna y la puso a nombre de su mujer, como bienes aportados por ella al matrimonio. Lo malo era que Isabel seguía alimentando su caprichosa y cara afición a los vestidos y modelos de sombreros de París, a las joyas costosas, a la buena cocina y a los caballos. En satisfacer estos caprichos gastaba un dineral. Hay que decir en su descargo que creía a su marido lo bastante rico para sostenerlos, pues el boticario, en su arrebato amoroso, le había pintado una fortuna que no tenía en realidad, y esto le obligaba a quedarse por las noches trabajando para tapar un poco los agujeros abiertos en el presupuesto por las dilapidaciones de su mujer; pero lo hacía muy gustoso, como un tributo voluntario pagado a aquella belleza que podía abrazar al acostarse de madrugada con el radiante sentimiento de ser su exclusivo dueño y poseedor.

Al segundo año de esta felicísima unión, Isabel dió a luz, entre indecibles tormentos, una niña. El boticario, sacudido por la recia alegría de ser padre, le juró que ese hijo sería el único, pues no quería volver a verla sufrir tanto. Y desde aquel día Isabel rodeaba a este hombre inocente de unos cuidados y una gracia amorosa que eran la envidia de todos. A la niña le pusieron Hilde, pues Isabel confesó a su marido que ése era también su verdadero y primitivo nombre, aunque luego lo había cambiado por el otro, que le parecía más interesante.

—Isabel te llamabas cuando te conocí—le dijo, sonriéndole, el boticario—, e Isabel seguiré llamándote... para no dar, además qué decir a las gentes. Pero a la niña la pondremos Hilde, ya que ése es tu deseo.

El boticario restauraba así, sin tener de ello la menor sospecha, la inocencia de la mujer amada, cuya prueba corporal no echó nunca de menos. Años más tarde, inventó, a fuerza de trabajos nocturnos de laboratorio, un específico para fortalecer los nervios, el "Nervalux", que tuvo éxito en el mercado y cuya venta le permitía ahora satisfacer sin angustias los caprichos de su mujer y tener un mancebo que le ayudase... Lo notable era que Isabel se negaba siempre a salir con él de viaje, bajo uno ú otro pretexto; odiaba los hoteles, y su marido no pudo conseguir jamás que le acompañase a las montañas de Baviera otro verano.

*

* *

Por entonces, poco después del invento del "Nervalux", fué cuando yo empecé a fijarme en Hilde. Ya hacía tiempo q' nos conocíamos—el boticario y mi padre mantenían una gran amistad de coleccionistas de sellos y nuestras madres eran también buenas amigas—, pero nunca la había mirado con los ojos que ahora.

Antes de mi conversación con Ferd acerca del misterio, Hilde era para mí una de esas chicas que los padres le imponen a uno como compañeras de juegos, por serlo ellos de los de la muchacha en sus paseos dominicales. Una de esas chicas con quienes le obligan a uno a ser

amable, a hablar bajito y entretenerlas en la mesa, mientras los mayores conversan en voz alta y campanuda de sus asuntos, y a bajar al patio después de levantarse del comedor y jugar con ellas al escondite. Cualquier deseo que manifestasen estaba uno obligado a cumplírselo, a hacer cuanto se les antojase: cogerles flores, lavarles fresas, tirarles nueces del árbol y atarles los cordones de las botas. Cuando la familia de Hilde entraba en el reservado del "Cazador verde", mi madre me tenía mandado levantarme y ayudar a la chica a quitarse el abrigo. Luego, podíamos salir al patio, y los papás nos decían sonriendo: ¡A ver si jugáis como Dios manda! Hilde se sentaba en el columpio y me ponía a empujarla o me mandaba ir a buscar unas cuantas piñas pequeñas para ejercitar su puntería contra mí. Yo la obedecía lleno de rabia, y la odiaba; la odiaba como odiaba todo lo que formaba parte de estos malditos domingos.

La cosa cambió cuando un día me pidió que la enseñase a montar en bicicleta. Tenía entonces catorce años y le habían regalado una bicicleta para las fiestas de Pascua. Yo le contesté muy orgulloso que lo pensaría; pero la verdad es que su ruego me había lisonjeado. De regreso del paseo del domingo, Hilde le preguntó a su padre si nos daba permiso, el cual concedió en seguida sonriente, mientras que el mío mostraba no sé qué reparos. No necesitaba yo más para decidirme.

—No hay ningún chico —exclamé— que monte en bicicleta con la seguridad que yo; todos lo dicen, hasta Ferd.

Hilde se sonrió, y me dijo que lo sabía y que por esto me había buscado a mí. Mi padre, a quien imponía también un poco el prestigio de su hijo, consintió.

Y todas las tardes, después de cenar, iba a enseñar a Hilde a montar por la carretera, hasta que se hacía noche. Mis lecciones estaban animadas de un gran celo profesoral.

Era por los días en que hablé de aquello con Ferd y me ocurrieron todas aquellas cosas que tanto me desconcertaron. Y la que más, el haber pensado en Hilde cuando besaba a mi amigo.

Empecé a observar a mi discípula sigilosamente.

Ya le apuntaban los pechos.

A Ferd le ocultaba con gran cuidado estas lecciones prácticas de la carretera.

Un día que hice esperar a Hilde porque me retrasé en la finca, me dijo con una voz muy aguzada:

—¿Ese Ferd es, por lo visto, tu novio?

Me puse colorado y le tuve miedo.

A Augusto, que nos vió una tarde, le dí dos reales para que no dijese nada a Ferd. El chico se sonrió, cogió el dinero, que no me había pedido, y dijo:

—¡Ten cuidado con ésa, que ya sabe por dónde se anda!

Yo estaba entusiasmado, pues tenía la seguridad de que Hilde me ayudaría a descubrir el secreto que mantenía unidos a los mayores de un modo misterioso. Se me había metido por la cabeza que hasta que no supiese ese secreto no podría entender nada de las cosas del mundo, que tanto me desconcertaban. El famoso secreto era, en mis figuraciones, la argamasa del universo.

Quería saber de una vez por qué los hombres se odiaban tanto.

Me pasaba lo contrario que a Ferd: yo anhelaba, a todo trance y ocurriese lo que ocurriese, tener una explicación.

Tenía que sostener a la muchacha en el sillín, y mi mano, cogida a la barra, tocaba muchas veces la carne suave de sus nalgas. Corría a su lado, ayudándola a guardar el equilibrio. El viento le soplaba en el vestido azul, y a veces mis ojos divisaban una faja de carne mate por encima de la media. Cuando la bicicleta saltaba sobre algún bache de la carretera, le bailaban los pechos. Y cuando se reía con el viento en contra era como si su pelo exhalase una melodía musical. Y no podía apartar la vista, por temor a dejarla caer.

Llegábamos siempre hasta el álamo. Allí, como ella no sabía todavía desmontar, tenía que cogerla por debajo de los brazos y ayudarla a bajarse.

—¡Eh —solía gritarme entonces—, que me pellizcas! Y mi mano sentía el nacimiento de sus pechos menudos.

Hilde se sentaba detrás del árbol. Los campos estaban desiertos. El vestido le caía sobre el cuerpo en desorden, como un abanico cansado. Su respiración era acelerada, fatigosa.

Había observado varias veces que, yendo cuesta abajo, donde todo ciclista prudente frena, ella pedaleaba con más fuerza, para hacerme a mí correr. Y gozaba lo indecible viéndome jadear. De esto deducía yo que le gustaba.

*

* *

En el concepto escolástico que las personas mayores se han formado de los niños hay un prejuicio fatal, y es el de su "primitivismo". No se concibe que el niño organice especulativamente sus pensamientos; que proceda sistemáticamente, con arreglo a un plan y proponiéndose un fin; q' calcule, tantee, observe, posea una lógica interior y una manera propia de argumentar. Y muchas veces, los niños no tienen ya nada de "inocentes", sino que son refinados en sus métodos como personas mayores. Lo que ocurre es que el niño, a diferencia de los grandes —y en esto consiste su "inocencia"—, no viste y disfraza con ropajes de moralidad sus actos y sus sentimientos, sino que ejecuta sin el menor pudor todas las porquerías y crueldades que se le ocurren. Su desamparo consiste en no saber valerse todavía de esos recursos que permiten a los mayores dar un nombre justificativo a sus acciones más ruines.

*

* *

Empecé a organizar el ataque con arreglo a mi plan. Y este plan era diabólico. Yo había notado que los hombres casados, sobre todo si eran jóvenes, y, sin necesidad de estar casados, los novios que se paseaban generalmente por los parques, y hasta los muchachos mayores del Instituto que iban a esperar a las chicas a la salida de la clase y les llevaban los libros, se comportaban con sus mujeres o con sus novias de

modo muy distinto que con los demás. Hombres que yo conocía por su altanería y soberbia; hombres poderosos, de cabeza erguida y paso imponente; hombres que mandaban sobre otros, cada uno de los cuales era a su vez superior de los que venían detrás; oficialillos que eran el coco de su compañía; profesores que infundían terror a la clase; estudiantes del último año que nos sacudían si no les saludábamos al pasar: todos los que ostentaban poder en alguna de sus formas y manifestaciones, cambiaban de actitud y talante en presencia de determinadas mujeres. Su porte perdía rigidez; de su voz se borraba el tono ordenancista; decían "gracias" cuando la mujer les daba algo, y estaban siempre atentos a complacerla y servirla, cogiéndole una flor, abriéndole el paraguas, sacándole la entrada para el teatro, volviéndole las páginas de un libro, echándole una carta al correo, llevándole un paquete; en fin, experimentaban tal cambio en su continente, que yo llegaba a creer, a veces, que eran buenos. Pero no; era que estaban enamorados...

Así llamaban a este estado, que yo observaba también que iba desapareciendo o enfriándose cuando llevaban cierto tiempo de matrimonio. A mí no me cabía en la cabeza que gentes como aquéllas hiciesen nada en balde; algo tenían que querer y que buscar, cuando tan amables se sentían. Pues si esa manera de conducirse respondía a su verdadera naturaleza, ¿por qué no la aplicaban también a los demás?

*

* *

Decidido a arrancar a Hilde a todo trance el secreto, y pareciéndome éste el mejor camino, resolví, pues, enamorarme de ella.

En cuanto supe que le gustaban las lilas blancas, corté sin que nadie lo viese un ramo en nuestro jardín y se lo puse en el regazo. También le gustaban con locura las galletas de tahona. Para ganar su voluntad, sustraje a mi madre unas perras del bolsillo y le compré un cartucho imponente de galletas de tahona. Le regalé un lapicero de mina que yo tenía y que le gustaba mucho. Como la cartera que llevaba a la lección de piano pesaba bastante, cargaba yo con ella. Se le antojó una hélice para la bicicleta, y se la hice. El juego de bolas no funcionaba bien; desarmé la bicicleta y se lo engrasé. Le saqué una piedrecita que se le había metido en el zapato...

Todo lo que se antojaba lo hacía, y se le antojaban bastantes cosas.

Pero sin perder nunca de vista la meta. Mi plan era perfectamente consciente y sistemático. Pues lo que yo quería no era amar; no, sino saber...

Como mi padre viese un día que le regalaba una rosa, me amenazó bromeando con el dedo, y dijo:

—¿Qué le parece, el caballerito...?

Esto me indicó que no iba descaminado.

Empecé a ir cada vez menos por la finca de Ferd, procurando hacerlo de modo que no llamase la atención. Sólo él se dió cuenta. Pero no me decía nada; estaba consagrado de lleno a proteger a León, que pasaba días enteros en la finca. Yo sentía celos de él y sufría cuando veía a Ferd echarle el brazo al cuello, en sus paseos por las cuadras, a

decir, cuando corríamos por los campos: "No vayamos tan de prisa, pues León puede fatigarse". Fueron los tormentos más dolorosos de mi niñez atolondrada. Ferd había cambiado visiblemente en su trato hacia mí, y una tarde, cuando volvía con su potrillo al establo, me dijo:

—Ya es hora. Tienes que marcharte; te estará esperando Hilde...

Volví a casa como si me hubiesen azotado, pues él sabía que le traicionaba. Quizá porque era la única persona en el mundo a quien quería...

Aquella tarde. Hilde me esperaba llena de ansiedad.

—Hoy no podemos salir a la carretera —me dijo—. Mis padres han ido al baile de máscaras (los míos habían ido también). Nos sentaremos en el jardín, si quieres. ¡Es tan suave el aire!

Y me cogió dulcemente de la mano y acercó a mí su cabeza, hasta que sentí que su aliento me rozaba la cara.

Tenía los ojos un poco húmedos y la boca entreabierta.

—¿Verdad que quieres venir conmigo al jardín?—me dijo, sonriendo.

Yo me quedé cavilando para qué querría que la acompañase al jardín. ¿Querría mandarme acaso que le hinchase las gomas de la bicicleta, o que le hiciese otra hélice, o que la ayudase a resolver los problemas del colegio. o... O...?

¿Por qué no quiere salir a montar en bicicleta, precisamente hoy que no están sus padres en casa?

Fuí con ella al jardín.

Al llegar al patio, la cogí por el talle, como había observado que hacían las parejas de novios que se paseaban por el parque, al atardecer. Hilde se dejó. Los dos callábamos.

——¡Ahora, cuidado con no hacer ninguna tontería! —dije para mis adentros— ¡Mucho cuidadito! Procura hacer como si lo supieses todo, tratarla con mucho mimo y hablarla como si estuvieses enamorado.

—¡Oh, Hilde —exclamé—, qué hermosa está la tarde! No hay ninguna nube en el Cielo y ya empiezan a lucir las primeras estrellas...

(Así había oído que le decía mi primo a su novia una tarde, paseando por el jardín, aunque ni entonces ni hoy se veía aún una sola estrella en el cielo).

—Sí —contestó Hilde—, y el aire es muy suave...

—Eso ya lo has dicho otra vez —pensé para mí, y repuse, en voz alta: —Sí; maravillosamente suave...

Cuando cruzamos la puerta de hierro forjado, con sus dos columnas pintadas de rojo en que dos angelillos soplaban en sus trompetas, mi mano descansaba debajo de su pecho.

—Ahora —me dije— debes hablar muy bajito, guardar algunas pausas y suspirar.

El jardín de la botica era uno de los más hermosos de la villa.

Detrás de la puerta negra salía un camino blanco bordeado de tejos y espalderas, que iba, en elegantes ondulaciones, hasta un pabellón recargado de adornos barrocos. Era blanco, le faltaban casi todas las ventanas, y la mayor parte de las figuras tenían rota la naríz o una oreja. A derecha e izquierda del pabellón crecían en libertad espesas matas de lilas, espinos y avellanos. Había también un fresno, y dominándolo todo con su ramaje un haya sangrienta. Este árbol era muy añoso,

y se contaba que el Landgrave, de quien era el jardín, la había plantado en persona para recreo de su amante. En efecto, antes de pasar a poder del Municipio, a quien ahora pertenecía, la botica había sido propiedad de una dama ennoblecida por un príncipe regente del siglo XVIII para legitimación de sus encantos. La familia del boticario utilizaba este pabellón para guardar los aperos del jardín. Este estaba considerado como monumento público y no podía cortarse en él ningún árbol.

Nos dirigimos a un banco colocado cerca del haya. La cabeza de Hilde apoyábase ligeramente sobre mi hombro, y nuestros pasos eran cortos y acompasados. Nos sentamos. El aire estaba realmente encalmado y silencioso. No se oía más ruido que el que hacían dos palomas de un palomar cercano, en su temprano sueño.

—Hilde —le pregunté—; ¿saben tus padres que yo estoy contigo en el jardín?

—Naturalmente —dijo ella—; mi mamá telefoneó a tu padre pidiéndole permiso para que me acompañaras un rato antes de irme a acostar.

—Y qué contestó él?

—Que confiaba en la educación de su hijo.

Sentado junto a Hilde, con su mano suave en la mía, aquéllo me hizo gracia. Mi padre confiaba en la educación de su hijo, como un comerciante podría confiar en el talento y la honradez de un dependiente para regir una sucursal.

Estuvimos sentados largo tiempo sin hablarnos. Apenas se movía la hoja de un árbol. El cielo crepuscular iba, poco a poco, tomando el color de un pudding de dulce.

—Las cosas no pueden estar mejor preparadas —pensé—; todo ha salido a pedir de boca. Estamos los dos sentados aquí en un banco del jardín, entre el follaje, rodeados de árboles desazonadoramente quietos; nadie nos ve; respiramos muy quedo; huele a flores —el olor de las aguas podridas del estanque próximo no entraba en la cuenta—; de vez en cuando, Hilde tiene un ligero temblor o un pequeño mechón de sus cabellos me cosquillea en el oído; oscurece y en el cielo apunta ya —ahora de veras— la primera estrella. Todo está en orden; no falta nada de lo que es de rigor en estas escenas. Ha llegado el momento de que la bese, y luego procuraré llevar la conversación al terreno del misterio.

—¡El lucero de la tarde, mira!— exclamó, apuntando al cielo.

Me puse en pie, con un gesto romántico.

—Sí; el lucero de la tarde —declamé—. O acaso Venus, la que los griegos llaman Afrodita...

—¡Cuánto sabes! —dijo la muchacha, reclinándose con los ojos entornados sobre mi hombro.

La tenía otra vez cogida por el talle, para que no cayese, y como acercase la cabeza a la mía como al acaso y comenzase a suspirar, la besé rápidamente sobre la boca, dejando resbalar un poco los labios por la barbilla.

Ella me musitó mi nombre al oído, me echó los brazos al cuello y se colgó apretadamente de mí, dándome un beso en la ventana de la nariz derecha. Tuve que apelar a todas mis fuerzas para no caer. Ella, que lo notó, me preguntó si no quería que nos echásemos en la hierba. Accedí.

Apenas estuvimos uno al lado del otro, empezó a tirarme del pelo y me dijo que yo era su tesoro, su amor. Resolví mantenerme a la es-

pectativa, y la besé. Me parecía que el secreto no estaba ya lejos, pues cuando, sin querer, me encontré con la mano puesta en su rodilla, se acurrucó contra mí y me apretó la mano entre las piernas.

Luego, con un movimiento rápido, me puso la boca junto al oído y me dijo en voz muy queda:

—De esto no tienen que enterarse nuestros papás.

—Aborrezco a los mayores—le contesté.

—Sí; no quieren que los chicos sepamos nada—oí que me decía.

—¡Ya lo tengo! —pensé—. Me volví de espaldas, con un mimo de terquedad, y arranqué con la mano que me quedaba libre un puñado de hierba.

—Sí —dije en voz alta—; guardan el secreto para tenernos dominados. Todos son malos y se pasan la vida odiándose unos a otros. ¿Por qué no hemos de saber las causas de ese odio?

Absorvido por la idea del misterio, me había olvidado de Hilde. Las sombras del crepúsculo agrandaban las figuras barrocas del pabellón. Del fondo del jardín llegaba el ruido de los picotazos de un pájaro carpintero.

*

* *

De pronto, noto que me toca suavemente: oigo sus movimientos; la siento arrastrarse sobre la hierba; su vestido de pliegues se agita en oscuras oleadas: pero apenas distingo nada, pues se ha hecho de noche. Me coge por el hombro, se acerca a mí; yo me mantengo rígido, con los dedos hincados desesperadamente en la hierba.

—¡Ahora, ahora!—pienso. Todo mi espíritu se cocentra en esta idea.

Hilde pone la boca en mi oído y murmura:

—No creas que no lo sé todo...

Mi cuerpo está como paralizado. Toda la voluntad se me agolpa en el oído.

—Me lo ha contado todo mi primo, ¿le conoces?, el que estudia Medicina. Me ha contado, sin ocultarme nada, todas esas cosas que los mayores no quieren que sepamos. Y sé cómo nacen los niños. Un hombre y una mujer se acuestan juntos, y a los nueve meses viene el hijo.

—Pero ¿qué tienen que ver los niños con el misterio?—le digo en voz queda.

Hilde se ríe de mí.

—Pues ¿cómo crees que se hacen los niños más que así? Pero mi primo me ha dicho también que no se tienen chicos si no se quiere, pues los casados lo hacen todas las semanas y casi nunca tienen más de tres hijos. Y que si los pobres tienen tantos es porque son unos ignorantes y unos brutos.

—¡Sigue! —le grito—. ¡Sigue, Hilde!...

Estaba pegada a mí y sudaba. Al principio, creí que eran lágrimas.

—Sí, y un día, ¿sabes?, estaba aquí tumbada con mi primo, así como ahora, y él me tenía cogida con un brazo por el talle —así, ¿ves?

. . .—y me acariciaba con una mano la rodilla —sí, así, así. . .—, y luego sentí que subía hacia arriba la mano —¡eso, eso!— y que me acercaba mucho la boca al oído y me mordía en el mollete de la oreja —y yo la mordí también—, y no me hacía daño, igual que tú ahora, pero me cosquilleaba de un modo muy raro por todo el cuerpo. . .—. Y que la había dicho que no pasase miedo, que él tendría mucho cuidado, y que no había tenido miedo ninguno cuando siguió haciéndole cosquillas por el cuerpo arriba —yo repetía al pie de la letra todo lo que me iba relatando que le había hecho el primo. . .—. Y cuando me tocó donde es pecado tocarse. . . Así. . . así. . . ¡Ay! . . . ¡Sí! . . . Ahí. . . ¡Déjame! . . .

Se me abrazó como una loca y caí sobre ella con el vestido todo revuelto, y en aquel momento sentí que todo se borraba de mi memoria: su nombre, el jardín, la botica. . . Sólo sentía aquella mano, metida allí donde la tenía el primo: en aquella mano estaba concentrada mi vida entera. . . ¿De quién era la mano? ¿Del primo? ¿Mía? ¿De los dos? . . .

—¡Sigue, Hilde, sigue!—le grité furioso. Pero oí que su voz, como si viniese de muy lejos, me decía, suspirando:

—¡Ah, qué hermosa es tu mano! ¡Déjala así! ¡Es mucho más hermoso que cuando tengo la mía! . . .

—¡El misterio! —grité bramando—. ¡¡El misterio!!

En aquel momento me parecía verlos a todos delante de mí; a mi padre, a mi madre, a Ferd, a León, a Augusto, a Hilde, al pueblo entero. . .

—¡¡El misterio!!

Siento su brazo ciñéndome la espalda.

—¿Me quieres?

—¡¡Pronto, dime el secreto!!

—¿Qué secreto? ¡Si yo no lo sé!

—¡Hilde—exclamo, soltándola y escondiendo la cara en la tierra. Entre la hierba, que se me mete por los dientes, le grito:

—¿Cómo que no lo sabes? ¿No me has dicho que lo sabías todo?

—No —replicó ella, levantándose—, pues cuando llegamos a donde te conté, nos llamaron para cenar. . .

No sé cuánto tiempo tardé en hablar. También Hilde me había engañado. Al cabo de un rato, siento que se acerca a mí y me dice:

—Eres tú el que tiene que saberlo. ¡Para eso eres hombre! ¡Enséñamelo!

Y se sienta junto a mí, que permanezco mudo, inmóvil, y añade:

—Quiero que tú me lo enseñes, pues eres mi novio. . .

—¡Déjame! —le digo, malhumorado—. Tampoco yo lo sé y quería que tú me lo dijeses. . .

Entonces, ella palmotea muy alegre y todo se vuelve risa.

—¡Idiota! ¡Idiota! —exclama, riéndose de mí y tirándome de la naríz—. ¡Fanfarrón! ¡Fanfarrón!

Me levanto sin poder contener la rabia, y le grito, furioso:

—¡Tampoco tú lo sabes!—y la cojo por la muñeca. .

—Pero eres tú, que quieres ser hombre, el que tiene que hacerlo. Las mujeres no necesitamos saberlo. ¡Idiota! ¡Idiota!

Y se desprende de mí y empieza a dar vueltas, bailando a mi alrededor.

—¡Idiota! ¡Idiota!

De pronto, me siento acometido por un cansancio invencible, como si me hubiese levantado muy temprano.

Hilde me salta al cuello, me doblega la cabeza hasta la altura de la suya, y grita, muy alborozada:

—En agosto vuelve mi primo, y entonces él me lo enseñará. Sí, sí, en agosto...

—¡Bah! —le digo, sintiéndome casi llorar—. ¡Tampoco él sabe nada! ¡Nadie lo sabe! Todos mienten...—y sin darle la mano ni despedirme, atravesé corriendo el jardín.

Junto a la puerta me alcanza Hilde, que no cabe en sí de contenta.

—¿Sí, verdad? —exclama, burlándose de mí—. ¿Conque tampoco él lo sabe? Mi primo lo sabe todo, pues para eso lo estudia y se lo dicen los libros. Lo que tú tienes es envidia porque no lo sabes. No has hecho más que romperme los pantalones... ¡Fanfarrón!

Y cerró la puerta dando un golpazo. Al poco rato la oí subir la escalera cantando. Emprendí el camino de mi casa, y de pronto empecé a cojear sin saber por qué.

La luna se alzaba con su luz sebosa, sobre los tejados grises-azules. En muchas casas sonaba el piano y en algunas el violoncelo.

Cuando doblé la esquina de mi calle, vi a Katinka, nuestra criada, con su novio, un zapatero. Al verme, el zapatero se alejó unos cuantos pasos, disimulando. La criada me abrió la puerta y me dijo que tenía la cena guardada en el aparador. Cené lo que encontré: tres trocitos de carne asada, un poco de queso, unos pepinillos y una ensalada de tomates. Sin tenedor, todo con los dedos. Con un molinillo que había por allí, revolví una cajita de mostaza, pues me acometieron de pronto deseos enormes de cosas picantes. Luego, atravesé la pieza fría del salón y entré en mi cuarto. Me desnudé a oscuras.

LA VIDA HEROICA DE ROSA LUXEMBURGO, por Nydia Lamarque.

II

(Continuación)

Rosa Luxemburgo nació el 25 de diciembre de 1870, en la Polonia Rusa, de padres judíos y a lo que parece su infancia fué quieta y silenciosa, repartida entre los libros, a los que la llevaba una precoz afición, y los ensueños con que alimentaba su fantasía ya despierta, en la chatura gris del medio familiar. Así por lo menos la describe ella con palabras que voy a transcribir, y cuyo poder de evocación se acrecienta si se piensa que las escribía Rosa, en 1904, desde la cárcel de Zwickau: "Es la tarde y una brisa ligera entra por la ventanilla de mi celda, agita dulcemente la pantalla verde y hojea con delicadeza las abiertas páginas de Schiller. Fuera, pasa delante de la prisión un caballo al que se hace volver lentamente y sus cascos golpean el pavimento,

calmos y rítmicos, en la paz de la noche. De lejos llegan, apenas perceptibles, los sonidos fantásticos de un órgano en el cual algún chambón principiante, caminando lánguidamente, "silba" un vals. Una estrofa que he leído recientemente yo no sé dónde, zumba en mi cabeza: "Escondido entre las colinas—está tu jardincito apacible—donde las rosas y los claveles—esperan desde hace largo tiempo tu bien amada—escondido entre las colinas—tu jardincito apacible". Yo no comprendo del todo el sentido de estas palabras, aun no sé si ellas tienen alguno, pero asociadas a la brisa que roza mis cabellos como una caricia, me mecen en una disposición singular. Esta brisa, la traidora, me lleva allá, a lo lejos, yo misma no sé dónde. La vida juega conmigo unas escondidas perpétuas. Me parece siempre que ella no está en mí, ni allí donde yo estoy, sino en alguna parte, lejana. En otro tiempo, en mi casa, me deslizaba bien temprano a la ventana —¡oh! estaba severamente prohibido levantarse antes que el padre—la abría dulcemente y miraba afuera, hacia el gran patio. Cierto, no había allí gran cosa que ver. Todo dormía aún, un gato atravesaba el patio con pasos de terciopelo, dos gorriones se peleaban con una gritería desvergonzada, y el viejo Antonio, metido en su corta pelliza de carnero, que él llevaba invierno y verano, se mantenía cerca de la bomba, las dos manos y el mentón apoyados sobre el mango de su escoba, con una profunda meditación en su cara adormilada y sin lavar. Porque este Antonio era hombre de tendencias elevadas. Todas las tardes, cerrada ya la puerta cochera, se instalaba en el vestíbulo sobre el banco que le servía de lecho, y deletreaba en alta voz a la claridad dudosa del farol, la **Gaceta Oficial de la Policía**, tan bien que se oía en toda la casa, como una sorda letanía. Lo que le guiaba, por otra parte, era un amor desinteresado por la literatura, ya que no comprendía ni una palabra y amaba las letras en y por sí mismas. Esto no impedía que fuera difícil de contentar. Y como yo le diera un día, a su pedido, **Los orígenes de la Civilización**, de Lubbock, del cual precisamente había emprendido yo la lectura con un celo ardiente por tratarse de mi primer libro "serio", él me lo devolvió al cabo de dos días, declarando que el libro "no valía nada". Por lo demás, me fué necesario a mí una buena cantidad de años, para comprender cuánta razón tenía Antonio.

"Así, pues, Antonio comenzaba siempre por permanecer un cierto tiempo sumido en meditaciones profundas, de las cuales salía sin transición por un vibrante, ruidoso y resonante bostezo, y este bostezo liberador significaba cada vez: ¡Ahora, al trabajo! Escucho todavía el penetrante chirrido que Antonio hacía oír, paseando oblícuamente su escoba húmeda sobre las baldosas, teniendo mucho cuidado, por amor a la estética, de describir sobre los bordes graciosos festones bien regulares, que hubieran podido tomarse por una puntilla de punto de Bruselas.

"Su manera de barrer el patio era un poema. Y era también el más bello momento antes del despertar de la vida sombría, ruidosa, aplastante, martilladora, en el alquilado cuartelón. La calma augusta de la hora matinal se extendía sobre la trivialidad del embaldosado; allá arriba en los vidrios, centelleaban los primeros oros del nuevo sol y más alto todavía, nadaban pequeñas nubes vaporosas, teñidas de rosa, antes de desvanecerse en el cielo gris de la ciudad. En ese tiempo, yo creía firmemente que la "vida", la "verdadra" vida, estaba en alguna parte, bien lejos, allá abajo, al otro lado de los techos. Y desde entonces via-

jo en su persecución. Pero ella se oculta siempre detrás de algún techo. En fin de cuentas, todo se burlaba abominablemente de mí, y la verdadera vida ¿no se habrá quedado justamente allá abajo, en ese patio donde por la primera vez leímos con Antonio Los orígenes de la civilización?" (17).

Así soñaba, en la quietud de sus madrugadas infantiles, con esa vida tumultuosa y coloreada a la que bien pronto iba a arrojarse y ya por cierto para todo el camino. Fué entonces sin duda durante ese apacible período, que germinaron en la mente de Rosa las primeras ideas socialistas, ideas fortalecidas por la lectura, maduradas en largas reflexiones, acariciadas acaso en éxtasis fervorosos, con ese exclusivismo con que en los albores de la juventud, y en la soledad, se entrega el espíritu a la contemplación de alguna perspectiva predilecta entre todas. Pero ya llegan los acontecimientos, esa verdadera vida que ansiaba. En 1888, cuando no contaba más que 18 años, el gobierno zarista declara fuera de la ley al partido socialista polaco. Había que apresurarse a salir de Polonia, empresa tanto más difícil y peligrosa cuanto que la policía estaba atenta y no era posible conseguir pasaportes. Pero ella salva todos los obstáculos, consigue llegar a Suiza y bien pronto, instalada en Zurich, se matricula en la Universidad. Sobrevienen ahora años de estudio, de laboriosidad. Inclinada sobre los libros, su frente juvenil se carga de pensamientos graves, su talento despierta. Allí se ligó entonces por amistad indestructible con algunos compañeros de la Universidad, hombres que en adelante debían acompañarla hasta su último momento, entre ellos, los más íntimos, Leo Tyczko (el gran agitador llamado Jogiches) y Marchlevsky, igualmente fiel. En esa atmósfera de inquieta intelectualidad, su socialismo se alza y se muestra decididamente. La pasión austera empieza ya a levantar su magnífica llama. Afiliada al partido socialista polaco, actúa con su firmeza característica, escribe, y su palabra candente no se oye con mucho agrado. Se la ataca, se la combate, se la moteja de histérica, se la zahiere cruelmente por su origen israelita. ¡Qué importa! Ella ha nacido para eso, para combatir y ser combatida; aquello no la extraña en lo más mínimo. Y Leo Tyczko aprende el polaco nada más que para ayudar y defender a Rosa.

A raíz de esos ataques y comprendiendo que es necesario buscar campo de acción más vasto y más propicio, se vuelve entonces hacia el socialismo alemán y empieza a colaborar en la Neue Zeit, a cuyo director Carlos Kaustky se ha dirigido por carta sin conocerlo. En esa primera carta, que acompañaba al artículo cuya publicación era solicitada, hace notar a Kautsky qué es lo que se oculta bajo la máscara del socialismo polaco, demostrándole "que es principalmente por las simpatías de la democracia socialista de Alemania que todo el movimiento nacionalista entre los socialistas polacos, busca darse una apariencia marxista y que por otra parte, por medio de una hoja especial... publicada en Londres, se esfuerza en ganar las simpatías de los socialistas de la Europa occidental" (18) En un principio Kautsky la acogió midiéndole las páginas, y toda su correspondencia con él, de esa época, está llena de alusiones a la falta de espacio, a lo que haría si se le concediera aunque fuera dos páginas más de la revista. A regañadientes hace los cortes y las modificaciones que le insinua Kautsky, porque se traspa-

(17)—R. L.: Op. cit., pág. 75 y sig. .
(18)—R. L.: Op. cit., pág. 28.

renta que, a despecho de su juventud, ella sabe ya que algo vale y está bastante convencida de que entre la estudiante de Zurich y el Señor Redactor en Jefe de la **Neue Zeit** no hay más distancia que la de los años y el prestigio en ellos adquirido. Se nota también en esa correspondencia el horror que experimenta por las pequeñas cuestiones personales, por los ataques directos de hombre a hombre, que hacen que el vasto perfil de los principios termine por desvanecerse en la niebla de rencillas odiosas. Dice en una carta, refiriéndose a ciertas supresiones que le han hecho en la redacción: "La supresión de la parte teórica de mi primer artículo, así como la respuesta de Haecker, han llevado la discusión sobre un terreno de chicanas de orden exclusivamente práctico. De esto no tengo la culpa en absoluto, ya que es bien a disgusto que me he visto (dado el poco espacio que usted me había acordado) en la obligación de no tratar, para evitar la querella, más que el lado práctico de la cuestión. Todos los pasajes hirientes contenidos en mi respuesta, se refieren exclusivamente a las declaraciones "de principio" de mis adversarios y no a su personalidad; todo lo contrario de Haecker que en su respuesta, me ataca a mí. (19).

Por cierto que Kautsky se dió cuenta bien pronto de la talla intelectual de Rosa, le abrió ya sin restricciones las páginas de la **Neue Zeit** y en las últimas cartas de este período ella le hablaba con la confianza con que se habla a un amigo y no a un simple correligionario, burlándose graciosamente de los filósofos revisionistas del marxismo, que no hacían más que dañar a la idea con sus especulaciones áridas y sin objeto: "Schoenlack acaba de arrojarme a la cabeza de un solo golpe, dos rusos exterminadores (otros dicen continuadores) del marxismo; un obeso sir Slominski que desde hace largo tiempo se gana la vida en Rusia encontrando contradicciones entre el tercero y el primer volumen del Capital, y un señor Simkhovitch, docto hasta dar miedo, que en los "Jahrbucher" de Conrado, acaba de exterminar, enterrar, gratificar con una oración fúnebre, llorar y hacer a un lado a Marx. Es necesario que yo "libre poloca" hable de todo esto. Para consuelo y confortamiento acabo de recibir la última obra de Jaurés, **La Acción Socialista** y ella me ha traído ese soplo de frescura que le es propio". (20).

Entretanto Rosa había terminado sus estudios, doctorándose en la Universidad de Zurich con una notable tesis sobre **El desenvolvimiento industrial de Polonia.** Pensó entonces en dirigirse a Berlín para afiliarse al partido socialista alemán y trabajar en él sobre un terreno más firme; pero se le presentaba el inconveniente casi insalvable de la nacionalidad; para intervenir allí necesitaba ser alemana. Entonces se produjo el curioso episodio de su casamiento, que dió orígen más tarde a infinidad de leyendas contra ella, y que es sin embargo, de una sencillez absoluta. El matrimonio era el medio más rápido y más seguro para adquirir la nacionalidad alemana. Había pues que casarse y que casarse pronto, y Rosa no vaciló. Se dirigió al hijo de la familia en cuya casa vivía, el doctor Gustavo Lubeck, correligionario y conocedor de su situación, y francamente, le propuso el matrimonio, un matrimonio por cierto de pura fórmula y que jamás tendría otra realidad que la jurídica. Tuvo la suerte de que Lubeck la comprendiera, de encontrar en él el mismo desinterés, el mismo independiente criterio, y accedió a

(19)—R. L.: Op. cit., pág. 37 y 38.
(20)— " " " " pág. 46.

prestarle aquel servicio. A la salida del Registro Civil, se separaron como buenos amigos y Rosa, ya en condiciones, marchó a Alemania. Ella recordaba siempre este extraño casamiento con su jovialidad habitual: "De esta manera tan sencilla —decía— conquisté la gracia de pasar a ser súbdita del Kaiser. Y además la noble institución del matrimonio ganó en mí una entusiasta defensora, ya que por experiencia propia, únicamente la conocía bajo un aspecto bien útil". (21). En algunas cartas habla risueñamente de sí misma como de "la mujer de Gustavo", (22) y cuando viajaba de incógnito, lo que ocurría con frecuencia, le gustaba inscribirse en los hoteles bajo el nombre de Rosalía Lubeck, con el que conservaba sus propias iniciales.

Instalada en Berlín, se arrojó de lleno en la gran corriente de la lucha ideológica. Desde entonces no hay movimiento en el que no se encuentre, tribuna de combate desde la que no vuelque su verbo inflamado, congreso socialista en el que no se presente, temible por su agresiva sabiduría. Se hace sospechosa, la policía empieza a vigilarla. Nada podían tardar pues las persecuciones enconadas, los largos días pasados tras de las rejas, en una calma funesta llena de mortificadores presentimientos. Desde su llegada a Alemania su amistad con los Kautsky se había tornado estrechísima y es un detalle revelador del carácter de Rosa, la impresión que le produjo el conocer a Luisa, la esposa de Kautsky. Rosa conservó siempre, al lado de su sereno y exacto punto de vista político, una imaginación romancesca, ávida de ver todas las cosas al través de un prisma de exaltación y de poesía. De aquí que para ella el más despreciable calificativo fuera el de "pequeño burgués". (23). Agrandando a la distancia la figura de Carlos Kautsky (que no se lo merecía) Rosa se imaginaba sin duda a la compañera de la vida de ese hombre, como a una trágica hermosura, consumida en fiebres ideales. Y se encontró con una buena mujer, que se ponía delantal y hacía los quehaceres domésticos. Quedó horrorizada. "¡La mujer de Carlos Kautsky usa delantal!" exclamaba desconsolada. Pero al poco tiempo descubrió que bajo aquel antiestético delantal se ocultaba una mujer inteligente y comprensiva, uniendo a ambas desde entonces un firmísimo y fraternal afecto, que resistió sin romperse hasta los terribles ataques dirigidos por Rosa contra Kautsky cuando este último asumió, con todos los demás socialistas mayoritarios, una actitud social-patriótica al comenzar y durante la guerra. Por lo demás, no parece haber andado nunca muy de acuerdo con Kautsky en el terreno ideológico, a pesar de su estrecha amistad personal. Sus cartas están llenas de referencias a este respecto. Se hallaba también ya en relación con Clara Zetkin, Carlos Liebknecht, Franz Mehring, los futuros fundadores del grupo Espartaco. Ella hacía frecuentes viajes de propaganda y su palabra dotada de un extraño fuego, atraía irresistiblemente a sus oyentes. Se puede seguirla en estos itinerarios por sus cartas a los Kautsky, epistolario en que al lado de las perennes cuestiones políticas, su alma se muestra en toda su encantadora desnudez, infantil y profunda a un mismo tiempo. "El domingo pasado, dice en una, he ido a hacer propaganda a la provincia de Posnania, donde hemos conferenciado de circunscripción en circunscripción y donde he sido solemnemente dele-

(21).—Alvarez del Vayo: Op. cit., pág 96.
(22)—R. L.: Op. cit., pág. 155.
(23)—R. L.: Op. cit., pág. 226.

gada al Congreso Nacional del Partido, así como al Congreso de París", y en otra: "En Hohenstein, la sala estaba llena... En Lichtenstein, ayer, he hablado al aire libre delante de 2.000 personas, en un jardín alumbrado de lamparillas multicolores; aquello era muy romántico" añade con su eterna sonrisa; y en otra más: "He estado perseguida toda la semana última; una reunión en Posen, otra en Bromberg, en seguida visita familiar en Berlín (así designaba ella a las reuniones de la junta del partido) y hasta el momento todavía muchísimo que hacer". (24). Y no sólo esto sino que escribía también, infatigablemente, doctrina y propaganda socialista. Pero a despecho de su talento inflexible y severo, el alma encerrada en su pequeño cuerpo "no más grande que el de un ratón", (25) como ella misma decía, sufría una eterna sed de belleza, sed que la devoró continuamente, que no había de extinguirse jamás. En una carta de 1900 dirigida a los Kaustky que andaban de viaje, Rosa después de hacer consideraciones sobre cierto error de táctica que al parecer le reprochaba Mehring y sobre el "cretinismo parlamentario" dentro del socialismo, les dice que les hace gracia de continuar con ese tema en una carta que ellos leerán "en un templo de la naturaleza, verde, perfumado y sombrío, (así es el bosque de la tarjeta postal) al apacible murmullo de la eternal Thalatta". Y continúa: "Así pues, hablemos de Thalatta. A propósito, ¿pensáis vosotros allá abajo, mientras que ella prosigue a vuestros pies su murmullo de eternidad, en aquella linda leyenda del cantor griego ciego que tocando la lira al borde de la mar tomaba su ruido por el murmullo del pueblo? Habiendo terminado su más hermoso canto, como no oyera aplaudir a la turba, se lamentó amargamente de esta ingratitud y en su despecho arrojó a lo lejos su lira para romperla; pero las olas la recibieron y en un mecimiento amoroso, la llevaron lejos, siempre más lejos de el. ¿Pensáis en esto?". El pasaje que sigue es uno de los más demostrativos, entre toda su correspondencia, de la verdadera psicología de Rosa. Dice ella: "Me figuro que en el mar, el sentimiento que debe experimentarse más fuerte que todo es el de la propia nada, naturalmente en relación con lo que el mar tiene de eterno, de inmutable, de soberbiamente indiferente. Yo he tenido esta impresión contemplando la cascada del Rhin en Suiza; y su perpétuo tumulto que no cesa un segundo, que dura noche y día, que dura al través de los siglos, me llenaba de una sensación de angustia y de aniquilamiento. Volvía a casa completamente quebrantada, y cada vez, aun ahora, que paso delante de ella y apercibo por la portezuela del tren ese terrible espectáculo, esa espuma que se levanta, ese blanco abismo de agua hirviente y oigo aquel tumulto ensordecedor, mi corazón se oprime y algo hay en mí que dice: "He aquí el enemigo". ¿Os extrañáis? Bien seguro, es el enemigo de la vanidad humana que se cree alguna cosa y que cae de pronto en la nada. Tal es también, por otra parte, el efecto de una concepción que dice de todas las cosas como Ben Akiba: "siempre ha sido así", "todo está bien dispuesto", y en la que el hombre con su querer, su poder, su saber, parece tan completamente superfluo. Este es el porqué odio yo esta filosofía, mi querido Carlomagno (Carlomagno era el nombre cariñoso que ella daba a Kautsky) y me atengo a la idea de que sería mejor precipitarse en la

(24).—R. L.: Op. cit., pags. 57, 64 y 71.

(25).—Maurice Berger: en correspondencia de mayo de 1919 al Excelsior citado en Spartacus. Buenos Aires, 1920.

caída del Rhin y perecer allí como una cáscara de nuez, antes que bajar prudentemente la cabeza y dejar al agua mugir como ella mugía en tiempos de nuestros abuelos y como después de nosotros mugirá. Querida Lulú, tus resedás y tus claveles están todavía florecidos, y huelen "tan bien como el primer día". Y mientras que en esta carta se muestran primero la mujer lírica y profunda cautiva de encontrados pensamientos, asomada al abismo de las meditaciones, y luego la amiga dulce que cuida los resedás y los claveles florecidos, en la postdata reaparece la mujer de acción, el cerebro vigilante y organizador del político: "P. D. El último fascículo de **Sozialistische Monatshefte** contiene tres artículos sobre la cuestión de los sindicatos: Legien, Berstein y Wetzker. ¿Lo tenéis ya o queréis que os lo envíe? Os ruego devolverme la carta de Mehring". (26) ¡Qué lejos estaban ya, aunque quedaran en la misma carilla, la riente Thalatta con su murmullo eterno y el melancólico aroma del resedá!

En el año de 1903, Rosa, que ya había sufrido algunas detenciones sin mayor trascendencia, es encarcelada por delito de lesa-majestad en la prisión de Zwickau. La cárcel no es para ella, sin embargo, más que un lugar donde es posible trabajar con más tranquilidad. Escribe sin cesar. Sus cartas están llenas de recomendaciones para la publicación de sus artículos, para la táctica a seguir en los acontecimientos políticos que continúan desarrollándose al otro lado de las rejas. Porque a pesar de su serenidad de espíritu, le "parece a menudo que el mundo salta de sus goznes desde que no está en él". (27) Pero hundida en su celda, se halla más presente que nunca entre sus correligionarios; porque en la cárcel es donde especialmente le sirve su innato poder de seducción. No tiene carceleros, tiene amigos; los más rudos guardianes, los carceleros más brutales, se sienten desarmados delante de esa gracia sonriente, de esa profunda simpatía humana. Así sus cartas, son más numerosas de lo que permiten los reglamentos, sus escritos burlan la censura, su espíritu vuela al otro lado de los sombríos muros que la cercan. Y su amable ironía, su humor, siguen inalterables en medio de las duras vicisitudes. Escribe a Luisa Kautsky: "Querida, muchas gracias por la foto de Carlos con la encantadora dedicatoria. El retrato es soberbio. La primera imagen realmente buena que yo he visto de él. Los ojos, la expresión, todo es perfecto". Y en seguida, entre paréntesis: "(Pero la corbata, la corbata con ese hormigueo de puntos blancos que fascinan literalmente la mirada! Semejante corbata es un caso de divorcio. Sí, sí, he aquí las mujeres! Por sublime que sea su espíritu, son las corbatas lo que ellas ven antes que nada...)". (28) Maliciosa broma alusiva a la facilidad con que las mujeres nos dejamos seducir por exterioridades sin trascendencia. Toda su correspondencia está llena siempre de estas travesuras rebosantes de humorismo. Como hubiera recibido noticias poco satisfactorias acerca de las actividades socialistas en Holanda, escribe: "Estaría tentada de gritar con Margarita de Parma: "¡Y pensar que he dispensado tanta ardiente afección a este pueblo desleal!" Sé, pues, mi fiel Duque de Alba; cae, el puño enguantado de hierro, sobre ese país apóstata, y llámale a sus deberes,

(26)—R. L.: Op. cit., pág. 51 y sig.
(27)— " " " " pág 75.
(28)—R. L.: Op. cit., pág. 74 y sig.

a sus juramentos. Pero no, deja más bien madurar el crimen, y cuando en enero o febrero vamos a Amsterdam, los Países Bajos serán por segunda vez sojuzgados. ¡No haya cuartel!" (29) En octubre de 1904, al advenimiento del rey Augusto de Sajonia, se dictó una amnistía general para los presos políticos. Rosa se resistió a ser puesta en libertad, se negó, no quería deber nada a los enemigos; el estar libre sin haber terminado de cumplir su condena, por una gracia del Rey de Sajonia, le era odioso. Sus protestas naturalmente no valieron de nada y fué obligada a aceptar la amnistía.

Al estallar la revolución rusa de 1905, Rosa decidió partir. La arrastraban, desde luego la voz del deber, y después también la fascinación del combate, su ardiente corazón de rebelde. Fué entonces, durante su actuación en Varsovia y Petersburgo, que su mente se acercó más y más al proletariado, al contemplarlo tan consciente, tan avezado para la lucha, en las fábricas humosas y en las reuniones revolucionarias.

Allí se depositó el gérmen que la condujo luego directamente hacia el comunismo y hacia la táctica revolucionaria. El 28 de diciembre de 1905 partía hacia Varsovia bajo un nombre supuesto, con pasaportes que atestiguaban su identidad como Ana Maczke. En Illowo, el tren que esperaba para Varsovia llega lleno de soldados y Rosa, sin vacilar un momento, se embarca en él, haciendo gala de un valor temerario, y llega, felizmente, sana y salva a Varsovia, en plena huelga general. Allí Rosa se desvive ocultándose como puede de la policía, dirige a la vez dos periódicos revolucionarios y un órgano sindical, reparte entre los obreros folletos que le envían con mil precauciones de Alemania, habla en los meetings una vez levantado el estado de sitio y además "estudia" el movimiento. Sus cartas a los Kautsky son una verdadera historia razonada de los hechos y un análisis sagaz del por qué la revolución ha fracasado. Según su criterio, no ha habido verdadera unidad de acción; Moscou, Petersburgo, Varsovia, todos se manejaban por su cuenta.

Certeramente, dice: "En Petersburgo solo la Revolución no podrá vencer jamás; ella no vencerá más que en el Imperio entero". (30). Y la historia le ha dado la razón. La vida que llevara en este período se desprende bien de algunos pasajes de sus cartas: "Todos los días hay en la ciudad dos o tres personas degolladas por los soldados, arrestos cotidianos: fuera de esto es un contento. A pesar del estado de sitio hacemos aparecer todos los días nuestro Sztandar, que se vende en las calles. Desde que se levante el estado de sitio la Tribuna reaparecerá. Por el momento estamos obligados todos los días a conseguir en lucha abierta, revólver en mano, la impresión del Sztandar en las imprentas burguesas". (31) "Oiréis hablar de mí", dice luego. Se excusa de no poder escribir más frecuentemente por la "inseguridad de la existencia, de la que sufre aquí continuamente", (32). Y en medio de los peligros, una admiración ardiente por el proletariado ruso se apodera de su alma; habla con fervor de su "heroismo silencioso", de

(29)— " " " " pág. 85.
(30)—R. L.: Op. cit., pág. 101.
(31)— " " " " pág. 103.
(32).—R. L.: Op. cit., pág. 112.

su "sentimiento de clase", que ella querría mostrar a "esos queridos alemanes". "De hecho, dice, el sentimiento de solidaridad y aun de fraternidad entre los obreros rusos está a tal punto desarrollado, que no es posible dejar de asombrarse, aunque uno misma haya trabajado en ello". Es preciso leer íntegra toda su correspondencia para darse cuenta de lo que fué realmente ese admirable movimiento ruso de 1905.

Cuando todo había ya terminado, en el momento de partir, visado ya su pasaporte, fué detenida. "El domingo 4, por la tarde, el destino me ha ganado de mano: he sido arrestada", (33) escribía a sus amigos. Fué encerrada en una celda con capacidad para una persona, juntamente con catorce presos, felizmente todos ellos políticos, habiéndose excluído "los colegas de derecho común", como ella dice con su gracia habitual, y que no faltaban en las otras; bien que su celda (palabras textuales) era "la perla del alojamiento". Sus cartas son una maravilla de descripción del ambiente espantoso de las prisiones zaristas. La suciedad, la promiscuidad, los malos tratamientos, nada falta en este cuadro dantesco, aunque no hecho por cierto en el tono del Dante. Si hubiera querido, ¡qué mejor ocasión para presentarse como una mártir en aquella sombría pocilga! Pero ella prefería envolver modestamente sus sufrimientos en el velo coloreado de su aguda ironía. Su verdadera identidad fué por fin descubierta, y entonces sus amigos insisten aconsejándole que escriba al Cónsul alemán en Varsovia y envíe un telegrama al Presidente del Consejo de Minisitros ruso, Wite. Pero ella, desde los infectos corredores en que se arrastra, les responde con alegre orgullo: "¡Ni pienso hacer tal cosa! Estos señores esperarán largo tiempo que una socialista les pida protección y justicia. ¡Viva la Revolución!" (34) Y luego, dirigiéndose a los Kautsky, les escribe que cuando vuelva les contará un montón de cosas de sus "impresiones de viaje" y que se reirán como locos, "sobre todo los chiquilines". "Yo encuentro todo muy divertido", dice. Más tarde da la noticia de su juicio en la siguiente forma: "Los diarios locales anuncian que seré conducida ante un Consejo de Guerra. Yo no sé nada hasta el momento; estad, pues, tranquilos. Es probablemente un canard". (35). Solamente esto y en una postdata. Y como después de grandes trabajos y de infinitas vicisitudes, consigue por fin su libertad, toma inmediatamente otra vez nombre supuesto, corre a Petersburgo, al centro mismo del socialismo ruso, desempeña allí su misión y con precauciones sin cuento atraviesa a marchas forzadas la Finlandia, para poder llegar a Mannheim a tiempo y asistir al Congreso de 1906 del partido socilista alemán.

A partir de este momento Rosa militó siempre en la extrema izquierda del socialismo. En su folleto **La huelga en masa**, que publicó con el subtítulo de **La experiencia de la revolución rusa de 1905**, ya se muestra claramente la nueva dirección que toma su pensamiento, tendiente a que no sólo en Rusia sino también en Alemania la revolución sea un hecho. La revolución rusa le había enseñado un nuevo método, y se dedicó a difundirlo y a ponerlo en práctica con ardor. Sus divergencias serias con Kautsky empiezan entonces. Sin embargo el tono se conserva todavía cordial y la amistad que le profesaba. Rosa era tan

(33)— " " " " pág.117.
(34)— " " " " pág. 122.
(35)—R. L.: Op. cit., pág. 130.

firme y tan sincera que en sus cartas no se advierte aún cambio alguno. Le llama graciosamente el "Gran Inquisidor", "querido maestro". En una de ellas se despide diciéndole: "Besos y cariños sobre tu calvo cráneo, mi lindo niño". (36). Pero llega 1910, y todo esto se desvanece para no volver. En materia de ideas políticas, en lo que se refiere a su fe revolucionaria, Rosa es inflexible, y al ver que de buena o de mala fe Kautsky se extravía, renuncia a aquella amistad de tantos años que le había brindado un segundo hogar, se aparta de su lado, y le presenta francamente batalla. ¡Cómo no había de renunciar a una amistad, por honda que fuese, aquella que estaba dispuesta a renunciar a su propia vida en cualquier momento, si era necesario para el triunfo de su doctrina!

Así, pues, al comenzar la agitación electoral del año 1910, Rosa da al socialismo una palabra de orden: "¡Por la República!", dice. Entonces la atacaron todos los bonzos de espíritu estrecho, incapaces de comprender un pensamiento que tenía alas para alzarse muy alto, y mirada penetrante para ver muy lejos. El escándalo fué grande: ¡cómo! ¡dar a las masas proletarias semejante objetivo burgués! Ella se explicó, se defendió, dejando marcados con su garra a muchos. Aquel objetivo había de dar a la batalla electoral en Prusia un giro que la conduciría fatalmete a la revolución. Los Hohenzollern eran el ejemplo más acabado del gobierno capitalista con su expansión colonial y su política de dominio. Era preciso buscar para la lucha el campo más propicio de la República. Rosa comprendió como nadie comprendía entonces, que es preciso seguir el juego como sobre un tablero de ajedrez, a base de muchas vueltas pero con un propósito preconcebido. Alguien más grande que ella dijo después "La línea de marcha de la Revolución, no es como la Perspectiva Newsky". Su figura se agrandaba por momentos; todo el socialismo europeo, aun atacándola, la respetaba, porque ejercía esa involuntaria sugestión de la inteligencia cuando llega a cierto grado de poder. Millares de bocas repetían el nombre de Rosa Luxemburgo. A partir de la revolución rusa de 1905, el proletariado y el pueblo en general habían comenzado a llamarla la Rosa Roja. Y ella, a pesar de todo, conservaba inalterable su delicada sencillez, el buen gusto de no darse importancia. Durante sus ratos libres se ocupaba mucho de pintura y de música, por la que sentía una verdadera pasión. Leía a Hafiz, y los versos del persa serenaban dulcemente su alma.

En 1911, como se produjera una de las tantas reyertas entre bolchevikis y mencheviskis en Rusia, reyerta en la que Trotzki jugaba el papel principal, se dirigieron a ella para que la dilucidara, y refiriéndose a este episodio, escribía a Luisa Kautsky: "¡Bah! esperamos que todo esto se arreglará; pero esperándolo, soy yo, inocente cordero, quien es bombardeada a golpes de cartas-express y de despachos. Debo explicar si tal o cual cosa es veradera, y cómo es necesario interpretar tal o cual otra, sin contar que yo misma no sé absolutamente nada". (37) Estas palabras tan sencillas demuestran sin embargo la talla internacional que había llegado a adquirir.

(Continuará)

(36)—R. L.: Op. cit., pág. 177.

(37)—R. L.: Op. cit., pág. 187 y sig.

DOCUMENTOS

PROYECTO DE RESOLUCION SOBRE LA CUESTION DE LA RAZA NEGRA

El progreso de esclavitud de los pueblos negros.

La lucha de 150 millones de explotados negros contra el mundo se desenvuelve con una conciencia creciente. El Congreso reconoce la necesidad de fijar claramente las aspiraciones de las masas negras con vistas a la consolidación de sus fuerzas en la lucha contra el yugo común de la dominación imperialista y que la liga a todos los demás pueblos oprimidos. La esclavitud económica y política de los pueblos negros abarca un período de 300 años pudiéndosele considerar en tres épocas:

1.—El período del capitalismo comercial, que ejerce en el mundo entero un sistema de bandidaje (piratería) y de compra de negros y que marca la aparición de un nuevo mercado: el de la esclavitud.

2.—El período del capitalismo industrial que marca el comienzo de la repartición del Africa y de la explotación capitalista de sus riquezas naturales sobre la base de la explotación de la mano de obra indígena. Este período se caracteriza también por la supresión "legal" del comercio de negros.

3.—El período imperialista y que marca la completa repartición del Africa y el sometimiento absoluto de sus pueblos. La opresión y la explotación negra se refuerza en todos los países del mundo.

La esclavización de los pueblos negros a través de los siglos ha jugado un gran rol en la creación de las riquezas sobre los cuales se asienta la potencia de las civilizaciones capitalistas de Europa y América.

Si bien es cierto que en la América la esclavitud ha sido abolida como institución, el imperialismo continúa sin embargo bajo otras formas la explotación de los pueblos negros.

Luchas revolucionarias de los pueblos negros

A los pueblos negros no les falta tradición revolucionaria. Las luchas heroicas de los indígenes en Africa, las innumerables sublevaciones de esclavos en los países americanos y la victoriosa revolución de esclavos en Haiti, constituyen una larga historia de luchas revolucionarias. Desde la introducción del Africa en el círculo del capitalismo mundial y desde la formación de un proletariado negro en América, aparecen bien precisadas ya dos clases: Un proletariado y una burguesía indígena. Esta diferencia de clases en torno a la opresión nacional y de raza, se ha centuplicado en la era del imperialismo reforzando también la lucha por la emancipación nacional.

El movimiento de liberación ha utilizado las antiguas organizaciones de tribus y bajo la presión del imperialismo usurpador, ha tomado, tanto en las organizaciones nacionales, en las agrupaciones de negros que persiguen la posesión de los medios de producción, como en las masas campesinas y los sindicatos indígenas organizados una base y una orientación clasista. La lucha toma los caracteres más diversos, dependiendo de las formas diferentes de explotación y de las condiciones reales de existencia. Así por ejemplo el imperialismo puede encontrar dóciles instrumentos en los jefes de las tribus indígenas.

A pesar de todas sus diferencias la lucha de los pueblos negros no tiene más que una sola finalidad: la lucha contra el imperialismo. Por esta razón constituye una parte integrante del movimiento revolucionario mundial.

Tendencias contrarias al movimiento emancipador de los negros

1.—El social reformismo encuentra su expresión oficial en la social democracia. La resolución sobre la cuetsión colonial de la II. Internacional adoptada en 1928 en el Congreso de Bruselas acepta todas las mentiras imperialistas ("misión de civilización del imperialismo en las colonias", "teoría de la inferioridad de la raza negra" etc.) por las cuales se intenta legalizar y cubrir todos sus bandidajes en las colonias. Esa resolución de la II. Internacional, incorpora al conjunto de la población negra de Africa en la categoría de los pueblos que no han alcanzado el suficiente desenvolvimiento como para administrarse ellos mismos. Esta teoría no nos sorprende desde el momento que los socialistas belgas han propiciado la organización de cooperativas sobre la base de la explotación de los negros de las colonias.

2.—Los socialistas reformistas se reclutan entre las clases medias e intelectuales de los mismos negros. Esta tendencia que podemos denominar "reformismo negro" muestra una actitud indecisa en la lucha de emancipación de los negros; traicionando en más de una ocasión la acción liberadora. En Africa y particularmente en las colonias inglesas y francesas del Africa occidental, en las Colonias de la Unión Sud africana, estos elementos reinvindican en vez de la plena y completa independencia nacional, débiles poctulados reformistas tales como el régimen autónomo dentro de los marcos del imperialismo inglés o francés, o una gran parte de la administración del país etc. También en los Estados Unidos, la actitud frente a la existencia de la igualdad social y política, amplia y completa para los negros, es extremadamente débil e indecisa. Esta actitud del imperialismo yanqui es sin duda el resultado del miedo al crecimiento y radicalización del movimiento revolucionario de las masas negras o de la corrupción, mediante pequeñas concesiones de orden social y económico, de la lucha reinvindicatoria. En estos últimos años los negros reformistas han colaborado estrechamente con la social democracia. Esto se ha evidenciado por las relaciones entre la "Unión de Trabajadores de la Industria y del comercio" con la Internacional de Amsterdam en el asunto Kadalie y por la colaboración de los jefes reformistas con la burocracia de la Federación Americana del Trabajo; así como también Randolfhe de la "Fraternidad del Servicio de los coches camas de los ferrocarriles de Estados Unidos".

3.—El Garveyismo es un movimiento nacional semejante al sionismo. Su tendencia es la de reunir a todos los negros en una sola nación ocupando el continente negro, planteando esta reivindicación de hecho un prejuicio en el movimiento general de las masas negras. Arranca esta tendencia del sentimiento de comunidad que nace y renace sin cesar entre los negros, provocado por una parte por la opresión general que sufren los negros a través de todo el mundo, y por otra del propósito de las clases negras posesoras de utilizar este sentimiento a beneficio de sus fines económicos en su concurrencia comercial con los imperialismos.

En las luchas por la emancipación de los pueblos negros, la LIGA combatirá enérgicamente todas estas tendencias.

Tareas generales de la Liga

Los imperialistas preparan una nueva guerra imperialista en primer lugar contra la Rusia de los Soviets, la patria de los obreros y de los pueblos oprimidos del mundo entero. Durante la última guerra mundial el imperialismo enroló en sus ejércitos a millones de negros. Ahora forman y ejercitan, ejércitos negros para la próxima guerra y se sirven de esas tropas para reprimir las luchas de los obre-

ros europeos (Francia) y en la conquista de nuevos territorios para la explotación colonial (Marruecos).

La LIGA CONTRA EL IMPEFIALISMO llama la atención de los negros oprimidos de todo el mundo, de la necesidad de anular el proyecto imperialista de utilizarlos en una nueva guerra, pues ésta no hará más que reforzar las cadenas imperialistas que pesan sobre ellos.

La Liga contra el Imperialismo protesta enérgicamente contra la explotación y la represión inhumana que ejercen en todo el mundo contra los negros las fuerzas imperialistas. La Liga declara que todas las teorías sobre la superioridad y la inferioridad de las razas, son mentiras destinadas a engañar a las masas y enmascarar la explotación y opresión imperialista. La Liga dirige a los millones de negros oprimidos del mundo un llamado destinado a combinar sus luchas, con las masas explotadas de los países imperialistas y de realizar una acción común. Por último llama a todas las fuerzas antiimperialistas para que se unan a ella en la realización del programa siguiente, destinado a sostener el movimiento a favor de la evacuación de todas las colonias negras y de la independencia nacional inmediata de las mismas.

a)—Lucha contra toda forma de chauvinismo, contra todo propósito de posponer los problemas económicos, políticos y sociales por las cuestiones de raza.

b)—Lucha contra toda forma de esclavitud cualquiera que sea la máscara con la cual se presente: (trabajo forzado en virtud de contratos, sistema de corveas, pasaporte obligatorio etc).

c)—Lucha contra los social reformistas que en nombre del imperialismo hacen todo lo posible por impedir la combinación de los movimientos de liberación de los negros con los movimientos revolucionarios de los países imperialistas.

d)—Lucha contra el empleo de tropas negras para los fines imperialistas, utilizándolos como carne de cañón en las luchas por el sometimiento de otros pueblos, sea como trabajadores forzados en las obras públicas, sea como "rompe-huelgas" durante las luchas de la clase obrera.

e)—Por la creación de poderosas organizaciones campesinas, capaces de llevar una lucha enérgica contra toda forma de explotación feudal, contra la expropiación y el secuestro de sus tierras y contra toda forma de explotación imperialista.

f)—Lucha por el derecho de organización y de huelga, libertad de palabra y de reunión.

g)—Lucha por la jornada máxima de ocho horas para todos los trabajadores.

h)—Lucha por el salario a trabajo igual, sin diferenciación de razas o de sexos.

i)—Lucha contra toda barrera de carácter racial dentro de los sindicatos obreros. Organización de una Internacional Unitaria Sindical basada en la lucha de clases y que comprenda las masas obreras de todos los países y de todas las razas.

RESOLUCION SOBRE LA CUESTION CHINA

1.—Después de haber escuchado un informe detallado de la lucha antiimperialista en China, en el curso de los últimos años, el Congreso constata la importancia internacional de la histórica revolución china, que surgió en un período de lucha a vida o muerte, después de la masacre imperialista del 30 de mayo de 1925, de una manifestación de obreros y estudiantes. Esa matanza provocó en el pueblo oprimido una indignación sin igual y los acontecimientos que siguieron mostraron que los millones de chinos intervendrían en la lucha por la libera-

ción nacional. Su acción ha socavado los fundamentos de la dominación imperialista. Los trabajadores y paisanos de la China han dado al mundo el ejemplo de una lucha plena de devoción y de heroísmo que encontró en la India y en la Indonesia un poderoso eco entre los pueblos oprimidos que luchan por su liberación. Inspirándose en el ejemplo chino han temblado de entusiasmo por la lucha revolucionaria contra las violencias y la situación de esclavitud a que los tiene sometido el imperialismo. La efervescencia general en todo el Asia, la incomparable extensión del frente de lucha antiimperialista y el hecho de que masas enormes intervengan en el mismo, es el resultado durable e indiscutible de las insurrecciones de la China.

2.—Estos acontecimientos arrancaron al imperialismo la máscara engañosa que lo hacía aparecer como campeón de la civilización. Se puso al descubierto su verdadera acción de verdugo y de mercader de esclavos en los pueblos oprimidos que luchaban por su independencia. El imperialismo mundial después de formar el frente único contra la revolución china juega el papel de organizador e inspirador de la reacción china utilizando todos sus medios para quebrar el impulso de la revolución: así corrompe e incita a los generales chinos que detentan el poder, a lanzarse unos contra otros; influencia los elementos burgueses con ilusorias promesas que los transforman en dóciles instrumentos de su política; organiza los bloques económicos y financieros en los principales centros revolucionarios; intervienen en la China con tropas de desembarco protegidas por una escuadra poderosa; presta principal ayuda a los reaccionarios y ejerce con los militantes revolucionarios la más feroz brutalidad. De esta manera el capitalismo internacional ha conseguido mantener por algún tiempo su posición dominante en China, después de haber abatido temporalmente a la revolución y obligado a las fuerzas revolucionarias a retroceder y trabajar en la ilegalidad.

3.—Gracias a la traición de la burguesía nacional china el imperialismo ha conseguido este triunfo momentáneo. Esa traición encuentra su expresión en el paso del Kuomintang a la contrarrevolución y en el hecho de que el Kuomintang se ha colocado a la cabeza de la reacción china transformándose en un instrumento seguro del imperialismo y el verdugo que masacra las masas de obreros y campesinos. La burguesía china es un aliado definitivo del imperialismo, y mientras se proclama el pilar seguro de la independencia china, ahoga en sangre el verdadero movimiento antiimperialista revolucionario. Las maniobras del Gobierno de Nanking a objeto de obtener algunas concesiones de parte de los imperialistas (régimen de la aduana y de la jurisdicción, revisión de tratados etc.) sin lesionar para nada los verdaderos intereses imperialistas demuestra claramente su servilismo al capitalismo internacional.

4.—A pesar de esa derrota revolucionaria un nuevo impulso de las masas chinas es inevitable. Ninguna de las contradicciones que provocaron la revolución, ha sido solucionada; al contrario se han transformado en más grandes y profundas. La China es ahora como antes el teatro de las luchas entre las diferentes potencias imperialistas por la conquista de las esferas de influencia. Las luchas internas entre los diversos jefes del Kuomintang que acentúan las crisis económicas y políticas del país, acrecentando la miseria y acelerando el exterminio de las masas laboriosas, no han cesado y al contrario tienden a agudizarse. Los recientes conflictos armados entre los distintos grupos militaristas, pueden considerarse como los preparativos de una guerra imperialista sobre las costas del Pacífico. Además constituyen una etapa en la agravación de los antagonismos imperialistas entre Inglaterra y Estados Unidos. La influen-

cia creciente de Estados Unidos, aumenta inevitablemente la dependencia económica y política de la China del capitalismo yanqui, que se esfuerza por enmascarar sus intenciones agresivas y su lucha por el sometimiento completo de la China, bajo las gestiones por la unificación burguesa del país. El problema de la repartición de la China está nuevamente a la orden del día entre las potencias imperialistas. En lugar de conquistar la unidad nacional, nuevas guerras de conquista y pillaje y un nuevo desmembramiento de esferas de influencias es lo inminente en la China. En lugar de la estabilización política y económica anunciada por el Kuomintang y la burguesía china, y que los gobernantes de Nanking han utilizado como espejismo ante los ojos de las masas, nuevas crisis a cual más graves vienen a ahondar las luchas internas preparando así una nueva explosión revolucionria. El terror blanco en manos de la burguesía china, se agudiza; en tanto la brutalidad y las represalias más inhumanas contra toda actitud del proletariado aumentan, crecen también las posibilidades del surgimiento de poderosos movimientos revolucionarios.

5.—La nueva eclosión revolucionaria se manifiesta ya en el renacimiento de las huelgas del proletariado, en las revueltas paisanas y en el acrecentamiento del movimiento intiimperialista en las ciudades. La clase obrera cuya parte más avanzada está en el Partido Comunista, es la vanguardia reconocida en la lucha nacional revolucionaria. A pesar del terror blanco, esa vanguardia prepara una nueva lucha, intensa y heroica contra el imperialismo y el Kuomintang contrarrevolucionario. El ala izquierda del Kuomintang (Wanchin, Wei Tschen Kun Po) como también el tercer partido (Teng Yenda, Tan Phin Shan), no hacen más que asegurar un punto de apoyo de izquierda a las fracciones reaccionarias actualmente en el poder. En tanto que formalmente aparecen condenando al imperialismo y al militarismo, prácticamente han apoyado la supresión sanguinaria del movimiento revolucionario de obreros y campesinos, han ordenado las persecuciones contra el Partido Comunista y aprobado las masacres de los camaradas de Cantón y de fieles luchadores de la independencia nacional.

Después de haber hecho del gobierno de Nanking un instrumento dócil a su política, los imperialistas se sirven del mismo para la preparación de una guerra contra la Unión Soviética. La toma del ferrocarril Manchuriano por el gobierno de Nanking es una evidente provocación a la guerra. Pone al descubierto también, las ocultas maniobras del imperialismo por ocupar las posiciones estratégicas a los fines de una guerra contra Rusia.

6.—En presencia de esta situación concreta de la China la Liga proclama el siguiente programa.

1)—Movilización de todos los elementos demócratas revolucionarios de China, de los campesinos y poblaciones ciudadanas pobres alrededor de las organizaciones de clase del proletariado a los fines de una lucha de conjunto contra el imperialismo, el militarismo, la reacción en el seno del Kuomintang y por la verdadera unidad e indepeudencia de la China.

2)—Unión de las masas laboriosas de todos los países con vistas a sostener real y eficazmente la lucha revolucionaria antiimperialista de China.

3)—Lucha enérgica contra el terror blanco, la obra de supresión de la burguesía contra las organizaciones revolucionarias de los obreros y campesinos chinos.

4)—Denuncia del verdadero papel de las agrupacines de "izquierda" de las clases dirigentes.

5)—Denuncia del papel hipócrita y traidor de la II. Internacional y de la Internacional de Amsterdam que ayudan al imperialismo a estrangular la revolución china.

6)—Lucha contra los preparativos de guerra de las potencias imperialistas en el territorio chino, lucha con-

tra el aumento de presupuesto de los armamentos y contra los empréstitos que intente acordar el imperialismo a los gobernantes de Nanking y de toda otra intriga militar y contrarrevolucionaria.

7)—Movilización de las masas para apoyar a la Unión Soviética y lucha contra la burguesía y los militaristas de la China que sirven al imperialismo en el propósito de organizar la guerra contra la Unión Soviética.

La Liga contra el Imperialismo

MANIFIESTOS

CONTRA EL TERROR, LA REACCION Y LA TRAICION EN MEXICO

Manifiesto de la Liga contra el imperialismo a las organizaciones obreras, campesinas y antiimperialistas de todo el mundo.

Cuando en 1927 las organizaciones antiimperialistas del mundo entero runieron en Bruselas su congreso, el gobierno de Calles no tuvo inconveniente en simpatizar con nuestro movimiento, pues él tenía también por entonces entablada una lucha contra la reacción religiosa y el imperialismo yanqui que amenazaba invadir el país. El gobierno mexicano contaba con la solidaridad de las fuerzas anti-imperiatas de todos los países.

México fué considerado en aquella época, por todos los pueblos de la América, como la vanguardia en la lucha entablada contra el imperialismo. Los lideres obreros y antiimperialistas de todo el continente, encontraron allí un asilo seguro. Es en Mexico donde se organiza el más potente movimiento revolucionario antiimperialista integrado por campesinos, obreros, intelectuales, a cuya cabeza marchaba Julio Antonio Mella.

La formidable presión del capitalismo norteamericano, que lentamente había acaparado todas las riquezas naturales del país, el petróleo, las minas y numerosas empresas industriales, colocaba a los jefes de la pequeña burguesía ante el dilema de solidarizarse decididamente con las masas, o venderse con los grandes propietarios y la iglesia a los imperialistas, dirigiendo su acción contra el movimiento revolucionario.

La pequeña burguesía mexicana, llena de miedo, prefiere tomar el mismo camino que China y el que ya ha iniciado la de la India, traicionando la lucha por la independencia, para salvaguardar sus interses de clase.

La pequeña burguesía mexicana, de la cual son jefes representativos Calles, Portes Gil y Ortíz Rubio, enriquecidos personalmente con la revolución, utilizaron antes el movimiento antiimperialista como forma de presion y con objeto de obtener las condiciones más favorables de Wall Street. La insurrección sostenida por la Iglesia y los círculos imperialistas, estalla entonces contra Portes Gil. Trataba con esto, la finanza norteamericana, de obligar a la pequeña burguesía mexicana a una rápida capitulación.

La insurrección fué vencida con la ayuda de los obreros y campesinos. Los batallones formados por la "Liga Nacional Campesina" organismo afiliado a la organización antiimperialista de México, fueron los primeros que entraron en Veracruz y batieron a los insurrectos.

La acción independiente de obreros y campesinos, que no querían devolver las armas, atemoriza a la pequeña burguesía hasta el extremo de colocarla rápidmente en contrarrevolucionaria abierta. Guadalupe Rodríguez, uno de los lideres de la "Liga Campesina" fué fusilado por orden del general Calles. Esta infame acción fué precedida por el asesinato en México de Julio Antonio Mella, víctima de los agentes mer-

cenarios del tirano inquisitorial de Cuba, Machado. La presión de las masas obreras indignadas obligaron al gobierno de Portes Gil a iniciar una encuesta, pero más tarde fué puesto en libertad el agente señalado como asesino.

A partir de este momento, se sucedieron los golpes contra las organizaciones revolucionarias: era necesario cumplir la promesa hecha a Wall Street de destrozar el movimiento antiimperialista en México, que continuaba infatigable la lucha contra la invasión imperialista y la traición de la burguesía nacional.

Entre los primeros militantes detenidos se encuentra Sandalio Junco, secretario provisional del Comité Continental de la Liga Antiimperialista de las Américas, secretario también de la Confederación Sindical Latino Americana por la región del Caribe, detenido como extranjero indeseable y que debía de ser entregado a Cuba donde le esperaba seguramente la muerte, pues ya había sido condenado. También fueron detenidos varios estudiantes cubanos que figuraban como elementos activos en la Liga Antiimperialista; su suerte no es conocida.

Mientras tanto, Calles y Ortíz Rubio se dirigieron a los Estados Unidos, para conferenciar con Hoover y la finanza de Wall Street.

Las persecuciones sistemáticas comenzaron; se trataba de destrozar a los elementos más intrépidos y consecuentes en la lucha antiimperialista, los comunistas. Treinta de entre ellos, entre los que se encontraba el comité central del partido y el de las juventudes comunistas de México, lideres de la organización sindical de Cuba y de la Liga Antiimperialista, fueron encarcelados después de una acción dirigida personalmente por el jefe de la policía de la ciudad de México, Valente Quintana y el General Eulogio Ortíz, comandante en jefe de la guarnición. Hicieron registros domiciliarios en masa. El órgano del partido comunista, EL MACHETE, que había abierto una campaña titánica contra el naciente fascismo mexicano que tomaba proporciones gigantescas fué suprimido como toda la prensa sindical, su imprenta asaltada y las máquinas destrozadas.

Como contraste, un grupo de partidarios de Vasconcelos, que había organizado abiertamente una insurrección armada, fué dejado en libertad.

Las organizaciones revolucionarias de México, el partido comunista, la Federación Sindical Unitaria y el Bloque Obrero y Campesino, han conquistado la confianza de las masas por la lucha infatigable contra las nuevas leyes fascistas del trabajo dirigidas contra los movimientos huelguisticos y la autonomía de los sindicatos; contra la reforma agraria que tiende a destruir las conquistas campesinas, contra la reacción en general y el terror que ya se ha manifestado en forma bien característica en todo México.

En los Estados Unidos, miles de obreros de Detroit y Chicago, han manifestado en protesta durante el viaje de Ortíz Rubio. En el mismo sentido se han desarrollado grandes manifestaciones ante las embajadas de Washington, Los Angeles y Nueva York.

Ante la presión de las masas, Rubio se ha visto obligado a cambiar su plan de extradición de Sandalio Junco y tres camaradas al tirano Machado y los ha embarcado con dirección a Hamburgo.

Es esta la primera victoria de nuestra lucha contra la reacción, pero quedan aún muchos más camaradas que viven amenazados de ser entregados al verdugo Machado. Y también innumerables obreros están en peligro de ser deportados a las islas Marias, el infierno mexicano donde los revolucionarios son aniquilados.

Pedimos a los imperialistas del mundo entero que organicen manifestaciones de protesta contra la dictadura fascista en México y pidan la libertad inmediata de los camaradas presos, el levantamiento de la clausura

de la prensa revolucionaria y de las organizaciones de algunos estados de México.

¡Ingresad en masa en las filas de la liga antiimperialista y denunciad por todas partes de la dictadura en México, nueva aliada de ese imperialismo norteamericano que es el origen de estas sangrientas dictaduras en América Latina, y cuya soldadesca no solamente destroza las fuerzas heroicas de Nicaragua, sino que en estos momentos ametralla a los habitantes en lucha por su libertad y emancipación!

Las secciones de la América Latina y de los Estados Unidos deben emprender una campaña abierta, infatigable, para desenmascarar ese pseudo-revolucionarismo del gobierno mexicano.

¡Trabajadores, campesinos e intelectuales revolucionarios! El signo característico de la época, es la traición de la causa de la independencia por la burguesía nacional y el paso dado por esta al campo de la contrarrevolución, que espera, con este nuevo aliado, destrozar el gran movimiento de masas en constante crecimiento!

¡Luchad con nosotros!

¡Contra el fascismo mexicano!

¡Contra el imperialismo!

¡Por el desenvolvimiento de todas las secciones de nuestra organización! ¡Por la gran organización y solidaridad antiimperialista internacional!

SOCORRO ROJO INTERNACIONAL
SECRETARIADO DEL CARIBE
SECCION MEXICANA

Apartado 2317 México, D. F.

A los intelectuales antiimperialistas

El Secretariado del Caribe del Socorro Rojo Internacional se dirige, por este medio, a todos los intelectuales antiimperialistas o simpatizantes del movimiento revolucionario, para que le presten su concurso en la obra de defensa moral, legal y económica de las víctimas de la reacción y del imperialismo.

El Socorro Rojo Internacional, ya organizado en todos estos países de la América Latina, está presente en todo acontecimiento en que el imperialismo o sus servidores nacionales toman parte para reprimir las actividades de liberación nacional o tendientes a la emancipación de los obreros y campesinos.

En este sector de la América, donde a diario el imperialismo yanqui utiliza a sus fuerzas navales para aplastar los movimientos de liberación nacional (Nicaragua, Haití) en que interviene con su fuerza militar para aplastar los movimientos huelguísticos (Panamá), o en que utiliza los ejércitos nacionales para masacrar a los actores de las grandes luchas antiimperialistas (Colombia); en estas pequeñas repúblicas, donde las tiranías más brutales llevan a cabo cotidianos crímenes, atropellos, encarcelamientos (México, Cuba, El Salvador, Guatemala, Ecuador, etc.), se hace necesario el concurso de todos los elementos honrados para la obra de defensa y de socorro de tan innumerables víctimas, caídas a consecuencia de esos desmanes de los servidores del imperialismo.

No sólo los obreros y campesinos deben participar en nuestra organización para formar un frente único, a la vez de lucha contra la reacción y de defensa de sus víctimas, sino que también deben participar en él los abogados, los estudiantes, los periodistas, los maestros y demás intelectuales honrados que quieran contribuir en esa obra.

Sobre todo los abogados y estudiantes de derecho son un auxiliar valiosísimo de nuestra acción, porque nos pueden prestar enormes servicios en la defensa legal de los presos, de los procesados y en general de los perseguidos en el desenmascaramiento de la justicia al servicio de la burguesía y del imperialismo.

En esta obra, en la que partici-

pan intelectuales de fama universal como Henri Barbusse, Romain Rolland, Upton Sinclair, A. Einstein , y otras grandes mentalidades del viejo y nuevo mundo, es imposible que dejen de formar parte la juventud estudiantil y los intelectuales latinoamericanos, que tan de cerca sufren los horrores de la explotación imperialista y de los gobiernos despóticos a su servicio.

Los intelectuales, que tanto aporte han dado a los movimientos antiimperialistas y revolucionarios de estos países, deben militar también en el Socorro Rojo Internacional, la organización que lucha contra la reacción y el imperialismo, y que socorre a sus víctimas, cuyas puertas las tiene abiertas para darles cabida.

En la hora actual, que es de lucha y de acción revolucionaria, no pueden quedar al márgen de nuestra organización los trabajadores intelectuales, cuyos servicios y cuyo aporte son tan necesarios para nuestra acción, a la vez de lucha y de socorro.

Viva el Socorro Rojo Internacional, frente único de obreros, campesinos e intelectuales, en la lucha contra la reacción y el imperialismo y por la defensa de sus víctimas!

Por el Secretariado del Caribe,
Hernán Laborde. — Jorge A. Vivó

P R O C E S O S

LA CONTRARREVOLUCION MEXICANA

Para "Amauta"

Pocos días antes de ser expulsada por el gobierno "revolucionario" de México recibí la interesante colección de "Amauta", más el valioso folleto de Ricardo Martínez de la Torre, que estoy leyendo al presente.

No saben como les agradezco la gentil idea de mandarme todo este material interesante que, sobre todo ahora que me voy a Europa, me será de enorme utilidad.

Supongo ya estarán enterados de todas las expulsiones de revolucionarios extranjeros que se han efectuado sin interrupción en estos últimos meses, en México; cuyo gobierno contrarrevolucionario ha perdido hasta el último vestigio de pudor en su sometimiento total a Wall Street.

Desde luego hay que reconocer que las autoridades mexicanas gozan de un dón de immaginación que haría la fortuna de un escritor de cuentos policiácos; me refiero a todos los complots, planes terroristas, etc. etc. que han inventado para beneficio de los lectores de prensa burguesa, los cuales por cinco o diez centavos, y junto con el café matutino engullen toda clase de disparates y aprenden a confundir a los comunistas con los terroristas y a los antiimperialistas con los fabricantes de bombas destinadas a matar presidentes de la América Latina... Por último tuvimos el atentado contra Ortíz Rubio, (esto si de veras).

Mejor oportunidad no podía presentarse para acabar, de una vez por todas, con los comunistas extranjeros que aún quedaban en suelo mexicano. A esto precisamente se debió mi expulsión y el encarcelamiento de muchisimos comunistas mexicanos que en estos días estan llenando las cárceles de México.

La acusación de haber yo tomado parte en el atentado contra Ortíz Rubio era demasiado absurda y grotesca y en cualquier otro momento hubiera causado una sonrisa incrédula hasta a los más ingénuos. Pero se aprovechó astutamente de ese estado psicológico sentimental-histérico que siempre invade la opinión pública durante una conmoción de índole y proporción nacional.

Esto hizo posible a "El Universal" (diario de la capital en su edición de febrero 23) de publicar, entre otras, las siguientes líneas: "En la casa de Tina Modotti fueron encontrados documentos y planos, de los cuales se desprendía que dicha mujer trataba de cometer un atentado semejante al de

Daniel Flores en la persona del señor Presidente de la República, ing. Pascual Ortíz Rubio; solamente que parece que no pudo adelantarse al citado agresor en la consumación del delito". (Sic!).

Y ahora me encuento en camino de Europa entregada, por el gobierno mexicano, a un barco en el cual los pasajeros son accidentales ya que más bien se dedica a llevar carga y que por lo tanto emplea un mes y medio para llegar a Europa, haciendo escala en los siguients puertos, como lo prueba el presente viaje: Veracruz — Tampico — New Orleans — Habana — Vigo — Coruña — Boulogne Sur Mer-Rotterdam.

Tengo que añadir que en cada puerto soy estrictamente vigilada por los respectivos agentes de Migración, y en el caso de este puertc norteamericano he sido traída al departamento de Migración, donde me encuentro relegada por ocho días, o sea hasta que el barco termine de cargar y descargar su mercancía.

Esto, después de haber sido detenida 13 días en la Inspección de Policía y en la Penitenciaría del Distrito Federal de Méxco y de haberme concedido después dos días para preparar mis cosas.

Admitirán conmigo que después de haber vivido siete años en la república mexicana, y de haber, por medio de mi trabajo fotográfico, expresado mi interés y simpatía para aquel pueblo, se me hubiera por lo menos po dido otorgar unos cuantos días más en el país a fin de liquidar satisfactoriamente mis asuntos personales, que en cambio sufrieron serios perjuicios.

Pero esto último es de importancia secundaria; lo grave, lo triste, lo vergonzoso es más bien la capitulación de los políticos mexicanos al imperialismo yanqui de lo cual es una prueba clara la tremenda persecución contra el Partido Comunista de México, y los encarcelamientos y asesinatos de sus más valiosos miembros y la expulsión en masa de todos los emigrados políticos extranjeros que se habían refugiado ahí, llevados por la ilusión de un revolucionarismo del cual solo existe hoy en día la leyenda!

Quedo de ustedes con saludos antiimperialistas y fraternales.

Tina Modotti.
New Orleans, Marzo 6

MEMORANDUM

SOBRE UN TOPICO SUPERADO

Trascribimos la carta dirigida por el Sr. Luis Heysen, quien la firma con el título de Secretario General de la sedicente sección del Apra en París, carta que no publicamos en nuestro número anterior por falta de espacio.

Nada podríamos agregar a lo que expusiéramos anteriormente: la vanguardia del proletariado y los trabajadores conscientes, fieles a su acción dentro del terreno de la lucha de clases, repudian toda tendencia que signifique fusión con las fuerzas u organismos políticos de las otras clases. Condenamos como oportunista toda política que plantee la renuncia momentánea del proletariado a su independencia de programa y acción, la que en todo momento debe mantener íntegramente. Por ésto repudiamos la tendencia del Apra. El Apra, objetivamente, no existe. Ha sido un plan, un proyecto, algunas tentativas individuales, pero jamás se ha condensado en una doctrina, ni en una organización, ni menos aún en un partido. Existe sí como tendencia confusionista y demagógica, frente a la cual es preciso esclarecer la posición proletaria.

Al publicar el confuso documento que sigue, damos por terminada toda inserción de nuevas notas emanadas de estudiantes y jóvenes apristas.— "Amauta" no es empresaria de propaganda de ninguna vedette prosopopéyica.

París, Noviembre 7 de 1929.

Señor Don José Carlos Mariátegui, Director de la Revista "AMAUTA". Lima América Latina.

Estimado Mariátegui:

"Amauta" ha acogido en su número 25 —julio-agosto— una nota inexacta suscrita en París con respecto a la organización, fundamentos doctrinarios y desenvolvimiento de las actividades del APRA en América Latina, y, particularmente, en cuanto se refiere a la existencia de la Sección de París y su Centro de Estudios Anti-Imperialistas.

Creyendo que aquello podría originar una interpretación torcida de la realidad me apresuro a desmentirla sin entrar a discutir sus argumentos. En el interés mismo de la labor que "Amauta" cumple está la exactitud de sus informaciones. No muy buena será la impresión de los lectores de "Amauta" en el Perú cuando puedan enterarse de la lamentable ligereza en los procedimientos. Ni muy halagadora la de los latinoamericanos trabajadores manuales e intelectuales que intuyen su razón de ser y no ignoran la verdad. Acepto la pasión en la polémica y en la defensa de ideas cualesquiera que ellas sean; pero la pasión que ilumina y da fuerza, no la que calumnia y desconoce.

El Apra es un partido de frente único, nacional-latinoamericano, antiimperialista, autónomo, que propugna la realización de una etapa histórica en nuestra América.

Nuestra América —no la de Bunge sino la de Ingenieros— nos presenta, en su gran mayoría, una serie de pequeñas repúblicas aun en la etapa semi-feudal, cuyos problemas agrava la penetración del capital financiero. Siervos, proletariado y clases medias forman un cuadro desolador, frente a los señores de la tierra adueñados del poder político para proteger sus intereses y aquellos de sus aliados los reyes de la industria imperialista. La guerra por la conquista de los mercados para los capitales encuentra en América Latina uno de sus campos más propicios y la define como una realidad **semi-colonial.** Triunfante Estados Unidos de Norteamérica sobre Inglaterra en la mayor parte de los veintiún países que constituyen la familia latino o indoamericana; la venta de la riqueza ha avanzado paralela a la venta de la soberanía política, que las luchas denominadas de la independencia contra España y Portugal ganaran. América Latina así en conjunto como realidad semi-colonial se encuentra ante los Estados Unidos de Norteamérica como realidad imperialista, sin una soberanía política y bajo las directivas que la diplomacia del dóllar le otorga.

El Apra que aspira a ser el gran frente de trabajadores manuales e intelectuales en lucha contra el imperialismo capitalista que compra y los terratenientes feudales que venden, reivindica para sí la guerra por nuestra segunda jornada emancipadora, realmente independizadora para nuestros pueblos por cuanto ella se hace sobre la base del planteamiento económico de ambas realidades a fin de imponer una solución nueva, oportuna, adecuada de nuestros problemas económico-político-sociales, que sea capaz de crear lo que el doctor Alfredo L. Palacios afirmaba en su adhesión con tanta propiedad: "La nueva cultura socialista en América Latina".

Como organización existente desde 1924 se afirma y se extiende con tal seguridad y estrategia, que, realmente, puede afirmarse que ha pasado ya, en algunos países, de ser un germen, una idea laudable agitada por hombres bien inspirados, para definirse como una efectiva e innegable realidad. Las luchas de los apristas costarricenses, las de las Antillas, así lo corroboran.

No seamos exigentes y hasta iras-

cibles con el APRA. El fracaso objetivo de muchos organismos políticos con teorías importadas; constituídos sobre la base de minorías espúreas sin ningún arraigo y sin ninguna visión realista de nuestros problemas, privadas de un conocimiento exacto de la realidad americana, no es una inventiva gratuita. Es un hecho concreto y acusador. No sub-estimemos el juicio sobre aquél, para sobre-estimar el que sobre éste se tenga o exponga. Seamos equitativos. Aprendamos a usar de la ponderación y del buen sentido para opinar sobre lo propio y sobre lo extraño, sobre lo que gana nuestra concordancia y sobre lo que nos conduce a la oposición. El Apra ha extendido su radio de acción de Sud-América a Centro América y las Antillas, y ha consolidado su ideología. Quiénes sostienen lo contrario o no siguen — por pre-concepto — su desenvolvimiento y avance y son fácilmente sorprendidos por la propaganda de derecha o de izquierda en presentar un Apra que la afiebrada imaginación descubre, o lo siguen ininterrumpidamente y obran por partidismo o por consigna.

El Apra ha incorporado el movimiento anti-imperialista en América Latina a la política, orientándolo hacia la solución más realista, y menos utópica; defendiéndolo de los peligros que la falta de autonomía crea y dándole una ideología sana, revolucionaria, concorde con el momento histórico latino-americano, de la cual el insignificante y vasallo anti-imperialismo precedente no podrá reclamarse.

De un movimiento de cenáculo restringido por las limitaciones explicables de los partidos políticos de izquierda que lo auspiciaban, subordinando a seguir el curso de otras realidades, sin una teoría y una táctica propias, y sin una idea cabal sobre su significación histórica —dado el carácter semi-colonial de América Latina— el Apra ha hecho y aun lucha por mejores definiciones, un movimiento nacional-latinoamericano cuya ideología es propia, es realista y es la histórica para la primera etapa de nuestra independencia.

De la tesis de los cuatro sectores en que el Apra dividiera la realidad latinoamericana (Congreso Anti-Imperialista de Bruselas 1927) para explicar y definir las etapas de la penetración financiera y de la política imperialista yanqui; avanza a la que especifica el rol de las clases medias en el movimiento anti-imperialista continental, y de ésta a su tesis sobre él "Estado Anti-Imperialista" y la "Revolución Anti-Imperialista" en nuestra América. ("El Anti-Imperialismo y el APRA", Haya de la Torre. México, 1928).

El Apra no es un partido de intelectuales simplemente. El Apra no solo es partido de trabajadores manuales. El Apra es el partido de los trabajadores manuales e intelectuales aliados a las clases medias.

El Apra no es un partido de "élite", ni pretende devenir un partido ortodoxo y cerrado al pueblo. El Apra pretende ser el partido anti-imperialista de la gran nación oprimida; del pueblo latinoamericano, bajo el yugo del imperialismo capitalista.

Por eso conserva su autonomía y por eso sus actividades siempre han encontrado en la oposición a los que defienden el vasallaje y en el partido, íntimamente solidarias, a las masas cuyos intereses defienden sin ambigüedades y sin limitaciones comunes.

Un corolario es el resultado de sus más trascendentes campañas.

El viaje de Haya de la Torre por México y Centro América que Manuel Ugarte en carta de abril 24 me calificara con fervor lealísimo de "valiente y memorable campaña a la cabeza del APRA, cuya actividad levanta cada vez mayores simpatías", ganó simpatía de miles de ciudadanos que hoy forman en sus cuadros. Los nombres de Froylán Turcios en Honduras, de Alberto Masferrer en El Salvador, de

Joaquín García Monje en Costa Rica sobresalen al lado de miles de obreros, campesinos, maestros de escuela, universitarios, estudiantes, pequeños propietarios de la ciudad y del campo y artesanos. La violenta expulsión de Haya de Guatemala, El Salvador y Panamá hasta Alemania puede ser un indicio y una mejor definición.

La gira de la primera aprista del continente nuestra admirable Magda Portal por Cuba, República Dominicana, Puerto Rico, Colombia y Costa Rica incorpora también al Apra a los más valiosos núcleos de trabajadores manuales e intelectuales de esos países.

Mientras ellos atacan el Apra se extiende y trabaja en la realidad de nuestra América con heroismo, con eficacia y sin prédicas divisionistas, afirmando su unionismo anti-imperialista en los ejércitos apristas de la segunda jornada emancipadora.

Su vida interna no sufre en lo absoluto las vicisitudes de otros partidos, donde la ideología y la disciplina no es compartida por la unanimidad. Dentro del APRA el acuerdo de los militantes es perfecto y la disciplina aceptada con alegría y responsabilidad.

Nunca ha sido mejor el cuadro del Apra que, precisamente, después de lo que "Amauta" califica de "Curso Nuevo". No sólo en sus Secciones en Argentina o México v., g., sino también en la Sección de París y su Centro de Estudios Anti-Imperialistas.

La nombrada "disolución del Apra en París y del Centro de Estudios Anti-Imperialistas"; expresada no como derivación de un simple pase de bandola aprovechado por seis miembros (sobre veinticinco, excluídos los simpatizantes) para dar por terminada con su colaboración y fe aprista invitando "**a los camaradas conscientes del Apra, a afiliarse a las Ligas Anti-Imperialistas, o a los Partidos Revolucionarios Proletarios, incorporándose así al movimiento anti-imperialista mundial**", sino más bien, intencionadamente, como un signo de la descomposición del APRA; no ha afectado en sus más nimios aspectos la marcha de la referida sección. Por el contrario el fin de este desacuerdo terminado con la incorporación de los referidos ex-apristas al "Partido Socialista Revolucionario Peruano" —propiciador de un simple "Block Obrero y Campesino" como solución a las crisis del Perú— no puede ser un signo de descomposición cuando la organización interna y el desenvolvimiento de las actividades se han superado. Es más bien, una confirmación de aquel pensamiento que el respetable Lassalle escribía al genial autor de "Das Kapital" en una vibrante carta: "La depuración du parti le ranforce".—(1).

Que en cuanto a usted mi estimado Mariátegui y a su interesante "Amauta", lealmente quisiera que no llegara alguna vez a meditar con amarguraa en el célebre dístico de Ovidio: "donec eris felix... "En la fortuna muchos amigos. En la desgracia muy pocos".

Con un saludo cordial su afmo.

Luis E. Heysen.

Comité Central de la Sección del Apra en París

Secretaría General: Luis E. Heysen; Departamento de Propaganda Sector del Caribe: Luis E. Enriquez (secretaría) Gerardo Loayza, Julio César Zambrano; Departameto de Propaganda Sector del Pacífico: Alfredo Gonzalez Willis (secretaría) Wilfredo Rozas, Horacio Guevara, Gregorio Castro, José Z. Ochoa; Departamento de Propaganda sectores del Plata y del Brasil: Rafael Gonzáles Willis secretaria) Nicanor Castro, Gonzalo Gamarra, Neptalí García; Departamento de Disciplina: W. Rozas, N. Castro; Departamento de Economía: L. E. Enriquez; Rafael Gonzalez W. — Director del Centro de Estudios Anti-Imperialistas: L. E. Heysen; Bibliotecarios: A. Gonzalez W., J. Z. Ochoa y G. Castro.

(1).—Una exposición del Comité Central de la Sección del Apra en París y de su Centro de Estudios Anti-Imperialistas marcaría los primeros progresos, ya que los segundos pueden recogerse por ejemplo en "París centre et Sud-Amerique", en "Repertorio Americano", en "La Tribuna" de San José, septiembre 29, en "Claridad" de Buenos Aires, en "Renovación", en la Revista de Filosofía, en "La correspondencia de Puerto Rico" 10 de octubre, en "Folha Académica", etc., etc.

D I S C O S

NOVEDADES ORTOFONICAS

La Novena Sinfonía. — Ed. Columbia, Sello Azul.

Hé aquí un magnífico record, que es preciso recomendar calurosamente al aficionado a la buena música Conducida por Félix Weingartner—ese gran director de orquetsa—la "London Symphony Orchesta" ejecuta la obra en forma brillante. La grabación es muy nítida: "Columbia" tiene la especialiadad de los discos sin roce de aguja. Los cantores—solistas y coristas—cantan con limpidez y sentimiento. Al formar una discoteca hay que incluir ese record, por él que podremos conocer—ya que estamos lejos de los grandes centros de cultura musical—una de las más hermosas y nobles obras de la música. Es la obra en la que está todo el "gran corazón heroico" de Beethoven como diría Romain Rolland y hoy—que nos deleitamos con Debussy y nos asombramos con Strawinsky—la "Oda a la alegría" —que compusiera hace un siglo un pobre compositor sordo de Bonn—perdura por encima de todos los nombres. Así como Shakespeare, como Cervantes, como Dante y como Moliére.

El Amor Brujo. — Manuel de Falla—Tejida con ritmos de España, melancólicos y apasionados, la Suite de ese artista admirable que es Manuel de Falla, tiene un hondo sabor folklórico. Es todo una evocación de España ese "Amor Brujo". Pedro Morales y su orquesta nos dan una muy buena interpretaciión de la obra. Los instrumentos suenan sonoros y límpidos; la edición está firmada 'Columbia".

Sonato para Piano y Violín de Fauré (Ed. Vítor, Sello Rojo).

Dos insignes artistas: Jacques Thibaud, violinista, y Alfred Cartot, pianista, interprétan esta maravillosa sonata de Fauré. Yo la encuentro tan bella como la de César Franck: tierna, cariñosa, misteriosa, melancólica, poética. Tiene interrogaciones que dejan el alma en suspenso; frases que son un puro deleite. Todo de la más rica calidad musical. Solamente podían interpretar esta página de misterio y de ternura dos artistas como Thibaud y Cartot.

M. W.

MOVIMIENTO SINDICAL

LA FIESTA DE LA PLANTA EN VITARTE

Como en años anteriores, el proletariado industrial de la región se congregó el 23 de febrero último en la reunión anual que viene realizando en Vitarte, registrándose, esta vez, además de un grado mayor de orientación y conciencia de clase, el ingreso a las filas del trabajador organizado de nuevas fuerzas, con el proletariado minero a la cabeza.

Todas las delegaciones portadoras de la palabra de sus sindicatos, reafirmaron la voluntad del trabajador en estos momentos. La auto-crítica más rigurosa fué el rasgo saltante como reflejo de la necesidad imperiosa del proletariado nacional de conocer toda la gravedad de sus problemas para encarar su solución a que la crisis actual del capitalismo lo conmina. El

franco rechazo que mereció el confusionismo ácrata o reformista traduce, así mismo, la situación del proletariado peruano que despojándose de su tradición pequeño-productora — del corporativismo artesanal y mercenario o de la simple protesta del paria—entra a su mayor edad, a su etapa de clase productora no poseyente, engendrada por la gran industria y apta no solo a regatear su explotación sino a abolirla y superarla.

El carácter dado a la parte deportiva de la Fiesta de la Planta, ha marcado, además, el comienzo del deporte obrero. Mientras las capas pauperizadas e inconscientes a quienes seduce el poderío de las otras clases, y cuyo servicio se ponen hasta con los clubs deportivos, el proletariado organizado, con las espartaquiadas proletarias, discute a la burguesía incluso que se entronice en las masas a título de honoraria o a cambio de su beneficencia.

JOSE CARLOS MARIATEGUI, GRAVE

El Director de "AMAUTA" se encuentra seriamente comprometido por una crisis aguda de la enfermedad de que venía padeciendo. Hace 20 días que su postración es suma, con una temperatura que oscila alrededor de 40°C. Desde que se hospitalizara en la Clínica Villarán, se le alimenta con inyecciones de suero glucosado y ya se le han practicado dos intervenciones quirúrgicas y tres transfusiones de sangre, bajo la asistencia inmediata del doctor Fortunato Quesada, de quien penden todas las miradas que siguen ansiosamente las alternativas de la enfermedad. La junta realizada últimamente por los médicos Fortunato Quesada, Constantino Carvallo, Enrique Encinas, Carlos Villarán, Carlos Roe y Hugo Pesce ha emitido un diagnóstico reservado. Para satisfacer la enorme ansiedad de los que se interesan, principalmente trabajadores, por la salud del enfermo, la Sociedad Editora "AMAUTA" ha empezado a publicar un boletín diario.

Aunque durante estos dos últimos días, y hasta el momento de escribir estas líneas (abril 11, a h. 11 a. m.) ha habido dentro de la gravedad y bajo la misma elevada temperatura, una ligera mejoría, esta otra prueba heroica por la que atraviesa Mariátegui implica una angustiosa interrogante para los suyos y para todos los que lo queremos.

Ricardo Martínez de la Torre ha asumido, entre tanto, la dirección de "AMAUTA".

Libros y Revistas

CRONICA DE LIBROS

S. Gussiev. | "En vísperas de Nuevos combates". | Editorial "Sudam", Buenos Aires.

El "nuevo curso" que han impuesto a su acción los Partidos Comunistas responde, indudablemente, a las condiciones determinadas por una nueva situación objetiva. Una situación en la cual las fuerzas sociales se polarizan en forma evidente, en la cual se acentúan y se acrecen los conflictos de clase, en la que empeora crecientemente la existencia de las masas laboriosas como consecuencia de los modernos sistemas de explotación introducida en la producción. Y estos hechos hacen que aparezca sintomáticamente una nueva ola revolucionaria: una ola que crece y se agiganta, y que está jalonada por árduas batallas de clase en todos los rincones de la tierra.

El folleto del camarada Gussiev plantea, precisamente, el análisis de esta tan importante cuestión actual de la táctica del movimiento comunista.

En forma clara y comprensible, se remonta al estudio del empuje revolucionario de 1918-20, la luz de cuya experiencia permitirá una percepción más certera del nuevo período de ascensión revolucionaria. Lo hace siguiendo el pensamiento luminoso de Lenin, cuyas enseñanzas cobran visos inusitados de actualidad.

Las lecciones de 1918-20 permiten afrontar el estudio de la situación actual que caracteriza y esquematiza. Y frente a los nuevos hechos, que plantean problemas nuevos, surgen las desviaciones: derechistas y conciliadoras, —manifestaciones del oportunismo, avanzadas de la social-democracia en las filas de la Internacional Comunista.

En la hora en que debemos despreciar,—si es preciso,— la herencia social-demócrata de la "legalidad sindical"; en circunstancias en que debemos imponernos perentoriamente la organización de los desorganizados; en instantes en que debemos disponernos a afrontar briosamente las batallas revolucionarias que nos aguardan;— los derechistas y los conciliadores constituyen auxiliares preciosos del capitalismo.

"Los elementos oportunistas que se hallan en las filas de la Internacional Comunista,—concluye el camarada Gussiev,—han perdido el gusto por las tormentas revolucionarias, las cuáles aparejan consigo, peligros, dificultades y conmociones de toda suerte. Una fuerza irresistible los lleva hacia el puerto tranquilo del reformismo. Los oportunistas y nosotros, seguimos caminos distintos. El nuestro, es el camino de la Internacional Comunista leninista, que marcha hacia adelante, al encuentro de las tormentas revolucionarias".

"En vísperas de nuevos combates" constituye, resumiendo, una contribución interesante al estudio de la actual situación en que debe desenvolverse el movimiento revolucionario. Su lectura permitirá, sin duda alguna, una cabal comprensión del problema.

F. B.

Valéry Larbaud. | A L L E N | Editions Nouvelle Revue Francaise | París, 1929.

Se refleja en el diálogo de los personajes de "Allen" la suave luminosidad de los cielos de Francia. Es un diálogo aéreo, un intercambio sutil de ideas que lleva impresa la marca y el amor del terruño—hasta cuando critica la mezquindad de ciertas ciudades de provincia. Literatura nacionalista, diría alguno. Buena literatura, ante todo, quiero anotar yo. Buena literatura, sí, pero que se saborea a la ma-

nera de esos vinos espumosos y rubios de las comarcas de Champagne.

"Allen" pequeño libro que nos dice mucho más que algunos respetables infolios, de un delicioso "divertissement" de ese admirable escritor que es Valéry Larbaud.

André Demaison | LE LIVRE DES BETES QU'ON APPELLE SAUVAGES | Grasset, editor París, 1929.

El "toubab" del libro de André Demaison es uno de aquellos hombres —tan pocos— que saben comprender la ternura y el afecto escondidos, en el alma de los animales. Para él no son salvajes ni la leona, ni el elefante, ni la antílope, ni el jabalí, ni el mono —salvajes, crueles y malos son los hombres que se dicen hermanos y se matan por un puñado de oro— nacidos en la selva enmarañada y misteriosa y que se rinden al amo, que les prodiga caricias y amor.

Onara, la leona, morirá de pena y de nostalgia en la jaula donde ha sido encerrada lejos del amo querido. Onara, la leona, runrunea suavemente como un gato y lame con su lengua áspera, humildemente, cariñosamente las manos del hombre de piel clara.

Can, la antílope bravía y ruda, volverá a la casa del amor, después de un tiempo de libertad y de selva; no puede olvidar una voz que arrulló su infancia.

Por su simpatía y comprensión de nuestros "hermanos" los animales, por el color y el vigor de su estilo "le livre des bétes qu'on appelle sauvages" pertenece a la estirpe de aquellas obras tan bien llamadas "de la naturaleza".

Américo Castro | SANTA TERESA Y OTROS ENSAYOS | Ediciones "Historia Nueva", 1929.

Doce ensayos bien madurados y sobriamente escritos componen el libro de Américo Castro, que figura en la colección de obras que viene editando "Historia Nueva".

El primero de estos ensayos —que dá su nombre al libro— está dedicado a Teresa de Jesús —Teresa de Cepeda, en el siglo (como dirían los teólogos)— la amante maravillosa, que gustó de todas las delicias y de todas las torturas del amor, la lírica admirable que moduló endechas imperecederas —"y tan alta vida espero, que muero porque no muero"—, la mística altísima que escribió "Las moradas". Análisis agudo, visión certera es el ensayo de Américo Castro. El estilo es voluntariamente frío y el pensamiento rigurosamente ordenado. Pero dentro de esa severidad hay mucho cariño por "aquella mujercita castellana curtida por el soplo bravo de la Paramera de Avila".

En los demás estudios de su obra se nos muestra Américo Castro escritor cultísimo y espíritu muy moderno.

DOS LIBROS SOBRE BEETHOVEN

Un nuevo libro acerca del creador de la Novena Sinfonía es siempre recibido con interés y entusiasmo por los fieles de la religión beethoveniana.. Porque bien pueden aplicarse al gran músico alemán las palabras, que un cura indio dijera un día a Bolivar: "Con los siglos crecerá tu gloria" etc...

Monsieur Herriot, el ilustre político francés, ofrece — ediciones de la Nouvelle Revue Francaise — a los devotos de Beethoven una vida de Ludwig von Beethoven. El libro es un grueso volumen de 435 páginas en tipos pequeños (breviario). Monsieur Herriot está bien documentado y posee grandes conocimientos históricos. Muchas páginas de su libro están dedicadas a evocar y a trazar los acontecimientos más notables de la época. Además se vé que al señor Herriot le gusta—aún más; siente—la música de Beethoven. Todos estos elementos, sin embargo, no

pueden quitar a la obra cierto saborcillo, cierto tono de profesor burgués, erudito, laborioso y un poco pedante.

—Lejos de mi el creer que la laboriosidad está de riña con el arte. El artista es un trabajador y la inspiración debe ser cultivada, encauzada, disciplinada.—Pero en el señor Herriot se advierte nada más que al trabajador machacón y concienzudo, que sabe mucho, pero que no logra emocionar, ni arrebatar al lector. Y cuidado que la vida de Beethoven es emocionante e interesante. Hombre —en el más hondo sentido del vocablo—sintió y amó apasionadamente, fogosamente. Supo de los más amargos dolores y se emborrachó de alegría y de júbilo. Aprisionado por las murallas de la sordera oyó cantar en su espíritu la voz divina de la armonía.

¿Por qué esta existencia que fué a la vez drama e himno de alegría no ha logrado inspirar a Monsieur Herriot más que un libro estimable y copioso, atiborrado de datos y fechas? Es que Monsieur Herriot—ilustre político—puede ser hasta un escritor, pero no es un artista. De allí que su "Vie de Beethoven" carezca de lirismo y de calor vital.

Ernest Closson, un buen crítico y musicógrafo belga, sostiene en su libro "L'element flamand dans Beethoven" la tésis de las influencias raciales en el genio bethoveniano. Closson sostiene ágilmente y lucidamente su tesis. Según él todas las grandezas y excelencias del espíritu y del carácter de Beethoven—su alto sentido moral, su amor a la libertad, su independencia y altivez—tienen su raíz en su orígen flamenco. Y también su alegría un poco gruesa—bromas burdas — su lenguaje rudo, su sentido práctico, su sencillez y falta de sutileza son flamencas.

El libro de Closson, claro, no puede agradar a los alemanes, cuyos puntos débiles ataca certeramente.

Escrito en un estilo rápido y sin amaneramiento, está repleto de multitud de detalles pintorescos, que le dan animación y colorido. Después—y este es su mayor mérito—Closson no se siente intimidado ante la inmensa figura del genio. No tiene reparos para hablar de las pequeñeces y defectos del compositor—su carácter desagradable, su grosería y su egoismo.—Insiste el escritor belga en el sabor popular, campesino de la obra beethoveniana, que en esto se aparenta al arte flamenco. La compara con los grandes pintores flamencos, robustos, pletóricos de vida, enfáticos y grandiosos.

Muy interesante la obra de Ernest Closson. De ella surge un Beethoven—flamenco—pero trazado con vigorosa y segura mano.

M. W.

"CANTOS DEL ARADO Y DE LAS HELICES" | césar alfredo miro quesada | Soc. de Publ. "El Inca" | Buenos Aires, 1929.

Este libro de Miró Quesada, lo he esperado siempre, —algo más— lo he anhelado con ansiedad de cita espiritual. Para que llegara había un día, un día cualquiera, sin fecha en los calendarios y sin anécdota. Yo no ignoraba su gestación en círculos de convencimientos de vida y desplazamientos de latitudes geográficas, entre la gama del nuevo sentido humano y la brisa relojera del tango y la distancia.

Un primer libro alquitarado con urgencia de arteria social y comité lírico. Paisajes marinos, cuadros urbanos, perspectivas espirituales donde la belleza se realiza bajo una cerrada lluvia de silencio.

"suben la luz y el humo
a esconderse en las lámparas"

La hoja pasa, el perfil ajusta una música de sombra y las circunstancias y el perfume rasgan una penita morena, que no quisiera decir:

"Y te amo en cada palabra que

(sale de tu boca
crucificada como un cristo"

Pero, hay que ver un trazo más fino en el relato que para el poeta es un camino de regocijo con ida y vuelta en el paisaje. Por eso nos despierta la nostalgia caoba de su pipa al dejarla "colgada en el vértice más triste de su boca";

"Mi silencio
se escondió muchas veces
en el hueco caliente de mi pipa
Ella me pone su corbata de humo
y le hace un prendedor
con su pupila roja que agujerea
(la sombra"

Busquemos en este libro, todo el compás que marca el latido o la pulsación de la poesía actual. No hay por ningún lado el desgarramiento tropical de la tragedia repetida a gritos o con alaridos de almanaque. Siempre por todo su litoral se anuncian canciones marinas, y a veces un color más fuerte quisiera sindicarnos desde sus propias páginas:

"En su guitarra de anclas y más-
(tiles
el puerto balanceaba una canción
(lejana.
Hombres desnudos y ágiles,
se fueron por la tarde pastorean-
(do silencio
con rebaños de redes heladas en
(las barcas.
Nubes, guitarras, pipas..."

Este libro de César, no ha venido desprovisto de la única ley humana: la constatación y el estallido de la belleza. Lo que en otros ha sido tropiezo en él ha sido sugestión y dominio, agilidad y potencia. Antecedente que le notamos desde las entusiastas páginas de "Guerrilla", sin hacer relación siquiera de esa revelación política que ya ajustaba sus puntos a sus flancos. La orden está autorizada y en la ternura y la rehabilitación revolucionaria del verso, estudiamos muchos puntos de partida y otros tantos de llegada. Ahora el poeta es el raíd, la rebelión, el cinematógrafo o el desarme de las potencias. Todo esto no se ha dado en su primer libro, pero su obra plena vendrá, con su justificación y su miedo de haber aprendido a vivir, a soñar, y a no inquirir personalidad en un sólo sector sino dentro de la misma cavidad de la vida.

nicador a.delafuente

chiclayo-perú.

—o—

CRONICA DE REVISTAS

REVISTA DE LA HABANA | Año 1 | No. 2 | Habana.

Registramos la aparición de esta nueva tribuna del pensamiento cubano, acaecida al iniciarse el año que corre. A la excelente presentación corresponde el contenido, copioso e interesante. El Nº 2, de febrero, trae el siguiente sumario:

C. GUTIERREZ: Bolívar: El Hombre. — J. Z. TALLET: Canto del fracaso. — MAX JIMENEZ: Terza de Niebla y otros versos. — LANDSBERG: Aristóteles y la Sociología del Saber. — L. R. EMBIL: Monólogo posterior, inédito, de Hamlet y otros poemas. — J. L. MARTIN: Los Secretos de los Ñañigos. — SANTOVENIA: Raíces de la Invasión. — MOTHERWELL: El Imperio Americano. — A. H. CATA: La Niña Débil. — R. ESTENGER: Medallón. — E. G. CALVO: Rafael Estenger. — R. LUGO VICUÑA: Antonio Gattorno. — Inmemoriam — Crónicas — Los Libros — Revista de Revistas.

B. A. B. E. L.

BIBLIOTECA ARGENTINA DE BUENAS EDICIONES LITERARIAS

DIRECTOR: **SAMUEL GLUSBERG**

RIVERA INDARTE 1030 - BUENOS AIRES

OBRAS EN VENTA

FORMATO GRANDE:

WALDO FRANK: NUESTRA AMERICA	$ 3.50
EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA: TITERES DE PIES LIGEROS	$ 3.00
LEOPOLDO LUGONES: ROMANCES DEL RIO SECO	$ 5.00
JOSE CARLOS MARIATEGUI: EL ALMA MATINAL Y OTRAS ESTACIONES DEL HOMBRE DE HOY	(en prensa)

FORMATO COMUN:

HORACIO QUIROGA: ANACONDA — EL SALVAJE — LOS DESTERRADOS	c|u.2.00
LUIS FRANCO: LOS TRABAJOS — LOS DIAS, LOS HIJOS DEL LLASTAN	c|u.2.00
GUILLERMO ESTRELLA: EL DUEÑO DEL INCENDIO — LOS EGOISTAS	c|u.2.00
ROBERTO GACHE: PARIS, GLOSARIO ARGENTINO — BAILE Y FILOSOFIA	c|u.2.00
LEOPOLDO LUGONES: POEMAS SOLARIEGOS — NUEVOS ESTUDIOS HELENICOS	c|u.2.50
RAFAEL ALBERTO ARRIETA: FUGACIDAD, ESTIO SERRANO	c|u.2.00
MARIO BRAVO: CUENTOS PARA LOS POBRES	$ 2.00
B. SANIN CANO: LA CIVILIZACION MANUAL	$ 2.50
JOSE PEDRONI: GRACIA PLENA	$ 2.00
MARTIN GIL: AGUA MANSA	$ 2.00
ARTURO S. MOM: LA ESTRELLA POLAR	$ 2.50
HORACIO QUIROGA: PASADO AMOR	$ 2.00
BENITO LYNCH: LAS MAL CALLADAS	$ 2.00
P. HENRIQUEZ UREÑA: SEIS ENSAYOS DE NUESTRA EXPRESION	$ 2.00
MARCO AURELIO: PENSAMIENTOS	$ 2.50
A. GIMENEZ PASTOR: TRES NOVELAS DEL PLATA	$ 2.00
NICOLAS CORONADO: DESDE LA PLATEA	$ 2.50
G. GUZMAN SAAVEDRA: LOS PROVINCIANOS	$ 2.50
EZEQIEL MARTINEZ ESTRADA: MOTIVOS DEL CIELO	$ 2.00
LEOPOLDO LUGONES: CUENTOS FATALES	$ 2.50
J. FITZMAURICE KELLY: MANUAL DE LITERATURA ESPAÑOLA	$ 3.00

FORMATO MENOR:

ALBERTO GERCHUNOFF: ENRIQUE HEINE	$ 2.00
LUIS CANE: MAL ESTUDIANTE — TIEMPO DE VIVIR	$ 2.00
EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA: HUMORESCA	$ 2.00
PEDRO MIGUEL OBLIGADO: EL HILO DE ORO	$ 2.50
LEOPOLDO LUGONES: FILOSOFICULA — ROMANCERO — LOS CREPUSCULOS DEL JARDIN	c|u.2.500
CONRADO NALE ROXLO: EL GRILLO	$ 2.00
ROSA GARCIA COSTA: ESENCIA	$ 2.00
FRANCISCO LOPEZ MERINO: LAS TARDES	$ 2.00
ALBERTO SAMAIN: CUENTOS	$ 2.00
HORACIO REGA MOLINA: LA VISPERA DEL BUEN AMOR	$ 2.00

PEDIDOS A LA OFICINA DEL LIBRO

Washington izquierda 970 — Apartado 2107

BIBLIOTECA "AMAUTA"

"Tempestad en los Andes"

Por Luis E. Valcárcel

"7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana"

Por José Carlos Mariátegui

"Poesías"

Por José M. Eguren

"El Movimiento Obrero en 1919"

"La Teoría del Crecimiento de la Miseria Aplicada a Nuestra Realidad"

Por Ricardo Martínez de la Torre

"El Amauta Atusparia"

Por Ernesto Reyna

Impreso en los Talleres Gráficos de la
Editorial Minerva-Sagástegui, 669

54

TIRADA ESPECIAL NUMERADA

S. 1.50